
Hubo una vez una guerra
John Steinbeck

Dividida en tres partes que se corresponden a los tres escenarios en los que Steinbeck trabajó como corresponsal de guerra (Inglaterra, norte de África e Italia), y precedidos de una introducción del autor escrita con la distancia del tiempo, esta obra recoge, tal como fueron escritos en su momento, los mejores artículos publicados en el *New York Herald Tribune*. Combina textos dedicados a personajes singulares que sólo surgen en una guerra, con otros dedicados a ciudades y batallas, pero siempre teniendo muy en primer plano la vivencia humana, las consecuencias de la guerra en el sentir de los hombres que la protagonizan o son sus víctimas. Y es además una reinvindicación de la tarea de reportero y del corresponsal de guerra.

«Si alguien ha olvidado lo que fue la guerra, Steinbeck le refrescará la memoria. Su estilo es inolvidable.»

Chicago Tribune

El nombre de John Steinbeck ha quedado asociado en la historia de la literatura a grandes novelas en las que puso de manifiesto una extraordinaria agudeza y sensibilidad para captar la esencia del comportamiento humano, y novelas como *De ratones y hombres, Las uvas de la ira, La perla* o *Al este del Edén* se han convertido ya en clásicos indiscutibles. Sin embargo, menos conocida es su faceta como reportero y articulista, que tanta importancia tuvo en la configuración de su estilo y que en *Hubo una vez una guerra* alcanza sus más altas cotas de brillantez.

Publicados originalmente en el *New York Herald Tribune* a lo largo de 1943, los textos reunidos por el propio autor en este libro nos ofrecen una impresionante imagen de la vida cotidiana en una Inglaterra sometida a demoledores bombardeos, en un norte de África dominado por la corrupción y en una Italia que las tropas nazis se resisten a abandonar, mientras la población civil intenta tímidamente recuperar la normalidad. Además de ofrecernos algunas claves del realismo de Steinbeck, no hay duda de que *Hubo una vez una guerra* constituye uno de los libros más veraces y

sinceros que se han escrito nunca sobre la segunda guerra mundial.



John Steinbeck

Hubo una vez una guerra

ePub r1.1

Titivillus 14.11.16

Título original: *Once There Was A War*
John Steinbeck, 1958
Traducción: Leonardo Domingo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

Hubo una vez una guerra, pero hace tanto tiempo y ha sido desplazada de la memoria por tantas otras guerras y de tantas clases que quizás incluso quienes estuvieron allí la hayan olvidado. Me refiero a una guerra posterior a las armaduras y espadas de Crécy y Angincourt y un poco anterior al pequeño escupitajo de bombas atómicas experimentales en Hiroshima y Nagasaki.

Participé en parte de esa guerra; puede decirse que estuve allí de visita, pues fui en calidad de corresponsal de guerra y, ciertamente, no entré en combate; aunque tal vez no me convenga recordarla demasiado. Releer esos viejos reportajes me conduce a un intenso estado de excitación y me devuelve emociones e imágenes que creía olvidadas para siempre.

Quizá sea bueno, incluso necesario, olvidar los accidentes, y las guerras no son sino accidentes a los que nuestra especie parece muy propensa. Sería interesante mantener vivo el recuerdo de los accidentes si de ellos aprendemos algo, pero no aprendemos. En la antigua Grecia, se decía que era necesaria una guerra por lo menos cada veinte años para que todas las generaciones supieran lo que es. Sin embargo, nosotros olvidamos, o nunca hubiéramos caído de nuevo en ese sanguinario disparate.

La guerra a la que me refiero fue la última de las de su especie, lo que quizá la convierta en memorable. Nuestra Guerra Civil ha sido llamada «la última guerra entre caballeros»; la segunda guerra mundial será, con toda seguridad, la última de las guerras mundiales de larga duración. La próxima, si somos tan estúpidos para permitir que se produzca, será la última de todas. No habrá nadie que pueda recordar. Y si somos tan estúpidos no merecemos, en un sentido biológico, sobrevivir. Muchas especies han

desaparecido de la faz de la tierra debido a mutaciones; no hay, por tanto, razón para creer que los hombres estemos inmunizados contra la implacable ley de la naturaleza que dicta que el armamento excesivo, la ornamentación superflua e incluso, en muchos casos, la integración excesiva son síntomas que anuncian la extinción de una especie. MarkTwain, en *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, emplea la posible e hiriente paradoja del vencedor destruido por el peso de su vencido muerto.

Pero todo esto es una simple conjetura. Lo curioso es que el recuerdo de la guerra en la que yo estuve resulta para mí tan irreal como una conjetura. Mi amigo Jack Wagner estuvo en la primera guerra mundial. Su hermano Max, en la segunda. Jack, en defensa de la guerra que él conoció, se refiere a ella como la Gran Guerra, para disgusto de Max. Por supuesto, la Gran Guerra es la que cada uno conoce.

Pero ¿la recuerda usted? ¿Recuerda los terrores, las esperanzas, el miedo, e incluso, sí, las alegrías que sin duda experimentó durante ella? Me gustaría saber cuántos de los hombres que estuvieron en esa guerra la recuerdan bien.

No leía estos reportajes desde que fueron escritos deprisa y corriendo, y transmitidos por teléfono con urgencia a través del mar para que llegaran a tiempo a la última edición del *New York Herald Tribune* y otros muchos periódicos. Así era como escribía su libro acerca de la guerra un corresponsal, pero yo me resistía a ello, pensando, o asegurando pensar, que sólo las historias que tienen algún valor veinte años después merecen ocupar las páginas de un periódico cuando éstas amarillean. Lo que me ha movido a reunir estos textos no ha sido esa consideración. Al releerlos después de tanto tiempo, me doy cuenta no sólo de cuánto he olvidado, sino también de que son testimonio de una época, de que hay en ellos actitudes que han envejecido, impulsos románticos, y, a la luz de todo lo que ha sucedido después, quizás el conjunto resulte no del todo verdadero y escorado hacia un lado.

Los acontecimientos que aquí se narran sucedieron. Pero releyendo los reportajes vienen a mi memoria otros que igualmente sucedieron y no consigné. En algunos casos fue una cuestión de órdenes, en otros de tradición, y en muchos otros poque existía una cosa llamada «esfuerzo de guerra». Y todo lo que interfiriera en ese

esfuerzo era, sin discusión posible, malo. Al corresponsal se le permitía una gran libertad de criterio; pero siempre, para juzgar sus artículos, estaban los censores, el mando militar, los periódicos mismos y, finalmente, los más duros de todos, los civiles ocupados en asuntos militares —los comandos del Club Stork, los del *Time Magazine*, los del *The New Yorker*—, para ponerlo en cintura o, en otro caso, apartarlo de sus funciones. Había grupos de ciudadanos que contribuían con tácticas y logísticas; había organizaciones de madres para velar por la moral, y por moral entiendo no sólo la moral sexual sino también otras cosas, como el juego y, en general, los malos hábitos. El secretismo campaba a sus anchas. Tal vez nuestra total e insufrible obsesión con el secretismo durante los últimos veinte años naciera en ese período. Al principio era una cosa razonable y legítima: el miedo a que se divulgaran las fechas en que iban a zarpar los barcos cargados de tropas; los submarinos del enemigo estaban al acecho. Pero esa misma obsesión se extendió hasta el punto de que hechos de fácil conocimiento en cualquier biblioteca pública se convirtieron en secretos escrupulosamente guardados, mientras que, paradójicamente, el secreto más cuidadosamente guardado era de dominio público.

No pretendo indicar que al corresponsal se le obligara a seguir unas pautas de conducta. Generalmente, él llevaba su propio libro de pautas en la cabeza, pautas entre las que se incluían algunas creadas por él mismo, en interés del esfuerzo común. Cuando The Viking Press decidió editar estos reportajes en forma de libro, me sugirieron que, no existiendo ya razón para ello, se suprimiera el «En algún lugar de…» con que iniciaba todos mis partes de corresponsalía, sustituyéndolo por los lugares exactos en que la acción ocurrió. Esto es imposible. Fue todo tan secreto que ni yo recuerdo dónde sucedieron los hechos que relato.

Las normas, algunas impuestas y otras autoimpuestas, quizás hoy resulten divertidas. Procuraré recordar algunas de ellas. No había cobardes en el Ejército norteamericano, y los más valientes de los valientes eran los soldados de infantería. La razón es obvia: a la infantería le estaba encomendado el trabajo más sórdido, más fatigoso y de más ínfima recompensa de toda la guerra. Además de peligrosas y sucias, muchas de las cosas que tenía que hacer la infantería eran estúpidas. Pero el soldado de infantería debía

entender que aquellas cosas que sabía que eran estúpidas eran también necesarias y sensatas, y al hacerlas se convertía en un héroe. Por supuesto, a nadie se le ocurría mencionar el hecho de que el soldado de infantería no tenía elección. Si algún infante pretendía elegir, o era ejecutado inmediatamente o enviado a presidio para el resto de su vida.

En segundo lugar, no tuvimos jefes crueles ni ambiciosos ni ignorantes. Si llegamos a la locura que, por doquier, se enseñoreó de la guerra, no fue producto del azar, sino de una estrategia que nos llevaría a la victoria.

Una tercera norma sorprendente es que, durante la guerra, cinco millones de hombres y muchachos perfectamente normales, jóvenes y sanos perdieron de pronto su interés por las chicas. El que alguno de ellos tuviera imágenes de jóvenes desnudas, los populares *pin-ups*, era impensable. La convención se hizo ley. Cuando la Armada solicitó X millones de anticonceptivos, tuvo que poner por escrito que serían usados para proteger las cajas de armas ligeras (y no dudo que alguien los usara para eso).

Puesto que nuestros ejércitos, como todos, estaban compuestos de buenos y malos, guapos y feos, crueles y corteses, fuertes y débiles, esta convención de general nobleza puede que parezca haber sido difícil de mantener; y sin embargo no lo fue. Fuimos todos una sola pieza del vasto engranaje que precisaba la guerra. Poco a poco asumimos que conocer la verdad acerca de algo era automáticamente un secreto, que no podía airearse sin perjuicio. Por eso no creo que los corresponsales fueran embusteros. No lo eran. Todo cuanto se cuenta en este libro sucedió. Es en las cosas que no se cuentan donde reside la falsedad.

Cuando el general Patton abofeteó a un soldado enfermo en el hospital; cuando nuestra armada abandonó en Gela a cincuenta y nueve de nuestros propios hombres, el mismísimo general Eisenhower pidió a los corresponsales de guerra que no enviaran estas informaciones porque podían afectar a la moral del pueblo. Y los corresponsales no las enviaron. Por supuesto que el Ministerio de Guerra hizo pública alguna noticia a través de algún periodista local, pero en esta pequeña traición no intervino ninguno de los presentes en el campo de batalla.

Para contrarrestar esta falta de información, nacieron y se

publicaron las más extrañas historias. Una de las más originales se refería a un coronel o general de las fuerzas aéreas, de quien se decía que odiaba la inactividad en la base y que deseaba de todo corazón volar con sus «chicos» en misión de guerra sobre Alemania; que prefería el combate a la inactividad. No sé de dónde surgiría el rumor, pero no parece el comentario de alguien alistado. La verdad es que jamás encontré una tripulación de bombardero que no estuviera en vuelo continuo. Y, mucho menos, una tripulación que prefiriera volar en misión de guerra a estar relativamente tranquila en la base. No niego que existiera un poco de desenfreno, pero nadie estaba tan loco.

Hojeando estos viejos reportajes, advierto que a menudo los censores intervinieron en ellos. No tengo ni idea de qué informaciones exactamente fueron suprimidas. A los corresponsales no les convenía tener pendencias con los censores, debían velar por su puesto de trabajo, además de que no sabían si una información que intentaran dar iba a volverse contra ellos. Y, ante la duda, el censor suprimía. Los censores de la Armada eran particularmente sensibles a los topónimos, tuvieran, en realidad, alguna importancia militar o no. Era el camino más seguro. En una ocasión, harto ya de la censura, mandé, empleando frases de Heredoto, noticias de los acontecimientos de la batalla de Salamina entre los griegos y los persas, batalla ocurrida allá por el año 480 a. C., y como mi información estaba llena de topónimos, aunque clásicos, los censores de la Armada se cargaron toda la historia.

Jamás supimos exactamente a qué atenernos en cuanto a la observancia de las reglas que nos imponía la censura; sabíamos, por supuesto, que buena parte de esas reglas eran arbitrarias. Pero cuando empezábamos a poder prever, de una forma cierta, qué se nos iba a admitir y qué a desechar, se cambiaba a los censores y teníamos que volver a empezar.

Los corresponsales formaban una pandilla de gente curiosa, loca pero responsable. Las tropas, por su naturaleza y sus deberes, eran propensas a cometer errores, errores que solían ocultarse o minimizarse en los partes oficiales. En consecuencia, los jefes militares se ponían un poco nerviosos ante los corresponsales, especialmente ante los expertos. Porque muchos de ellos habían vivido más guerras que cualquiera de los militares. Capa, por

ejemplo, había estado en la guerra de España, en la de Etiopía, en la del Pacífico… Clark Lee había estado en Corregidor y, antes, en el Japón. Pero, aunque al ejército no le gustaran mucho los corresponsales de guerra, nada podía hacer contra ellos, pues eran el nexo de unión con el público. Además, muchos de ellos habían llegado a ser conocidísimos y contaban con multitud de seguidores. Eran conocidos en todo el país. Muchos de ellos habían establecido sus métodos y estilos propios. Algunos incluso habían llegado a *prima donna*, pero no muchos. Ernie Pyle era tan popular y tan querido por los lectores estadounidenses que su prestigio superaba al de muchos generales.

A ese grupo de curtidos profesionales me uní yo como un rezagado, una vaca sagrada, poco menos que un turista. Creo que todos ellos sintieron que yo me estaba metiendo en sus duramente ganados dominios. Sin embargo, cuando descubrieron que no copiaba sus trabajos, que no relataba noticias exóticas o de poca importancia, empezaron a portarse amablemente conmigo y, en ocasiones, llegaron a dejar su labor para ayudarme e instruirme en las materias que yo no conocía. Por ejemplo, Capa me dio el mejor consejo de combate que jamás haya oído. Fue: «Quédate donde estás. Si no te han acertado es porque no te han visto». Después Capa tuvo que desplazarse al Vietnam y pasear por un terreno minado, justo cuando estaba a punto de retirarse de tan terrible y arduo trabajo. Y Ernie Pyle murió durante lo que había previsto como su última misión.

Todos teníamos nuestros pequeños trucos. Leyendo estos viejos fragmentos recuerdo uno muy mío. Nunca admití haber visto algo yo mismo. Describiendo una escena, la ponía siempre en boca de algún otro. He olvidado por qué, pero lo hacía. Quizá pensaba que mis palabras serían más creíbles en boca de otro. O es posible que me sintiera un intruso en la guerra y estuviera un poco avergonzado de encontrarme allí. Sí, tal vez me avergonzaba el hecho de que yo podía regresar a casa, y los soldados, no. Pero a menudo no era seguro ni confortable el ser corresponsal. Gran parte de los servicios a que se nos destinaba eran de abastecimiento y transporte y trabajos de oficina. Incluso las unidades de combate tenían un período de descanso una vez completada la misión. Sin embargo, los corresponsales de guerra empezaban pronto a impacientarse si

no se hallaban cerca de donde sucedían las cosas. El resultado era que en favor de los corresponsales jugaba mucho la casualidad. Si usted detenía a un corresponsal largo tiempo e intentaba tener noticias de lo que estaba ocurriendo, sólo por azar lo conseguiría. Leyendo estos reportajes, me aterra la cantidad de corresponsales que han muerto. Sólo un puñado de estos alegres espíritus, que asistieron a noches horribles y llenaron los días de lamentos, siguen vivos.

Pero, volviendo a las convenciones, era el modo en que se manifestaba el miedo que uno sentía constantemente. Supongo que yo también lo sentía, y que se reflejaba en mi estilo. Deduzco que las convenciones contribuían a demostrar cuán valientes eran los soldados; pero los soldados, al fin y al cabo, eran tan valientes y tan cobardes como lo pueda ser cualquiera.

Nosotros nos corregíamos tanto como nos corregían. Nos sentíamos responsables de lo que ocurría en el frente. Reinaba un sentimiento general de protección hacia nuestro Ejército y de que la verdad podía provocar el pánico. Pensábamos que debíamos proteger de toda crítica a los servicios armados o regresarían a su tienda malhumorados, como Aquiles. Pensábamos que, de no hacerlo así, podían enojarse.

La autodisciplina, la autocensura, entre los corresponsales de guerra era ciertamente moral y patriótica, pero era también práctica desde el punto de vista de la autoconservación. Había algunos temas tabú. Había personas que no podían ser criticadas ni interrogadas. El necio redactor que rompiera con las reglas no vería publicados sus artículos y, además, sería echado del escenario de la guerra por el comandante; un corresponsal en tales condiciones queda completamente sin trabajo a los pocos días de adentrarse por esos senderos.

Nosotros sabíamos, por ejemplo, que un famosísimo general cambiaba constantemente de agentes de prensa para no verse tan a menudo en los titulares de los periódicos. Conocíamos al jefe que separó de sus funciones a un sargento del cuerpo de señales porque lo halló fotografiando su lado malo. Diversos oficiales del campo también fueron separados de sus funciones debido a la envidia de sus superiores, que los veían admirados, según ellos en exceso, por los redactores. Hubo interminables listas de enfermos que no fueron

sino gigantescos juegos de manos, espectaculares convenios entre el Ejército y la WAAC; dimisiones médicas por estupidez; brutalidad; cobardía e incluso desviación sexual. No conozco a un solo redactor que hiciera uso de alguna de estas informaciones. Dejando al margen la moral del tiempo de guerra, habría sido un suicidio profesional el hacerlo. El único hombre que disparó el fusil y defendió el armisticio fue hundido en su profesión en la guerra y obligado a dejar su carrera.

Sí, ciertamente, nosotros escribimos sólo una parte de la guerra. Pero en aquel tiempo estábamos convencidos de que era lo mejor que podíamos hacer. Seguramente porque siempre que, con la guerra aún a cuestas, algún ex soldado escribió alguna novela, o simples relatos singulares como *Los desnudos y los muertos*, lo hizo mostrando el lado terrible del conflicto, y el público, cuidadosamente protegido hasta entonces del contacto con la fea realidad, se indignaba.

De todas formas, no nos faltaba material. Había una extraordinaria superabundancia de heroísmo, inteligencia y bondad acerca de los que escribir. Y quizás incluso fuimos buenos eliminando ciertas partes del cuadro. En efecto, si hubiéramos enviado ciertas noticias que sabíamos, el confusionismo habría cundido hasta límites peligrosos. Para cualquier egoísmo había un Bradley, y para la excesiva propaganda militar había un verdadero gran hombre, como Terry Alien, además del propio general Roosevelt; mientras que en las filas había genuinos héroes, hombres buenos e inteligentes que conocían o creían conocer por qué luchaban y no se preocupaban de todo lo demás.

Profesionalmente, todos los corresponsales de guerra eran, en mi opinión, hombres de elevada moral y completamente responsables, muchos de ellos muy valientes, y todos, entregados por completo a su misión. Supongo que no éramos ni mejores ni peores que cualquier oficial o cualquier soldado. Sólo que teníamos más libertad que ellos. Se nos distinguía con grados ficticios, que iban desde capitán hasta teniente coronel, cosa que nos permitía comer del rancho de los oficiales, al que no tenían acceso los hombres alistados, sin que eso nos impidiera sentarnos a la mesa de éstos, cosa no permitida a los oficiales. Recuerdo un baile para oficiales celebrado en el norte de África, una cosa aburrida y fría. Los

oficiales bailaban mecánicamente con jóvenes militarizadas y a los acordes de viejos discos que giraban sobre un viejo gramófono de cuerda. Mientras, en los barracones de las cercanías, tocaba una de las más finas orquestas de jazz que he oído. Nosotros, naturalmente, nos trasladamos adonde había mejor música. La clase, indudablemente, conlleva sus privilegios. Y era por ello, también, por lo que, cuando habíamos mandado nuestras crónicas, a menudo nos dedicábamos al descubrimiento de lugares en que pudiera encontrarse buena comida, en que pudieran hallarse licores y mujeres del mercado negro. Y conocíamos las tarifas ilegales. En definitiva, procurábamos pasarlo lo menos mal posible.

No tardé en aprender que ofrecerle a un sargento de transporte una pinta —un «cuartillo» de whisky— me situaba por encima de un general del mismísimo Cuartel General en cuanto a su estima. Sin embargo, ninguno de los corresponsales tuvimos un interés especial en alejarnos demasiado del ejército. No teníamos por qué hacerlo. Era algo que se nos había otorgado. Aunque, no obstante, a veces criticábamos cuanto del ejército nos pareciera preciso criticar. Recuerdo a un general de abastecimiento que, mientras leía indolentemente un reportaje acerca del envío de material desde un depósito, decía: «El soldado de Estados Unidos es el peor de los ladrones que imaginarse pueda. ¿Qué es lo que ocurre? Normalmente, nos roba cuanto puede. Si en lugar de robarnos a nosotros robara a los alemanes, mal lo tendría Hitler entonces». Y recuerdo cómo en un destructor en alta mar, las carabinas y los 45 desaparecían incluso del lado de los oficiales, sin que luego aparecieran, pese a que el barco todo fuera registrado, incluso sus tanques de fuel y de agua. Era en verdad como una fiebre por robar.

Los corresponsales, sin embargo, no podíamos apropiarnos de demasiadas cosas, por lo menos al principio; en primer lugar, porque, como ya he mencionado, no teníamos motivos para hacerlo, y en segundo, porque estábamos tan en continuo movimiento que no podíamos llevar cosas superfluas con nosotros. El cielo sabrá cuántos cascos, rollos de ropa de cama y máscaras antigás tuve que regalar, porque yo raramente llevaba nada conmigo allí adonde fuera. En los sótanos de los hoteles de Londres, todavía hoy pueden hallarse baúles repletos de lo que, hace quince años, fue dejado allí por corresponsales que no se preocuparon de reclamarlo. Sé de dos

casos.

Tenga o no tenga todo esto valor, aquí está todo, retazos de una época, cuentos de hadas, memorias de un tiempo y de unos hechos, recuerdos de una pequeña parte de una guerra que yo vi y en la que, sin embargo, no creo; una guerra irreal, tal vez forjada con el único deseo de organizar luego desfiles y manifestaciones, y que está en las mentes como puedan estarlo las pinturas de las batallas de Crécy, Bunker Hill y Gettysburg. Y, aunque todas las guerras son un síntoma del pensamiento animal del hombre, en el recuerdo de tales batallas aún hay un poco de gallardía y de nobleza. Algunos hombres fueron asesinados o resultaron mutilados; pero puede asegurarse que ninguno, estando vivo, llevó a su hogar y a sus hijos simiente emponzoñada.

Ahora, desde hace algunos años, todos vivimos en un ambiente impregnado de miedo, y éste no produce nunca nada bueno. Sus hijos son la crueldad y el engaño, y esa eterna sospecha producto de la oscuridad. Y, tan seguramente como estamos envenenando el aire con nuestras bombas en pruebas nucleares, así nuestras almas van siendo envenenadas lentamente por el miedo.

Los artículos reunidos en este volumen fueron escritos bajo el apremio de la urgencia y en un estado de tensión. Mi primer impulso, al releerlo todo, fue corregir, alterar, evitar sentencias nacidas del furor, suprimir reiteraciones; pero luego toda la crudeza de algunos pasajes me ha parecido tan nacida de la realidad que he juzgado mejor dejarlo como estaba. Todo cuanto aquí se cuenta es, pues, tan real como el hada buena y la bruja mala de los cuentos, tan verdadero e incontestable como cualquier otro de los mitos que asumimos sin mayores problemas.

Hubo una vez una guerra, pero hace tanto, tanto tiempo…

JOHN STEINBECK, 1958

INGLATERRA

TRANSPORTE DE TROPAS

(20 de junio de 1943). Cientos de soldados esperan sentados sobre sus equipos en el muelle. Es por la tarde, y la luz empieza a menguar. Los hombres, con idénticos cascos puestos, parecen una hilera de hongos. Los rifles reposan en las rodillas. No poseen identidad; ni personalidad, siquiera. Son sólo unidades del ejército. Los números de sus cascos son, más o menos, como los números de serie de los robots. Los equipos están apilados en orden (a un lado, sábanas y mantas; al otro, sacos y tiendas de campaña). El armamento es diverso: algunos de los hombres conservan todavía rifles Springfield o Enfield, de la primera guerra mundial; otros llevan «M-1s» o Grands; el resto dispone de esas carabinas que, después de la guerra, todos querrán tener para emplearlas como rifles de caza.

Por encima de todos ellos se yergue, alto y enorme, el barco de transporte semejante a un edificio de oficinas. Hay que estirar mucho el cuello para alcanzar a ver la cubierta del barco, un barco desconocido que permanecerá en el anonimato mientras dure la guerra. Su destino es conocido por poquísimos hombres; su ruta, por menos. El barco es un hervidero de actividad, y ya sólo espera que suban la carga: hombres.

En la dársena, los soldados permanecen quietos. Nadie canta y son pocos los que hablan. A causa de la oscuridad reíante, no puede distinguirse un hombre de otro. Las cabezas se inclinan hacia delante debido al cansancio. Algunos de los hombres no es la primera vez que aguardan a ser embarcados; ya en otras ocasiones han estado, como ahora, en la dársena, albergando la esperanza de no embarcar.

Hay muchas maneras de colocarse una gorra o un sombrero. Un

hombre puede distinguirse por la inclinación que dé a su sombrero, pero jamás podrá llevar un casco militar a su antojo. Sólo hay una manera de llevar el casco. Se asienta plano en la cabeza, hundiéndolo hasta los ojos y las orejas, y por detrás hasta el cuello. Con el casco puesto no se es más que un hongo en un campo de hongos.

Las cuatro puertas de acceso se abren, y los hombres empiezan a arrastrar los pies. Todos se inclinan hacia delante para soportar mejor el peso de sus equipos. Los soldados, uno a uno, desaparecen por las grandes puertas del costado del buque.

En cuanto están dentro, los hacen formar. Los números marcados en sus cascos son confrontados una vez más con una lista. Se asignan las plazas. La mitad de los hombres dormirá en las cubiertas, y la otra mitad, en las salas de baile y en los comedores, unos comedores en los que antaño se sentó gente muy diferente que halló un ambiente muy distinto. Todos dormirán en literas o en hamacas. Mañana, se invertirán las cosas: los hombres que hoy duerman en las cubiertas dormirán dentro, los que duerman hoy dentro lo harán mañana en las cubiertas. Tendrán que ir alternando de noche en noche, hasta el día del desembarco. Hasta el momento del desembarco los hombres no podrán quitarse la ropa. Esto no es viaje de placer.

En las cubiertas, bajo una tenue claridad azul, los hombres se sientan, y enseguida caen dormidos. Dormidos casi al sentarse o tumbarse en sus puestos. Muchos, incluso antes de quitarse los cascos. Ha sido un día agotador en extremo. Aun durmiendo, todos mantienen los rifles aferrados con ambas manos.

Por las puertas de acceso aún entran largas filas de gente sobre todo enfermeras de limpios gorros con sus sacos de campaña. Las enfermeras, aunque dispondrán de habitaciones de lujo, estarán apiñadas en ellas. Por la puerta de acceso número 1 entra un escuadrón de bombarderos y una compañía de policía militar. Todos ellos están, igualmente, cansados. Tanto que, en cuanto queden libres de trámites, se acostarán. Antes, sin embargo, deben pasar revista para comprobar que en el barco no va nadie que no deba ir. Por todas partes puede leerse en el barco el PROHIBIDO FUMAR. Todo está inquieto. Sólo se oye el rumor de pies cansados arrastrándose, y de vez en cuando algunas voces opacas dando

órdenes.

La policía militar se ocupará del orden, pero esto será más tranquilo que dirigir el tráfico. Los campos de tenis de cubierta están ya repletos de soldados dormidos y de equipos. La policía militar está en todas partes, en las escaleras y en los pasillos, dirigiendo y vigilando. Y, aunque algunos ya duermen, otros aún están subiendo a bordo. Todo hay que hacerlo despacio, con paciencia, como un conductor en plena carretera en un atasco que avanza lentamente pero sin pausas. Cerca ya de la medianoche, el último hombre ha embarcado.

En la habitación del personal, el oficial al mando se sienta a una larga mesa repleta de teléfonos. Su ayudante, un mayor rubio de aspecto cansado, redacta el parte oficial y pone sus papeles en orden. El comandante le dice algo.

Un aullido en los altavoces anuncia que la embarcación esta completa. Las pasarelas son izadas. Las compuertas de hierro se cierran. Nadie, excepto el práctico, puede entrar ahora en el barco ni abandonarlo. En el puente, el capitán pasea lentamente. Ahora todos esos militares están a su cuidado; será el responsable de cualquier accidente que se produzca.

El barco permanece junto al muelle un rato. Del fondo del mar, asciende un suave murmullo. Las tropas quedan ya separadas de sus hogares. Algunos hombres permanecen apoyados aún en las barandillas de las cubiertas superiores y miran a los muelles y más lejos. Miran la ciudad. El agua está sucia de aceite. Es casi la hora de partir. En el puesto de mando, el comandante sigue sentado ante la larga mesa; junto a él, sigue su rubio ayudante. Suena uno de los teléfonos. El comandante lo toma, escucha un momento y vuelve a colgarlo. Se vuelve hacia el mayor.

—Todo a punto —dice.

EN ALGÚN LUGAR DE INGLATERRA (21 de junio de 1943). Pasada la medianoche; la marea está cambiando. En el puente hay gran actividad. Las máquinas del buque todavía están en silencio. Pequeños remolcadores lo conducen hasta alta mar, en silencio, tirando de él lentamente. Sólo la policía militar, que vigila entre los dormidos soldados, ve cómo se aleja la ciudad.

En la enfermería del barco hay trabajo, porque las cosas que a veces suceden a los hombres, que pueden suceder a todos los hombres, han empezado a suceder. El mayor médico se ha quitado la camisa. Se lava las manos con un jabón verde, mientras una enfermera del ejército, toda de blanco, permanece de pie sosteniendo la bata del doctor. El anónimo soldado al que le duele el apéndice es atendido por otra enfermera, que le lava el estómago. Brillantes focos iluminan la mesa de operaciones. El doctor se enfunda los guantes esterilizados. La enfermera ajusta la mascarilla blanca sobre la boca y la nariz del médico y conduce al soldado, ya dormido, hasta la mesa que iluminan los potentes focos.

El barco se aleja de la ciudad, y los remolcadores lo abandonan. Una cosa negruzca se eleva a través de las chimeneas, —en las cubiertas, en los pasillos y literas, millares de hombres se abandonan al sueño—. A la tenue luz azulada, sólo sus rostros son parcialmente visibles. Manos, pies, piernas y equipos forman un enjambre de bultos en mezcolanza. Los oficiales y la policía militar montan guardia ante ese sueño, un sueño multiplicado, el sueño de millares de hombres. Un olor característico —olor a soldado— flota sobre esos hombres. Es el olor a lana, el amargo olor a fatiga, el olor a goma, a aceite, a cuero. Las tropas tienen siempre ese olor. Todos los hombres yacen dormidos, algunos con la boca abierta, pero nadie ronca. Quizás estén demasiado cansados incluso para roncar. Pero su respiración es fuerte, bien audible.

El agotado y rubio ayudante del comandante pasea por cubierta como si fuera un fantasma. Ignora cuándo podrá dormir. Él y su jefe comparten la responsabilidad. Ambos son hombres serios y responsables.

Los hombres que duermen se están perdiendo lo que todos acaban por perderse. Clérigos, granjeros, vendedores, estudiantes, técnicos, redactores, pescadores, han perdido lo que eran para convertirse en parte del ejército, han sido literalmente arrancados de sus vidas normales. Éste es el principio de la realidad para la cual han practicado tan intensamente. Su patria, para cuya defensa se han convertido en soldados, duerme lejos, en la oscura noche, como duermen ellos mismos. El lugar que ocupará sus pensamientos en los próximos meses queda ya lejos, y ellos no vieron cómo se alejaba porque estaban durmiendo. La mayor parte de ellos no lo

verá de nuevo en mucho tiempo; los otros no lo verán nunca más. Era ése, el de la partida, el momento de la emoción, ese momento que no puede ser reemplazado. Pero estaban demasiado agotados. Duermen como esos niños que desean estar despiertos cuando llegue Papá Noel y acaban vencidos por el sueño antes de alcanzar a verlo. Recordarán siempre el momento de la partida, pero, para ellos, en realidad no ha habido partida.

La noche empieza a adueñarse del mar. Todo está oscuro y empieza a caer una suave llovizna. Buen tiempo para la navegación; un submarino no podría vernos ni a doscientos metros. El barco es como una forma gris oscura avanzando a través de una niebla grisácea y fundiéndose con ella. Por delante, patrulla un pequeño dirigible de la marina, algunas veces tan cerca del barco que es fácil reconocer a los hombres que ocupan su pequeña cabina.

El transporte está casi incomunicado. Puede oír pero no hablar. Su radio de onda larga no puede emplearse a menos que choque o sea atacado. Nadie, durante el viaje, pues, nadie tendrá noticias de él. Delante, en el oscuro mar, están los submarinos. Y muchos de los hombres que van a bordo no han visto, hasta ahora, el mar. El mar, ya de por sí temible sin los terribles secretos de una guerra. Además de que, ahora, se anuncian en el futuro muchas cosas que asustan a los muchachos: nuevas cosas, nuevas gentes, nuevos idiomas…

Los hombres han empezado a despertarse antes de la llamada. Ellos, que se han perdido el momento de la partida, despiertan ahora rumbo a un destino ignorado, en una ruta ignorada; despiertan ante un futuro ignorado. El gran barco enfila su proa hacia el Atlántico.

En cubierta, dos precoces muchachos de las montañas admiran el increíble mar. Uno de ellos dice:

—Cuentan que en el fondo del mar hay sal.

El otro le responde:

—Ahora sabes que no es cierto.

—¿Qué es lo que no es cierto? ¿Por qué no es cierto?

—Ya lo ves —responde su compañero—, no hay tanta sal en el mundo.

EN ALGÚN LUGAR DE INGLATERRA (22 de junio de 1943). La

primera mañana en un barco que transporta tropas siempre es un auténtico caos. El problema de alimentar a miles de hombres en tales circunstancias es un problema realmente grave. Se sirven dos comidas al día, separadas una de la otra por diez horas largas. Las hileras de platos para el desayuno empiezan a formarse a las siete y continúan hasta las diez. Las filas para la cena empiezan a las cinco de la tarde y siguen hasta las diez de la noche. Y durante todas esas horas, los largos y estrechos pasillos están llenos de filas de hombres, cada uno con sus cubiertos de campaña.

El primer día, nada funciona como es debido. Hay embotellamientos y momentos de nervios. A las diez de la mañana, un soldado se lamenta a uno de los policías militares de estar de nuevo aguardando el avituallamiento, cuando ya ha desayunado dos veces.

—Por favor, señor —le dice—; permítame salir de la formación. He desayunado ya varias veces, y no tengo más hambre. Al salir de una fila me han empujado a otra y luego a otra… Ya no tengo hambre.

Los hombres, en estas circunstancias, no pueden ser tratados como individuos. Son simplemente unidades que deben conformarse con el espacio que se le ha asignado a cada uno: metro ochenta por noventa por medio metro. Ése es el espacio que corresponde a cada hombre. Son máquinas a las que se debe proveer del correspondiente combustible para evitar nue se detengan. Los residuos producto de la combustión deben ser eliminados con esmero. No hay forma humana de considerarlos a todos individualmente. El método de adiestramiento empezará a dar sus frutos al segundo o al tercer día, y las columnas marcharán a partir de entonces suavemente y en armonía.

Ahora los hombres están descansando. En ninguna habitación se observa el más mínimo movimiento. A nadie se le permite hacer ejercicio. Por todas partes se ven pies. Es acaso lo que más se ve en un barco de transporte de tropas, pies. Un hombre puede ocultar más o menos la cabeza, incluso los brazos; pero, estando tendido o sentado, el problema reside siempre en qué hacer con los pies. Se tumban en los pasillos, se meten en los rincones… Los pies siempre quedan al descubierto. Éstos jamás se protegen, tal vez porque son la parte del cuerpo menos vulnerable. Aunque la verdad es que,

para moverse, no puede prescindirse de los pies. Los hay grandes y deformes, bonitos y pequeños... Montones de pies en mezcolanza con montones de zapatos (de zapatos limpios, zapatos arrugados, maltrechos) y con montones de cordones de zapatos; unos, atados de cualquier manera, otros, cuidadosamente. Como demostrando que puede conocerse el carácter de las personas por sus pies y sus zapatos. Hay pies perpetuamente cansados, nerviosos y rápidos. Recordar un barco de transporte de tropas es recordar una miríada de pies. Si alguien, en uno de estos barcos, siente la necesidad de desplazarse durante las horas de sueño, el camino que recorra siempre será un camino jalonado de pies.

Los hombres empiezan a sentirse inquietos. Resulta duro permanecer sentado sin hacer nada. Algunos han traído pequeños libros de bolsillo; otros los toman de la biblioteca del barco. Novelas policíacas y relatos breves es lo que más abunda. Son pocos, sin embargo, a los que no les gusta leer, y tienen que buscarse alguna otra diversión.

Hace algunos meses, y con ocasión de una encuesta realizada con objeto de hallar juegos que ayudaran a los soldados a entretenerse en los largos ratos de ocio, se demostró que el parchís era el juego que iba tomando mayor popularidad en el ejército. Quizás a quienes creen que el parchís es un juego estúpido les cueste creerlo. Pero la verdad es que no existe la mínima duda acerca de la extraordinaria aceptación del parchís entre las tropas de hoy en día. El barco ha perdido ya todo su interés para los soldados que van en él. Ahora el parchís lo abarca todo, absorbe toda su atención. Es, para ellos, un juego excitante. Algunas partidas se prolongan varios días. A veces, un soldado no para de jugar durante toda la travesía. Pero no todo es parchís; también, en menor medida, se juega a las cartas, sobre todo al póquer. Unos juegos de lo más viejo. Y hasta resulta agradable ver cómo nuestro ejército ha retrocedido a las modas de nuestros antepasados.

El barco va bien pertrechado de armamento pesado. De cada uno de los puestos de observación sobresale un cañón. Es fácil imaginar que la razón de ello es que, pese a todas las medidas tomadas para hacer secreta la expedición, es posible que el barco halle «obstáculos» en su camino por alta mar. En las cubiertas pueden verse numerosísimos botes salvavidas, listos para ser

echados al mar y equipados con medicinas, agua, alimentos e incluso aparejos de pesca.

Ahora, los hombres que el día anterior durmieron en las cubiertas pasan adentro. Y los de adentro salen. El aire es fresco. Los soldados empiezan a construir ingeniosos refugios contra el frío. Algunos levantan a modo de tiendas individuales entre montantes y batayolas; otros, aprovechando los botes salvavidas. Después se sientan a leer o a jugar al parchís. El mar está en calma, y eso es bueno para quienes nunca antes han estado en un barco. A éstos, un mar encrespado los marearía. Sería un problema añadido.

Las cubiertas no pueden limpiarse porque no hay espacio donde situar a los hombres mientras se hace. Hay muchos problemas. Los hombres deben evitar agruparse en un mismo punto o zona, incluso en el caso de que fuera avistado otro barco; el barco correría el riesgo de zozobrar. Nuestra carga es: «Hombres», Y una carga que debe transportarse cuidadosamente.

Cada día se practica algún ejercicio de salvamento. Se hace sonar las sirenas y, después de la confusión del primer día, ahora todos los hombres van silenciosamente a las formaciones o a sus puestos. No son pocos los problemas que hay que resolver en un barco que transporta tropas.

EN ALGÚN LUGAR DE INGLATERRA (23 de junio de 1943). Un barco de transporte de tropas forma una extraña comunidad que reacciona como una comunidad. En lo único en que se diferencia de una comunidad normal es en que el barco está en constante peligro; en cualquier momento puede ser atacado y destruido. No hay riesgo, por improbable que parezca, que no asalte la mente de los soldados en algún momento. En cualquier lugar bajo el agua puede haber un submarino, en cualquier momento puede aparecer el torpedo que envíe al gran barco al fondo del mar.

Por eso los artilleros jamás descansan, por eso están constantemente preparados los aparatos de alarma. Medio cerebro escucha y permanece en alerta constantemente. De noche, cualquier pequeño sonido tiene gran importancia. De vez en cuando, los cañones hacen fuego para comprobar que estén en perfectas condiciones. El oficial de artillería nunca descansa. En el puente, el

capitán raramente duerme, y lo hace siempre con una taza de café a mano.

Con los nervios en tal estado de tensión, la mente de los hombres reacciona de las maneras más imprevisibles. Hablan de cuanto temen como si temer algo pudiera provocar que aquello que se teme se produjera. Y entonces dan lo temido como una realidad que fatalmente ha de producirse. Por eso un barco de transporte de tropas es un nido de rumores, rumores que constantemente van ascendiendo de tono y que, cosa rara, son idénticos en todos los barcos de transporte. Las mismas historias son repetidas una y otra vez. Los hombres, sin embargo, sólo pueden prestar unos minutos de atención a cada rumor; enseguida surge un rumor nuevo que viene a ocupar el lugar anterior. Sólo la tripulación del barco permanece al margen de esta fiebre.

Lo que se cuenta en todos los barcos de transporte de tropas, lo que se cree en todos ellos.

1. ° Esta mañana hemos sido avistados por un submarino. Él solo no disponía de suficiente fuerza, pero para eso existe el recurso de la radio. Ahora una cuadrilla completa está reunida ante nosotros, dispuesta a interceptarnos y hundirnos. Se supone que este rumor tiene su procedencia en el oficial radiotelegrafista, que tal vez haya oído cómo el submarino llamaba a sus compinches. La cuadrilla nos atacará esta noche. Siempre se dice que estos rumores proceden de un oficial responsable.

2. ° Esta mañana ha aparecido un submarino en la superficie de las aguas, ajeno, por lo visto, a nuestra presencia en los alrededores. Teníamos todos nuestros cañones dirigidos contra él, listos para hacerlo desaparecer, cuando, por fin, nos ha visto y nos ha hecho señales de que es de los nuestros. No se explica cómo es posible que no detectara nuestra presencia, a no ser que tuviera estropeados los aparatos de que dispone a tal efecto.

3. ° Han sucedido cosas terribles e incalificables entre la oficialidad (este rumor corre de boca en boca entre los soldados alistados). No se menciona qué delito han cometido, pero se sabe que buen número de oficiales se encuentran detenidos para ser juzgados de acuerdo con la ley marcial. Es posible que el rumor nazca del deseo de los propios soldados.

4. ° Se ofrecen botellas de gaseosa a los oficiales y a la tropa:

unas botellas de característico color marrón. Es, sin duda, gaseosa, pero alguien hace correr el rumor de que las botellas de color marrón contienen cerveza. Finalmente llega la desilusión. Pero pronto, con la llegada de otro rumor, se olvidan todos de las cervezas.

5. ° La proa del barco, remendada, presenta cierta debilidad. En el último viaje chocó contra un destructor (algunos dicen un crucero), al que partió en dos, quedando ambos igualmente averiados. Retirado de la circulación y reparado, el barco está ahora en perfectas condiciones. Por lo menos si no se produce una tormenta, en cuyo caso no sería de extrañar que el barco empezara a deshacerse. Como los hombres no tienen permiso para acercarse a la proa, debido a que en ella están situadas las piezas de artillería, nadie sabe a qué atenerse en lo que se refiere a este particular.

6. ° Esta noche pasada, la radio ha anunciado que habíamos sido hundidos. Eso es una treta de los alemanes, que intentan, mediante estos engaños, procurarse información. Y hacer cundir el nerviosismo, tanto entre los soldados como entre sus familiares; entre los familiares, porque éstos no saben exactamente en qué barco se encuentra determinado soldado; entre los embarcados, porque saben nerviosos, por lo mismo, a sus familiares.

7. ° Diversas epidemias han brotado a bordo. La oficialidad lo oculta para evitar el pánico. Pero la verdad es que, durante las noches, numerosos cadáveres son arrojados al mar.

Como los días pasan y entre los hombre va aumentando la inquietud (ya no se juega al parchís, porque todo el dinero ha ido a parar a las mismas mezquinas manos), los rumores crecen intensamente. Si en algún lugar del vasto océano aparece una patrulla de aviones propios en misión de protección, en seguida nace el rumor de que ha obligado al capitán a cambiar de rumbo porque las cosas se están poniendo feas, algo terrible sucede en algún sitio, algo terrible.

Como, de todas formas, cambiamos de ruta cada treinta segundos (seguramente, con objeto de hacernos más difíciles de vigilar), el rumor termina desapareciendo. Como todos los demás. Pero sería interesante que los oficiales confeccionaran una lista de los rumores oídos en el barco; de ese modo podrían eliminar algunos. Además, sería interesante saber cuál es el que más ha

afectado a las mentes de los hombres.

EN ALGÚN LUGAR DE INGLATERRA (24 de junio de 1943). Una pequeña unidad USO viaja a bordo de este transporte de tropas. Muchachos que acompañan a las tropas para entretenerlas allí donde sea menester que sean enviadas. No son, por supuesto, las grandes figuras creadas más por la publicidad que por sus propios méritos y que tienen contratos con las grandes cadenas de radio. Son chicas guapas que cantan y bailan y chicos que saben hacer juegos de manos, pantomimas y narrar chistes. Chicos y chicas con pocas cualidades y desconocedores de las tretas que suelen emplearse en el teatro. Pero hay en todos ellos el más exquisito gusto. Precisamente, el teatro, la única institución del mundo avalada por cuatro millares de años, requiere de gente tenaz y devota que lo mantenga vivo, gentes como estas chicas y estos chicos. Un acordeón es el arma imprescindible en estas compañías. Los trajes de noche, cuidadosamente empaquetados, van en viejas maletas. Deben levantar el ánimo de la tropa. Realmente, el suyo es un trabajo duro.

La sala destinada a teatro es una de las más amplias del barco y una de las más en desorden. Los soldados se arraciman, sentados algunos en las escasas sillas disponibles, otros de pie sobre mesas situadas en los pasillos. En un extremo hay una pequeña plataforma, el escenario. El altavoz está estropeado esta noche. Pero cuando está en las debidas condiciones, amplía y falsea las voces. El presentador se levanta y se encara con la concurrencia. Cuenta un chiste, pero no todos ríen porque la gran masa de hombres que compone el auditorio está formada por individuos de diferentes Estados, y en cada uno tienen su propio sentido del humor. Cuenta entonces un chiste de Nueva York. Hay risas, pero con moderación. Los hombres de Dakota del Sur y de Oklahoma no le ven la gracia a este chiste. Ríen porque quieren reír. Prueba con otro, esa vez sobre seguro porque su tema nunca falla; la policía militar. Todos ríen. A todo el mundo le gustan los chistes sobre la policía militar.

Presenta en seguida a una bailarina acrobática, una linda muchacha de largas piernas que, simulando una sonrisa que resulta forzada porque sus músculos están en tensión, ensaya diversas

acrobacias. El barco, balanceándose lentamente, le pone todavía más difíciles las cosas. Y ella va probando repetidas veces, perdiendo el equilibro a menudo. Hasta que el barco se compadece de ella y deja de balancearse un poco, y la muchacha consigue terminar el ejercicio, separándose en el aire las piernas durante un par de segundos. Los soldados, que advierten las dificultades, están con ella y desean que triunfe. Y, cuando lo consigue, aplauden a rabiar. Todo parece muy serio. Y ella abandona el escenario entre silbidos de admiración, vítores y ovaciones.

A la chica le sigue un cantante de blues. Sin el altavoz, sólo a duras penas se oye su voz porque, si bien suave, carece de potencia. Al esforzarse en hacerse oír, pierde buena parte de su dulzura, pero aun así su voz sigue siendo bella y agradable.

A continuación aparece una acordeonista. Indica estar dispuesta a complacer solicitudes, a condición de que todos la acompañen cantando. Y las peticiones no se hacen esperar. Son viejas melodías, conocidas de todos: *Harvest Moon, Home on the Hange, When Irish Eyes are Smiling*… Los hombres cantan como saben, todos en diferente tono. Aún no hay una canción de guerra en esta guerra. No ha sucedido nada de importancia todavía. El espectáculo continúa con un prestidigitador que contesta correctamente a las preguntas que le son formuladas por el público, entre el aplauso y la admiración generales. A él le sigue un mago provisto de pañuelos de colores.

La ilusión está presente en todos los números, porque la concurrencia, que desea que el espectáculo sea bueno, ayuda en todo lo que puede. Al final, al margen de algunos números poco convincentes, todo ha resultado casi perfecto. Y hasta puede hablarse de un auténtico espectáculo.

Uno de los hombres está atemorizado. No ha dormido desde que embarcó. Tiene miedo al océano y a los submarinos. Está echado en la litera, esperando la explosión que lo mate. Es un valiente, no lo dudo. Pero ahora está aterrorizado; sería tonto negarlo. Quiere dominarse, pero, aunque lo intenta, no puede.

En la oscuridad, las tropas se desparraman por la cubierta. Los hombres se sientan tranquilamente. Una voz de bajo canta lentamente una estrofa del himno *When the Saints Go Marching In*. Otra voz dice:

—Cántala, hermano.

El bajo empieza de nuevo, y algunas voces se le unen. Cuando el himno llega a su cuarta estrofa, lo hace de la mano de una multitud de voces. No se ve nada, pero ahí están los acordes, sin faltar uno solo. De la oscuridad, surgen voces invisibles. Los hombres cantan, desparramados, tendidos sobre sus espaldas. La canción llega a hacerse grave, llega a poseer entidad. Ésta sí es una canción de guerra. Esta podría ser la canción de esta guerra. Nada de amaneceres sentimentaloides ni de pajaritos.

Sobre la oscura cubierta va y viene un balanceo de voces. Termina un estribillo, y empieza otra estrofa *When the Saints Go Marching In*. Así durante cuatro veces. A la quinta, las voces empiezan a decaer, y se transforman en un pequeño murmullo. Poco después, en la cubierta vuelve a reinar el silencio. Un ligero balanceo del barco hace entrechocar los hierros. Luego, el barco vuelve también al silencio. Y el silencio sólo es roto por el murmullo de las máquinas, el chapoteo de las aguas y el quejido del viento al acariciar los mástiles de la embarcación.

Pese a todo ello, no tenemos canciones de guerra para nuestro Ejército, emociones y nostalgias que hagan recordar a nuestros soldados que son hombres sensibles. Lamentablemente, nadie ha puesto letra y música todavía al terror y a la ferocidad de las guerras.

EN ALGÚN LUGAR DE INGLATERRA (25 de junio de 1943). Nos estamos acercando a tierra. Esta mañana nos han despertado los pájaros que, nada más vernos despiertos, han corrido hacia tierra firme como si pretendieran denunciar nuestra presencia. Nadie nos ha molestado, sin embargo. El enemigo, si sabe algo, no lo demuestra. De boca en boca corre el rumor de que esta noche desembarcaremos. Ahora el riesgo es mayor. El barco se desvía y parece dar vueltas constantemente.

Los hombres leen un pequeño libro de instrucciones acerca cómo comportarse con los ingleses. El folleto explica también las diferencias de lenguaje. Advierte de que en Gran Bretaña un retrete [*closet*] no es un lugar para guardar ropas y que la palabra «cruel» [*bloody*] es mejor evitarla; que un perro de desperdicios [*garbage*

can] es un cubo de basura, y que, en general, el inglés utiliza numerosos vocablos en diferente sentido que nosotros. Muchos de los hombres encuentran la cosa graciosaˆ empiezan a hablar una curiosa jerga que pretende imitar lo que ellos imaginan es el inglés.

La niebla oculta el horizonte. Notamos que encima de nosotros nuestros Spitfires están trazando círculos. Los notamos tan próximos que hasta nos parece oír los fieros silbidos de sus alas. Después de un buen rato de tenernos rodeados, se alejan.

Por la tarde la niebla se disipa un poco, y empieza a aparecer la tierra a través de ella. Los prismáticos nos acercan las limpias casas y el país, ordenado y añejo. Los hombres lo contemplan sorprendidos; es el primer país extranjero que ven muchos de ellos, y todos encuentran algún lugar conocido al que se parece. Uno dice que se parece a California en un día lluvioso; a otro, le parece Vermont… Los soldados se agolpan en cubierta para poder contemplarlo mejor.

El barco entra en un puerto y fondea. Por todas partes es rodeado en seguida por pequeñas unidades navales. Los hombres irán a tierra en barcazas, pero no todavía, pues el desembarco es aún más complicado que el embarque y conviene tenerlo todo bajo control. Llega la noche y, en la sala del personal, los oficiales aguardan hasta que a cada uno se le asigna una cantidad determinada de soldados. A una hora exacta cada unidad debe estar esperando en el lugar preciso que se le designa, en donde también estarán esperando trenes. La travesía ha sido perfecta; sin contratiempos, sin enfermedades graves, sin haber sufrido el más leve asomo de ataque. El cansancio se refleja en los rostros de los oficiales del barco; ninguno de ellos ha dormido demasiado. A todos ellos, después de algunos viajes, hay que relevarlos. La responsabilidad es excesiva para que un hombre pueda soportarla durante un tiempo demasiado largo.

Al despuntar el día llegan las barcazas, que se sitúan a los costados del buque. Enseguida son abiertas las grandes puertas de hierro, y las tropas se ponen en movimiento. Todos ocupan sus plazas en las pequeñas embarcaciones. Mientras unos hombres descienden hacia la barcaza que les corresponde, otros, ya preparados, miran hacia abajo. La barcaza recién cargada, una vez completa, se separa del costado del gran barco, parece resoplar y,

finalmente, se dirige hacia la bahía por entre los remolcadores, destructores y acorazados allí anclados. Todos los soldados tienen plena conciencia de sí mismos, pero miran a este nuevo país con cierto aire de recelo, como dudando. Las barcazas se acercan al misterioso muelle, casi ridículo, de tan pequeño.

En cuanto es amarrada la barcaza, sucede una cosa de lo más sorprendente: una banda de gaiteros, vestidos todos con las clásicas faldillas escocesas, pasa interpretando la no menos clásica música escocesa. El penetrante sonido parece cortar el aire. Se trata, sin duda, de la más militar, la más aguerrida marcha del mundo. Nuestros hombres se agolpan a su paso, que también es marcial. Y, al tiempo que desfilan, hacen sonar las gaitas y los tambores, ante el aplauso de los nuestros, a los que, sin embargo, no creo que pueda gustarles esta música, pues la música escocesa requiere de un cierto tiempo antes de que guste. Algo retienen nuestros soldados, no obstante. Luego, los gaiteros se van, y entonces también nuestros hombres, Dios sabe por qué, se sienten más honrados, quizás un poco elevados por la música. Ésta es una guerra del todo diferente a la de los campos de instrucción. Desde las barcazas, los hombres pueden ver casas sin tejados, casas quemadas, montones de escombros encima de los cuales las bombas han seguido cayendo. Antes quizás habían leído algo acerca de esto. Y hasta habían visto fotografías, probablemente. Pero eran fotografías y recortes de periódico. No era la realidad. Ahora sí. Y así es diferente, no es como en las fotografías. En el muelle, la Cruz Roja espera con calderos de café. Un café que están sirviendo desde poco antes de amanecer, y que seguirán sirviendo hasta que oscurezca. Las pasarelas son fijadas ahora. Los hombres, cargados con sus pesados equipajes, sus sacos de campaña y sus rifles, avanzan hacia el nuevo país. Y, cuando empiezan a adentrarse en él, escuchan aún, en la lejanía, la música de los gaiteros dando la bienvenida a otras barcazas repletas de soldados.

EL NOMBRE DE UN AVIÓN

EN UNA BASE DE BOMBARDEROS (26 de junio de 1943). La tripulación de un bombardero regresa de Londres. Los hombres han tardado cuarenta y ocho horas en llegar. En el puesto los aguarda un autobús del Ejército. Llegan otras tripulaciones, y el autobús las lleva a todas por las angostas callejuelas de una antigua ciudad y por un agradable camino entre campos verdes. Campos de trigo, jalonados de setos. Hay a la derecha un inmenso jardín, dividido en diversas parcelas, que es, al mismo tiempo, huerto en el que las familias siembran sus propios productos. Hombres y mujeres, llegados en bicicleta desde la ciudad, están trabajando en el jardín.

El autobús del Ejército zumba sobre la áspera carretera y a través de los bosques. A lo lejos, en unos pocos edificios de color oscuro ondean banderas estadounidenses. Es una base de bombarderos. Inglaterra está repleta de ellas, y ésta es una de las mejores. Aquí no hay barro, y los barracones, de obra, cumplen adecuadamente su función. En ninguno de sus campos hay demasiados aviones. Probablemente, haya sólo unos veinticinco, y tan diseminados que es casi imposible verlos a todos al mismo tiempo.

No se ha hecho ningún esfuerzo por intentar camuflar los edificios o los aviones; sería un trabajo arduo y de poco provecho. El protegerse obliga a trabajar mucho. Por la carretera y delante del edificio de la administración hay alambradas de afiladas púas. Y, a la entrada del mismo edificio, una garita en la que siempre hay un centinela. El autobús se acerca a una parada que hay cerca de la garita, y los hombres descienden, al tiempo que van colocándose sus máscaras antigás a los costados. Nadie está autorizado a abandonar el puesto si no lleva consigo su máscara. Los hombres

pasan al lado de la garita del centinela, se identifican y van haciéndose señales unos a otros. Las tripulaciones, lentamente, se dirigen hacia sus barracones.

Las habitaciones son largas y estrechas y están sin pintar. A cada uno de sus lados, adosadas contra los muros, hay unas literas de hierro, alternadas con armarios para la ropa. En el centro de todo hay un improvisado perchero para los abrigos e impermeables. Y un caballete para los rifles y armas cortas.

Cada litera está cuidadosamente dispuesta, y a los pies de cada una de ellas hay colgados un casco y una máscara antigás. Todas las paredes están repletas de fotografías de muchachas estupendas. Las mismas chicas junto a cada litera, rubias magníficas, en actitudes lánguidas, chicas de rostro aniñado y labios pintados, mostrando unos ojos soñolientos, que, sin duda, pretenden indicar pasión. Pero siempre las mismas chicas.

La tripulación del *Mary Ruth* tiene sus literas al lado derecho de la sala. Hace poco que se les han asignado estas literas. Hasta ahora, estuvieron ocupadas por otros soldados, los de un bombardero que fue derribado. Es extraño dormir en la cama de un hombre que hace tan poco estuvo desayunando contigo y ahora está muerto o prisionero a cientos de kilómetros de distancia. Es extraño e inevitable. Las ropas de los caídos todavía están en sus cajones. Pero el casco o los cascos que ellos usaron han sido desprendidos de las literas para, en su sitio, colgar los de los soldados de la nueva escuadrilla. En cambio, nadie sustituye las fotografías de chicas que tenía el muerto o los muertos junto a sus literas. ¿Qué sentido podría tener cambiarlas, cuando todas se parecen?

Esta tripulación es la del *Mary Ruth*. En el morro del aparato aparece escrito MEMORIES OF MOBILE. Pero la escuadrilla no sabe quién es *Mary Ruth* ni a qué memorias se refiere la inscripción que hay en el avión. Ya estaba bautizado cuando ellos llegaron, y nunca pensaron en cambiarle el nombre. Eso podría atraer a la mala suerte.

Es una creencia muy extendida que poderosos grupos de presión estadounidenses han protestado por los nombres con los que han bautizado a los aviones. Y se rumorea que va a llegar una orden anulando estos nombres y sustituyéndolos por nombres de ciudades y de ríos. Es de esperar que no sea cierto. A veces, de los nombres

escritos en los morros de los aparatos han surgido los mejores artículos de guerra. Los nombres son cosas muy personales, nombres de personas de carne y hueso, porque, al fin y al cabo, los aviones llegan a ser como personas, y cambiar el nombre de *Bomb Boogie* por el de San Luis, el de *Mary Ruth* por el de Wichita, o el de *Volga Virgin* por el de Davenport sería una injuria a la nave. Es la tripulación la que debe bautizar el avión, la que debe hallar un nombre de su agrado. Cambiar los nombres de los aparatos sería de lo más estúpido que pueda imaginarse, en una guerra en la que ya se han cometido muchas estupideces.

Los tripulantes del *Mary Ruth* se sientan en sus literas, y hablan de la mala suerte del *Bomb Boogie*. El *Bomb Boogie* es una nave de mala suerte. Nunca da en el blanco. Todas las misiones que emprende resultan un fracaso. En los vuelos de entrenamiento, todo resulta perfecto. Y luego, en las operaciones reales, le fallan las máquinas o aparecen defectos en el tren de aterrizaje. En las misiones, al *Bomb Boogie* siempre le sucede algo. Es algo que nadie puede entender. Hace cuatro días, partió para una misión. Ha regresado con avería en uno de los motores. De todas formas, jamás había llegado tan lejos como en esta ocasión.

Uno de los artilleros sale a pasear, pero regresa al cabo de un minuto.

—Preparados para mañana —dice.

—Esperemos que no se trate de Kiel —replica alguien—. Eso se ha convertido en un infierno.

—Ahí estará el tipo ese de la barba roja —interviene otro—. La última vez le vi mirarme de frente, y le apunté; pero fallé.

—Vayamos a comer —propone el artillero de la torreta.

NOTICIAS DE CASA

EN UNA BASE DE BOMBARDEROS (28 de junio de 1943). Los días resultan muy largos. En diferentes grados, hasta las once y media hay luz. Luego, tomamos el autobús del Ejército, que nos deja en la ciudad; en una vieja ciudad tan pequeña que uno se la conoce en tan poco tiempo como tarda en leerse su nombre. Hay edificios de diversos estilos: Tudor, Estuardo, Georgiano e incluso alguno Normando, todos ellos creando estrechas callejuelas. Las piedras de las calzadas se notan usadas. Y también las aceras, por las que han pasado montones de peatones. Es una ciudad casi hecha para pasear por ella. Los soldados estadounidenses y canadienses, los hombres de la RAF y muchos de los soldados femeninos de la Gran Bretaña pasean por las calles. Acerca de estas mujeres-soldados inglesas, justo será consignar que son realmente soldados, soldados que visten uniforme y que desempeñan en el Ejército tareas de chófer y de mensajeros. La tripulación del *Mary Ruth* entra en un tugurio atestado y ruidoso, y va hacia el mostrador, en el que las camareras sirven cerveza tan rápidamente como pueden. En un momento, los componentes de la tripulación tienen ante ellos vasos llenos de cerveza rubia. Una cerveza extraña, porque la mayor parte del alcohol que contenía ha sido extraído para fabricar munición. Y además no está fría. No es cerveza de marca, es algo que apenas sigue siendo cerveza.

La tripulación del bombardero está solemne. Todos los soldados se muestran solemnes cuando hay en perspectiva una misión. Pero esta noche es algo especial, como si un peso oprimiera a todos. No hay forma de saber cómo empiezan estas cosas. Todos a una, una tripulación empieza a sentirse intranquila, y todos a una regresan más tarde a la calma. Seguramente es la intranquilidad ante alguna

misión. Lo peor es la espera.

Beben la insípida cerveza.

—He visto un periódico de casa en la Cruz Roja de Londres —dice uno.

El que ha hablado parece tranquilo, o más tranquilo que los demás. Todos le miran. Un grupo de muchachos y muchachas han terminado una canción, al otro lado del local. Es asombroso cuántas canciones de nuestro país hay hoy por el mundo. A continuación suena *You'd Be So Nice to Come Home to*. Luego, todo cambia súbitamente. Y oímos una canción inglesa.

Uno de los artilleros levanta lo suficiente la voz para ser oído por encima de las altas voces de los cantantes.

—Me parece que tememos anunciar nuestros fracasos. Parece como si el Departamento de Guerra estuviera temeroso. Como si se sintiera asustado ante la idea de que la población civil se enterara de ciertas cosas. Hasta ahora, jamás había sabido de cosas que no se le contaran al pueblo.

El artillero de la torreta se seca los labios con el dorso de la mano y le responde:

—No nos enteramos de nada. Es una cosa graciosa, pero la verdad es que cuanto más entras en acción menos te ocupas de leer el periódico de casa. Recuerdo que antes me las apañaba para saber qué sucedía. Así me enteré de lo que estaba haciendo Turquía. Incluso llegué a poseer mapas, en los que, con lápiz rojo, iba señalando los diversos acontecimientos. Ahora hace casi dos semanas que no he visto un periódico.

—El periódico que he leído decía cosas muy graciosas —replicó el que primero había hablado—. Como que la guerra está a punto de acabar.

—Me alegra que piensen eso —interviene el otro—. Ya me gustaría poder convencer a Goering y a sus malditos aviones de ello.

—Bueno —replica el que ha sacado el tema—, leí el periódico con bastante detenimiento, y parece como si la gente de casa estuviera luchando en una guerra y nosotros en otra, que ellos tuvieran la suya casi ganada y nosotros estuviéramos casi empezando la nuestra. Me gustaría que estuviéramos todos en la misma guerra, que fueran informados de las cosas que nos pasan aquí tal como son en realidad. Opino, sinceramente, que también

ellos querrían saber exactamente cómo va la guerra.

El artillero de cola procede de algún punto cercano a Kentucky, y habla casi como los de Kentucky.

—Leí un artículo muy bonito en una revista que hablaba de nosotros. El articulista decía que tenemos nervios de acero. Yo jamás me he asustado. Todo lo que debemos desear es volar y causar estropicios al enemigo. Nunca había leído nada tan aguerrido sobre nosotros. Lo leí tres o cuatro veces para convencerme de que no estaba asustado.

—Había una horrible niebla sobre Bremen el jueves pasado —dice el radiotelegrafista—. Y tuve mucho miedo… Un poco más densa y hubiéramos podido regresar andando sobre ella. Fue, sin duda, un jueves horrible.

—Fue, desde luego, un caso de mala suerte —dice Henry Maurke Crain, uno de los artilleros—. Llegamos a tener K. O. el morro de nuestro aparato, pero fue sólo un accidente. Uno de los artilleros de uno de nuestros propios aviones que se encontraba encima de nosotros lanzó unas granadas, que vinieron a dar en nuestro morro. Pero ya está resuelto y reparado.

—Pero, de todas formas —sigue el primero, tenazmente—, no me gusta que en casa digan que la guerra está acabándose. Ni que crean que somos tan valientes. Yo no quiero que me tengan por demasiado valiente. ¿Alguien quiere otra cerveza?

—¿Para qué? —dice el artillero de cola—. ¿No ha sido suficiente este mejunje? Yo regreso a limpiarme las armas. Es peor hacerlo por la mañana.

Se levantan y salen lentamente del local. Todavía hay claridad. Las palomas vuelvan sobre la torre de una vieja iglesia gótica, forma arquitectónica especialmente adecuada para que las palomas construyan sus nidos.

El hotel ocupado por la Cruz Roja está abarrotado de hombres de los campos existentes en los alrededores. La parada del autobús está frente a él. Cuando llega, subimos. Las tripulaciones miran todas instintivamente al cielo. Despejado, con pequeñas nubéculas blancas suspendidas en la luz de un sol a punto de desaparecer.

—Parece que tendremos un día claro —comenta el radiotelegrafista—. Eso es tan bueno para nosotros como para ellos. El autobús regresa hacia el campo. El artillero de cola bromea:

—Espero que el viejo barbarroja esté resfriado. No me gustó nada la mirada que me dirigió la última vez.

(El viejo de la barba roja es un piloto enemigo que se acerca tanto con su avión, que siempre pueden distinguir perfectamente su rostro.)

SUPERSTICIÓN

EN UNA BASE DE BOMBARDEROS ((30 de junio de 1943). En los barracones se pasa una mala noche, una de esas noches que no se dan a menudo. Es imposible saber cómo ha empezado. Los nervios están a flor de piel, y nadie consigue dormir. El artillero de cola, que ocupa el otro lado de la habitación, desciende de su litera y empieza a gatear por el suelo.

—¿Qué sucede? —pregunta su compañero de litera.

—He perdido la medalla —responde.

Nadie pregunta de qué se trata, si de un san Cristóbal o de una sencilla medalla de la buena suerte. El caso es que ha perdido su medallón de identificación. Todos se levantan y buscan. Separan las literas de la pared. Vacían los zapatos. Miran detrás de las papeleras. Insisten sobre todo en que el artillero vuelva a registrar sus bolsillos. No es bueno para un hombre perder su medallón. Todos quieren encontrarle gracia al asunto. Hacen chistes; se gastan bromas unos a otros. En un intento de sosegarse, empiezan incluso a preguntarse las tallas de sus zapatos.

—¿Pero qué número calzas, Brown? Yo puedo dormir ahí dentro.

Es una amarga alegría que quiere hacerse sitio en la sala.

Los chistes se agotan. Hay muchas pequeñas cosas que hacer cuando hay una misión a la vista; sobre todo, hay que dejar preparadas las cosas que tendrán que enviar a casa los compañeros si se sufre un accidente. Bajo la almohada quedan las fotografías, el anillo, las cartas recibidas. Todo bajo la almohada y ni siquiera se arregla la litera, para poder meterse en ella más rápidamente en caso de regresar. A nadie se le ocurre arreglar una litera cuando su propietario ha salido para una misión. Algunos, no obstante, se

esmeran en el aseo. Son los que aguardan la orden de su licénciamiento, del regreso a casa. Éstos tienen la mente llena de proyectos para el futuro, piensan constantemente en las cosas que harán una vez en casa.

Ese es un tema habitual de conversación en los barracones. Concretamente, se menciona a un radiotelegrafista que una mañana dejó bien doblada la ropa de la cama, y la almohada, en la cabecera. También dejó sus ropas particulares en un paquete cuidadosamente preparado. Y dejó bien limpio su cajón. Fue, sin duda, un presentimiento, puesto que era la primera vez que hacía una cosa así. Fue derribado ese mismo día.

El artillero de cola no ha encontrado todavía su medallón. Una y otra vez ha rebuscado en sus bolsillos. Y debido a ello todos siguen la conversación. Hasta que alguien dice: —¡Por amor de Dios! Es pasada la medianoche. Debemos dormir un poco.

Se apaga la luz. La oscuridad vuelve a reinar en la habitación. Habla un hombre:

—Desearía estar ya en el avión.

Sabe que cuando empiece la misión tendrá los nervios calmados. Lo que les atormenta son estas horas de espera, horas de espera particularmente malas esta noche.

Se hace por fin el silencio en la habitación; después, una pausa y, a continuación, otra vez gran ruido. Llega otra tripulación, cuyos componentes, intentando a llegar a sus literas en la oscuridad, han tropezado con el caballete destinado a las armas. La habitación rompe en ruidosas maldiciones. Todos increpan a los recién llegados. Les dicen que de dónde vienen y adonde esperan ir. Es una auténtica explosión, que tiene la virtud de apaciguar la tensión que reinaba en la sala.

Cuando uno, despierto aún sobre la litera, oye un zumbido que avanza, sabe ya qué sucede: la RAF sale para un bombardeo nocturno. Deben de haber cientos de aviones. El ruido se está oyendo durante largo rato. Son cientos de Lancasters, con cientos de toneladas de bombas. Cuando regresen, saldremos nosotros.

En realidad, uno no puede hablar de superstición cuando se cuentan las cosas que suceden a una escuadrilla de bombarderos. La tensión y la altura tienen efectos extraños sobre el hombre. A diez mil pies de altura, el cuerpo se ve sometido a unas condiciones para

las que no ha nacido: respirar oxígeno por un tubo y tener los ojos y oídos un poco alterados por la presión. Poco hay que sorprenderse, pues, en que a veces se vean cosa que no suceden y, por el contrario, dejen de verse las que suceden en realidad. Los artilleros, en ocasiones, han hecho fuego contra sus propios aviones, y otras veces han disparado al vacío, creyendo apuntar a un aparato enemigo. Uno no puede fiarse de los sentidos. Y el cielo, con la ayuda de la niebla, es muy traicionero. Por doquier estallan granadas, y algunas veces los fragmentos se incrustan en tu avión. Los cazas, con sus brillantes ametralladoras, te apuñalan. Y no es extraño ver visiones. Si estando en tensión te ocurre algún accidente, también es natural que ocurran en tales condiciones. Los espíritus cabalgan siempre a través del cielo. O por lo menos eso es lo que, normalmente, hace ver el nerviosismo que nace con la altura.

El barracón está silencioso. De un ángulo llega un rayo de luz. Alguien habla en sueños. Dice algo que nadie consigue entender, y luego:

—Helen, subamos al yate y marchémonos.

En la pared adyacente se oye ruido. Más tarde, un sonido metálico. El artillero todavía anda rebuscando el medallón en sus bolsillos.

PREPARATIVOS PARA UNA MISIÓN

EN UNA BASE DE BOMBARDEROS (1 de julio de 1943). En los barracones se enciende una brillante luz blanca para despertar a los hombres. Una potente voz dice:

—Bueno, muchachos, ¡a levantarse!

Los componentes de la tripulación, muertos de sueño, se esfuerzan por levantare y vestirse. Son las dos y media de la madrugada, y nadie ha dormido aún mucho.

El día empieza a clarear. La tripulación busca a tientas su camino; a tientas, tanto debido a la escasez de luz como a la modorra que aún los embarga. Un guardián va reconociendo a cuantos entran en la sala.

Adentro hay varias filas de bancos frente a un largo telón blanco que ocupa una pared. Algunas de las tripulaciones están ya acomodadas. Las luces se apagan, y un proyector refleja una imagen aérea en la pantalla. La imagen es completamente clara. Muestra calles y factorías, y el curso de un río. Y hasta muelles y diques para submarinos. De pie, junto a la pantalla, hay un oficial de Inteligencia con un largo indicador en la mano. Comienza a hablar, sin preliminares.

—Aquí es adónde deben ir —dice, y señala con la vara un punto, al tiempo que pronuncia el nombre de una ciudad alemana—. Hay que llevar esta dirección —continúa, mientras indica la ruta—. El blanco es éste. Se trata de una fábrica de piezas para los motores de los aviones enemigos. ¡Destrúyanla!

La vara indicadora, mientras él ha estado hablando, no ha cesado de describir movimientos en el aire y sobre la pantalla. El oficial, por fin, la deja descansar. Ya no hace falta. Menciona tiempos. «Las 5. 52; las 9. 43…»Todo es al minuto. El trabajo de

llevar tantas naves al mismo tiempo y al mismo punto, sin errores horarios, implica tener en cuenta incluso las fracciones de segundo.

—¡Suerte y buena caza! —concluye el oficial.

Se apagan los proyectores. Desaparece la imagen de la pantalla. El capellán llega y dice:

—Los católicos, que se reúnan al fondo de la sala.

Las tripulaciones salen de la habitación y se dirigen al comedor. Llenan sus platos y tazas de fruta, huevos fritos, jamón, pan y café.

Los del *Mary Ruth* están casi alegres. La tensión nerviosa ha desaparecido del todo; hay un trabajo que cumplir. El artillero de cola dice:

—Por si sucediera algo, será bueno recordar que hemos comido ciruelas para desayunar.

Comen apresuradamente y, luego, van a lavar los platos y las tazas en agua jabonosa. En unos calderos que hay cerca de la puerta, lo enjuagan todo después.

El vestirse para el vuelo es cosa larga y complicada. Primero, el hombre se desnuda del todo. En íntimo contacto con la piel, viste entonces una fina prenda de lana. Sobre ella, la ropa interior, un tanto extraña y de color azul intenso. Estas prendas son las destinadas a evitar el frío. Llegan hasta los tobillos y hasta las muñecas y, a la altura de la cintura, llevan un cinturón de conexiones eléctricas. Cuando se emprende un vuelo, a dichas conexiones se hace llegar, mediante un cable, el calor del aparato. Sobre todo ello va el mono marrón. Hay que calzarse gruesas botas y enfundarse guantes de lana, igualmente conectados con el grupo térmico del interior de la nave. Y no hay que olvidar el salvavidas de goma, que puede ser hinchado en un momento. Y el paracaídas, con sus molestas correas, atadas a la espalda, a la cintura y por entre las piernas. Por último, el casco con el equipo emisor-receptor (auriculares y micrófono), mediante el cual se puede estar en perfecta comunicación con la base y con los otros miembros de la tripulación, sin que el ruido de alrededor sea un obstáculo. Cuando terminan de vestirse, los hombres llevan encima un peso considerable. Caminan como hombres artificiales. El delgado artillero de cola parece ahora un pequeño gordinflón.

Se visten con sumo cuidado, porque cualquier palmo de piel desprotegida o un descuido que acarree la desconexión de un

enchufe puede producir, en el frío enorme reinante a diez mil pies de altura, graves problemas.

Ahora, hay ya claridad, y sopla un aire frío. Los hombres vuelven a la habitación, a recoger sus armas. Un camión los aguarda. Ordenan cuidadosamente todas las armas en el interior del camión, una vez que han subido también ellos. El camino por el que los lleva el camión es largo y desierto. Y termina en una senda por la que llegan al pie de los aviones, esparcidos casi desordenadamente por el campo. Bajo las alas de cada uno de los aviones, hay un grupo de mecánicos.

—Ahí está —dice el artillero de la torreta—. Espero que tenga el morro reparado.

El morro del *Mary Ruth* sufre aún los efectos de los cascos de una granada enemiga.

Cada uno de los hombres coge su ametralladora con mimo. Entran en la nave. Las ametralladoras son montadas y probadas con sumo cuidado. La munición es revisada, y las armas, cargadas. Todo lleva su tiempo. Nada se hace con prisas. Para eso se ha despertado a los hombres mucho antes del momento de partida. Aún quedan un montón de cosas por hacer.

EL PERSONAL DE TIERRA

EN UNA BASE DE BOMBARDEROS (2 de julio de 1943). El personal de la base todavía está trabajando en el *Mary Ruth*. El sargento Pierce, de Oregón, está al mando. Lleva mucho tiempo en el Ejército, y conoce bien los motores. Dicen de él que puede considerársele el dueño del *Mary Ruth*, pero que lo presta a quien, ocasionalmente, lo necesite. Buena parte de la noche la ha pasado revisando los motores del aparato.

El cabo Harold está también ahí. Ha estado cargando bombas y comprobando que el armamento estuviera en óptimas condiciones. La tripulación siente otra vez el nerviosismo: se acerca la hora. El de los mecánicos es un trabajo oscuro, un trabajo que no da ninguna gloria y ninguna publicidad; pero las naves no podrían volar si ellos no pusieran en su cuidado todo su saber. Y nunca disponen de mucho tiempo para hacer su trabajo. Visten monos y gorras de béisbol.

Los artilleros han montado las ametralladoras y están probando el funcionamiento de la tapas corredizas. Afuera, un hombre limpia el morro del aparato, nuevamente reparado, frotándolo con barro para que quede lustroso y con buena presencia.

Se acerca un vehículo que trae a los oficiales Brown, Quenin, Bliley y Feerick. Arrojan al suelo un montoncito de pequeños paquetes cuadrados, uno para cada hombre. El capitán Brown los distribuye. Contienen dinero en moneda de los países cercanos a aquel en que se encuentra el blanco, alimentos concentrados y mapas. Brown, dice:

—Si algo ocurriera, no iríamos hacia…, porque la gente de allí nunca se ha portado muy amistosamente. En…, encontraríamos ayuda.

Los hombres toman sus paquetitos y los guardan en los bolsillos de sus monos, muy abajo, casi por debajo de las rodillas.

El sol, que hace un rato que está saliendo, tiñe las nubecillas de rosa que aparecen en el cielo. El capitán mira su reloj.

—Será mejor que despeguemos ya —dice.

El otro Brown, el artillero de cola, se levanta. Muestra dos anillos, un camafeo y otra cosa.

—Olvidé dejarlo —se lamenta—. ¿Podrías ponerlo debajo de mi almohada?

La tripulación sube al avión, y ocupa sus puestos, y la puerta es cerrada con llave. Las portezuelas centrales, como es natural, permanecen abiertas, y las ametralladoras sobresalen de ellas, a punto para hacer fuego tan pronto como sea necesario. La larga tira de las cintas de cartuchos cuelga de cada una de las ametralladoras.

El capitán indica algo desde la altura de su puesto. La ventanilla por la que él mira al exterior está justamente encima del nombre del avión: *Mary Ruth*, MEMORES OF MOBILE. Los motores empiezan a rugir, calentándose mientras las hélices giran. De todas partes del campo, llegan entonces los ruidos de muchos motores puestos también en marcha. De todas partes del campo, las grandes masas grises mandan sus zumbidos a los puntos más distantes. Parecen insectos gigantescos, como una cabalgata de insectos moviéndose por toda la extensión que abarca el campo de despegue.

A otra señal del capitán, dos hombres quitan los topes que frenan las ruedas. El *Mary Ruth* hace rugir más intensamente sus motores y, luego, se arrastra lentamente por la pista, poniendo en movimiento a toda la cabalgata. El primer avión sale a escape, toma velocidad y se eleva. Al primero le sigue otro. Y otro. Y otro más. Hasta que han salido todos. La hilera volante se extiende hacia el norte. Al cabo de unos minutos, el escuadrón ha desaparecido de la vista en el aire. Pero, al momento, vuelven sobre el campo, esta vez no en hilera, sino en correcta formación, habiendo ganado altura todos los aviones. Cuando apenas han pasado, llega otro escuadrón, y otros luego, procedentes de otros campos. Todos acuden a la cita en el punto previsto de antemano. Cuando se hayan reunido todos, sumarán alrededor de un centenar de naves, volando en V y protegiéndose unas a otras por su posición. Para la exacta organización de todo lo concerniente a las misiones de combate,

hay diversos grupos organizadamente dispuestos; uno se encarga del abastecimiento, otro, del hallazgo y señalización adecuada de los blancos, otro, del personal, señalando las escuadrillas que han de intervenir en cada misión y los mecánicos que han de tener a punto los aparatos. El Bomb Boogie ha salido con los otros, pero regresa enseguida, con un motor estropeado. Nuevamente, fuera de combate. Nadie se explica el motivo. Aterriza con desgana.

Una vez han partido las escuadrillas, al personal de tierra, que ha vigilado cada avión, se le permite pasar el día sin excesivas ocupaciones, hasta que regresen las naves. Es difícil y hasta penoso relacionar los equipos del aire con los de tierra. Pero hay algo en ellos que los une. Los equipos de tierra estarán nerviosos y ansiosos hasta que los aviones vuelvan. El equipo de tierra que atiende al *Mary Ruth*, si el *Mary Ruth* no regresase, caería en una especie de hosco e inexplicable desconsuelo. Los del equipo de tierra del *Mary Ruth* han estado trabajando toda la noche. Ahora suben a un tractor para volver a los barracones y tomar una taza de café en el comedor. El sargento Pierce, dice:

—Es un buen avión. Nunca ha provocado molestias. Regresará. A menos que lo destruyan.

En los barracones, hay tranquilidad. Las camas están deshechas, con las mantas colgando por los costados. Las chicas estupendas miran un poco hurañas vestidas con sus ropas. Los retratos de los familiares están sobre los cajones metálicos. Un reloj marca los segundos. Los anillos de Brown están bajo la almohada de su litera.

LA ESPERA

EN UNA BASE DE BOMBARDEROS (4 de julio de 1943). El campo queda desierto cuando las naves lo han abandonado. Los equipos de tierra se meten en los barracones para dormir un poco, porque han estado trabajando toda la noche. La bandera cuelga, flácida, del edificio de la administración. En los hangares, las escuadrillas de reparación trabajan en las naves averiadas. El *Bomb Boogie* entra en su hangar, en donde va a ser sometida a un nuevo examen. La tripulación que tenía que haber salido en él regresa a los barracones, disgustada.

Todas las tripulaciones poseen algún perrito, muchos de los cuales son de raza incierta. Cada avión posee uno, normalmente. Ahora, estos perros vagan desconsoladamente por el campo ausente de vida, que parece que se ha marchado con los bombarderos que han partido. La mañana transcurre lentamente. El escuadrón debe estar sobre el blanco a las 9. 52; en casa, a las 12. 43. Cuando llegan las 9. 50 y a medida que van transcurriendo el tiempo, el recuerdo de los aviones se va metiendo más y más en las mentes de los que han quedado en la base. Tal vez en este preciso momento se haya lanzado sobre ellos un enjambre de cazas enemigos. Eso es lo que sucede en la imaginación de los que, nerviosos, asisten con el pensamiento a la misión. Ahora, si todo ha ido bien, si no ha habido incidentes, deben de estar abriéndose las compuertas que guardan las bombas, justo encima del blanco. Ahora, vuelven ya, rehacen el camino hacia casa en rígida formación y a gran altura, para eludir los antiaéreos. A las 10. 20 estarán sobre el océano.

La noche anterior, la tripulación del *Mary Ruth* contó el episodio de la destrucción de una nave enemiga y ahora regresa a la memoria.

Fue un hermoso día, dijeron, un día de película, en el que, en un cielo completamente azul, flotaban algunas nubecillas blancas. Esa clase de días que se ven en los anuncios de los cruceros aéreos. La formación volaba hacia Saint-Nazaire. El aire era límpido. Se podía ver, desde arriba, los pueblecitos que salpicaban la tierra. Pero de pronto llegó un banco de niebla y surgieron de él los disparos de las ametralladoras de unos Messerschmitts, y el *Mary Ruth* empezó a hacer fuego sobre ellos. No vieron dónde alcanzaron la fortaleza pero probablemente en los controles, porque no tardó en empezar a caer.

Todos estaban de acuerdo en que las cosas parecían suceder muy despacio. El cielo azul y las blancas nubes hicieron de marco espectacular. Los miembros de las escuadrillas pudieron ver al artillero de la fortaleza intentando, primero, salir de la nave y, después, cayendo lentamente, ya con el paracaídas abierto; y pudieron ver también lanzarse al artillero de la torreta, al piloto y a los artilleros de cola. Los del *Mary Ruth* gritaron:

—Saltad, pilotos.

Dieron al capitán y al copiloto por perdidos, pero no pudieron asegurarse de su suerte, debido a la distancia que los separaba. Momentos después, sin embargo, volvieron a ver claramente la nave, muy cerca ya del suelo. Y fue entonces cuando saltaron de ella dos manchas blancas. La escuadrilla del *Mary Ruth* aulló, aliviada. Seguidamente, la fortaleza chocó contra el suelo y estalló. Sólo el artillero de cola y el de la torreta del *Mary Ruth* vieron el fin de la fortaleza. Y fueron ellos quienes lo explicaron en el informe.

Junto al hangar número 1 hay un pequeño montículo de tierra cubierto por un corto y triste césped. A las doce y cuarto en punto, los hombres que aguardan en la base de bombarderos empieza a congregarse en él para ver el regreso. Un perrito que, pudiera ser un *scottie* si no colgaran sus orejas y no tuviera el rabo torcido, se sienta también en el montículo; y se estira y apoya su hociquillo puntiagudo sobre las patas. Ni cierra los ojos, ni pone gachas las orejas. Todos los equipos de tierra están esperando a las naves; son los segundos más largos que puedan imaginarse.

De repente, el perrito levanta la cabeza. Su cuerpo empieza a estremecerse. El jefe de los equipos de tierra mira al perro y, luego, con la ayuda de sus prismáticos, otea el horizonte, hacia el sur.

—No veo nada todavía —dice.

El perro continúa agitándose e incluso parece que se lamenta un poco.

Y, por fin, llegan. Primero, sólo pueden verse unos puntitos negros, alineados en perfecta formación. Pero un avión vuela solo, delante de todos los demás.

—¿Puedes ver su número? ¿Quiénes son? —se preguntan unos a otros.

Pierde altura y, en línea recta, llega al campo. La ambulancia, a la que llaman coche de la carne, avanza por la pista. Hay alguien herido en el avión.

La formación principal se acerca al campo; cada nave, antes de aterrizar, da una vuelta por el aire. Al tomar tierra una de ellas, se oye un agudo ladrido y, a continuación, se ve a una línea oscura correr hacia la nave; el perrito reconoce a su propio avión. Una a una, van aterrizando todas las naves, y los equipos de tierra van buscando sus números. Sólo falta una nave, pero, poco después, aterriza más al sur, donde están los depósitos de fuel. También ha aterrizado el *Mary Ruth*. Hay un gran suspiro de alivio entre quienes aguardaban en el montículo. La misión está cumplida.

UN DÍA MEMORABLE

LONDRES (4 de julio de 1943). Las tropas que abandonan Londres han estado ajetreadas durante todo el día. Han estado haciendo todo cuanto puede hacerse por un huésped. Carreras de vallas, por la mañana. Y ejercicios gimnásticos y danzas. Y discursos. Y excursiones a lugares de interés. Los británicos se han mostrado muy amistosos con los canadienses y todos los demás. Las bandas han tocado en los parques diversas piezas especialmente elegidas para la ocasión: *The Star-Spangled Banner, Dixie, Home, Sweet Home*.

Se ha hecho todo cuanto podía hacerse. Y eso que Londres es una ciudad bastante hogareña, no muy amante de exteriorizaciones.

El *speaker*, en su alocución, les ha dicho en elegante y parco inglés:

—De nuevo, en este día tan especial para vosotros, os damos la bienvenida.

Y todos, al oírle, se han acordado de los políticos de cuello rojo, que espumarajeaban de entusiasmo y de whisky, y del apetitoso melón de agua y de las patatas saladas con que han sido obsequiados.

—Vayamos a la Torre de Londres —proponían los jefes de grupo. En cierto sentido, es cuna de la civilización inglesa, la opulenta estirpe de hombres, la estirpe de las personas de tres piernas, la de las mujeres que corren gritando, al tiempo que llevan un huevo en una cuchara sopera, la del olor a carne asada.

En Trafalgar Square, la banda ha tocado maravillosamente una digna y obligada marcha, acompañada por escuálidos niños, por el olor en mescolanza de helados y colillas de cigarros y por un conjunto constituido por una tercera parte de agua y dos terceras partes de gente andando penosamente sobre restos de fruta.

En Londres los soldados han presumido de ser hombres que marchan como máquinas, de ser hombres altivos, derechos como sus propios rifles, cuando lo cierto es que antes de su incorporación al Ejército no eran más que carniceros o deudores del banco local, pero ahora son caballeros.

Y el hospitalario pueblo de Londres les ha servido flan y crema, bizcochos y té, mermelada, ginebra y limón dulce, cerveza y perros calientes con mostaza chorreando hasta ensuciar las ropas, y palomitas con mantequilla. Y whisky y cerveza. Y pasteles de chocolate. Y hamburguesas con cebolla a las que podían añadir mahonesa o mostaza (o ambas cosas). Las muchachas se han portado bien; agradable y amistosamente. Trabajando, como hacen, en oficios propios de tiempos de guerra, resulta más de agradecer el que se hayan vestido con tal pulcritud. El lápiz de labios y el perfume del fondo del frasco, tan difíciles de obtener, no les ha faltado a ninguna. Todas han sido limpias, bonitas y cariñosas. En sus casas, no han faltado los besos ni los discos. Casi sin mediar palabra, el soldado americano y la muchacha inglesa han congeniado por completo. Sabían la respuesta correcta antes de que se formulara la pregunta. Todo ha marchado bien entre ellos.

Éste es un día de nostalgia, aunque peor será en Navidad. Ni grandezas, ni lujos ni nada podrán separarlo del recuerdo. Ningún espectáculo será como el programa doble del Odeon, ningún alimento tan bueno como los bocadillos de medianoche en Joe's, ninguna chica tan bonita como la rubia Margie que trabaja en Poppy.

Cuando los soldados regresen a casa, llevarán consigo el disgusto que les ha producido Londres durante tanto tiempo, pero quedará en ellos el recuerdo imborrable del último día. Se acordarán con nostalgia del Piccadilly y del Savoy; y de la Torre Blanca y del Normandie Bar. Y, con otros soldados, harán comparaciones acerca de todo ello. Hablarán de las muchachas de ese día como de compañeras de románticas aventuras. La breve pasión será recordada como una orgía báquica. Incluso recordarán cosas que, a lo mejor, nunca vieron: la iglesia de Saint-Paul, recortándose en un cielo plomizo; la estación de Waterloo; los sacos terreros apilados contra alguna iglesia; la sirena de estridente sonido… Pero hoy, 4 de julio de 1943, parecen perdidos en el ofuscamiento de la marcha,

sin ver nada más que las caras y sin oír nada más que las voces de los que, verdaderamente, son su gente.

LA POBLACIÓN DE DOVER

EN DOVER (6 de julio de 1943). Dover, con sus castillos en la colina y sus pequeñas y retorcidas callejuelas, sus enormes y feos hoteles, sus secretas y peligrosas fuerzas de defensa, es inexpugnable. En Dover, todo está lleno de recuerdos de Wellington y de Napoleón. Del tiempo en que Napoleón llegó a Calais y, mirando a lo lejos, hacia Inglaterra, a la otra parte del Canal, se dio cuenta de que ese pequeño brazo de agua le impedía continuar la conquista del mundo. Todo está impregnado del recuerdo de cuando los hombres de Dunkerque llegaron fatigados y, arrastrándose casi por las calles de Dover, se esperaban los unos a los otros.

Fue entonces cuando Hitler se presentó también sobre la colina de Calais y miró a las rocas de enfrente, en Dover; y, de nuevo, el Canal detuvo la conquista del mundo. El Canal es un pequeño brazo de agua. En los días despejados, pueden verse las colinas de Calais y, con unos prismáticos, hasta el reloj de la torre. Cuando los cañones de Calais hacen fuego, desde Dover puede verse la llamarada, mientras que con los prismáticos puede verse esos mismos cañones e incluso los tanques maniobrando por la playa.

Dover se siente a salvo del enemigo. Tres minutos en avión, tres cuartos de hora en barco. Casi cada día llega un avión y suelta unas bombas; a cambio, casi siempre, de unas balas que recibe desde los globos esparcidos por el aire en todo el perímetro de la ciudad. Muy a menudo también, a los alemanes se les ocurre apuntar sus cañones de Calais sobre Dover y quemar unas cuantas cargas de potentes explosivos sobre la pequeña y vieja ciudad. Y algún edificio suele ser alcanzado y destruido; y algunas personas mueren. Es una forma de proceder extravagante e inútil, puesto que ni militarmente ni

moralmente puede beneficiar a nadie destruir, poco a poco, Dover. La razón parece estar en que a los alemanes les pone furiosos el que una franja de agua pueda defender a sus enemigos.

Hay algo en la gente de Dover que bien pudiera ser el principio del fin para los alemanes: son incorregibles, incorruptibles e inimpresionables. Los alemanes, con sus planes, sus uniformes y sus amenazas, no han llegado jamás a impresionar a estos hombres. El hombre de Dover es, tal vez, el que más mazazos ha recibido desde que empezó la guerra, no grandes ataques, pero sí continuos, y todavía no se ha inmutado.

Los alemanes son, para él, como el tiempo. Se queja de ellos, pero tiene que aguantarlos irremediablemente. Nada es para él tan importante como su jardín o su huerto. Al contemplar un edificio destruido, comenta:

—El enemigo se ha portado mal la última noche. —Y lo dice normalmente, como si hablara de que lo destruido lo hubiera sido por una gran tormenta.

Desde Dover pueden verse, de noche, los fogonazos de los cañones de Calais. Inmediatamente, nada más verse el resplandor, empiezan a aullar las sirenas de alarma. Antes de la explosión pueden contarse cincuenta y nueve segundos, pero no puede predecirse en qué punto caerá la bomba; puede ir a parar a cualquier sitio. Al día siguiente, un montón de escombros indicará claramente dónde cayó el proyectil. La gente mira los relojes cuando ha caído una bomba y cuenta los minutos, ansiosa; caerá veinte minutos después. A veces, entre bomba y bomba transcurren sesenta minutos. Pero no puede pensarse en la posibilidad de olvido por parte del enemigo; éste, al final, volverá a dar señales de vida, deseoso de matar a unos pocos más.

A la mañana siguiente aparecen muchas casas destruidas. Ya entonces han sido retirados los muertos. Un pequeño grupo de hombres se dedica al trabajo de desescombro, con el objeto principal de que pueda normalizarse cuanto antes el tráfico. Un policía vigila que la gente no se acerque demasiado a las casas en ruinas, en previsión de que caiga algún ladrillo; unas casas que, seguramente, no volverán a ser habitables hasta después de terminada la guerra. La mayor parte de las ventanas han desaparecido con las explosiones. No quedan cristales. Pero no se

colocarán de nuevo hasta que termine la guerra, y la gente tiene que pegar papeles en los bastidores. Capas enteras de yeso se han venido abajo en el interior de los hogares. Y las mujeres se han visto obligadas a trabajar duramente con cubos de agua, intentando dejar las viviendas lo más limpias posible. Unas a otras se cuentan mil cosas: que la fuerza de la explosión se ha colado en una casa por la chimenea, que la chimenea misma ha sido arrancada de otro edificio…

Hay mucho que limpiar. En el patio de enfrente hay un hombre; un trozo de metralla ha roto un rosal del jardín que existe en él. Un capullo, que estaba próximo a abrirse, yace marchito en el suelo. El hombre se agacha y lo recoge. Con dedos un poco temblorosos, lo acerca a su nariz y lo huele. Levanta el pedazo de metralla y lo mira largamente. Luego, comprueba si puede arrojarlo lejos sin peligro. Al fin, se vuelve hacia la costa francesa, el sitio desde el cual cinco centenares de hombres y un largo tubo de acero, varias cartas y planos, incluso de fórmulas matemáticas, han destrozado el rosal de un hombre.

Un vecino acierta a pasar entonces por ahí.

—Derramaron mucha sangre anoche —dice el hombre del rosal —. Me rompieron un rosal amarillo. Uno que estaba a punto de florecer.

—A ver —responde el vecino—, echémosle una ojeada.

Los dos se arrodillan junto al rosal.

—Está partido por encima del injerto. Pero no del todo —dice el vecino—. A veces, con los golpes, crecen más bonitos que nunca.

Al otro lado del Canal, de espaldas a la colina que puede verse, desde aquí, alguien sigue analizando mapas, escribiendo informes, discutiendo de geopolítica…

DRAGAMINAS

LONDRES (7 de julio de 1943). Día tras día, se ven zarpar numerosos dragaminas. Pequeñas embarcaciones que, en tiempos de paz, se dedicaban a la pesca del arenque y del bacalao. Su misión es ahora más importante. Ahora, los aparejos de pesca que llevan son nuevos y muy extraños. Todos los hombres son ex pescadores, balleneros, principalmente; y los oficiales son también de tan ruda casta. Es éste un trabajo desprovisto de romanticismo y de publicidad, un trabajo que no admite descuidos, porque el peligro acecha por doquier. Pocos de estos hombres han recibido condecoraciones por desempeñarlo eficazmente.

Suelen zarpar de la misma bahía y siempre en distinta dirección. Una vez en la base que deba ser explorada, tres de las embarcaciones se despliegan hasta quedar separadas por una determinada distancia. Entre ellas queda el área exacta que puede ser alcanzada por sus instrumentos. Las embarcaciones buscan las dos clases de minas corrientes: las magnéticas, que estallan al acercarse un barco con campo magnético del mismo signo que la mina, y las que lo hacen al recibir la vibración de los motores del barco. Los dragaminas van equipados con instrumentos que localizan cualquier clase de ellas y las hacen estallar a conveniente distancia.

Los tres botes que van en cabeza se mueven lentamente sobre el área que deben explorar y limpiar de las minas que hubiere; los que siguen a los primeros lanzan al agua unas boyas con banderolas, con el fin de balizar el camino explorado. Estas boyas serán después recogidas.

Los dragaminas llevan armamento antiaéreo. Los artilleros permanecen constantemente en sus puestos y buscan por el cielo

incansablemente, mientras los encargados de la radio se aplican a su labor. Nadie, a bordo, se arriesga; las ametralladoras son izadas nada más aparece en el horizonte el puntito negro que más tarde se transformará en avión, aunque luego resulte que se trata de un avión de los nuestros. Estos hombres han sido bombardeados desde el aire tan a menudo que ahora hacen fuego a la mínima ocasión. Sobresaliendo del agua, se ven aún los mástiles de muchos barcos hundidos al principio de la guerra por los aviones alemanes, que sobrevolaban el Canal con toda impunidad. Ahora ya no lo hacen tan impunemente.

Hasta el pequeño puente llega la voz del radiotelegrafista a través del amplificador:

—¡Avión enemigo a la vista! —exclama, y un poco después—: ¡Rojo, alerta!

Los artilleros apuntan las ametralladoras, la tripulación toda permanece con los ojos clavados en el cielo. En la distancia, el avión es sólo una pequeña mancha. Sólo se acerca un poco. Enseguida da media vuelta y regresa hacia la costa francesa. El radiotelegrafista vuelve a gritar:

—¡Todo en orden! —Y la tripulación da un suspiro de alivio.

En el puente, el capitán dirige la colocación de los flotadores de colores, mientras su segundo cuida de que entre las embarcaciones exista siempre la debida distancia, lo que comprueban a menudo por medio de instrumentos adecuados. La flotilla sigue moviéndose despacio. Una vez limpiado el mar, los barcos de abastecimiento podrán llegar con seguridad.

De repente, los dragaminas reciben un golpetazo de viento, y el mar se encrespa. Delante, como a un centenar de metros, se forma una enorme torre de agua, al tiempo que suena una fuerte explosión. La torre parece colgar un momento; luego vuelve a caer, con una de las embarcaciones ya cerca de ella.

En el océano, un lugar extenso se llena de la sustancia viscosa que produce la explosión. Todos los hombres se inclinan sobre la borda y observan.

—¡Ni un solo pez! ¿Qué les habrá sucedido a los peces? Creía que mataríamos a un buen puñado de ellos.

Estos hombres han hallado, desde luego, un método formidable para el aniquilamiento de las especies marinas.

Con sumo cuidado, el capitán señala en su mapa el lugar exacto en que ha estallado la mina. Con su cámara, toma diversas vistas para asegurar la posición del artefacto. Al otro lado, estalla otra mina. El segundo levanta los anteojos y mira.

—¿Algún pez? —vuelven a preguntar.

Y surge de nuevo la respuesta:

—Ninguno.

El día, con tal case de trabajo, se hace largo y aburrido. Y ocurre, además, que suele ser inútil la labor realizada; los barcos enemigos vuelen casi cada noche a dejar otras minas, o vienen unos cuantos aviones que, volando muy bajo, las dejan caer en paracaídas. El trabajo de estos hombres nunca termina.

Es tarde cuando dan la vuelta, y es noche cerrada ya cuando los dragaminas se reúnen en el puerto. El capitán y su segundo descansan entonces. En sus rostros se distingue claramente el esfuerzo realizado. No se trata de que su labor sea excesivamente dura, pero la existencia de un peligro continuo lleva la tensión a sus nervios, con el cansancio consiguiente. Los artilleros limpian y cubren sus armas, y se dirigen hacia los cuarteles. Los oficiales van hasta su sala; se quitan las botas forradas de lanilla y se sientan lo más cómodamente posible. El capitán recuerda en voz alta lo que se ha hecho durante las últimas semanas. Están haciendo un buen trabajo.

BATERÍA DE COSTA

EN ALGÚN LUGAR DE INGLATERRA (8 de julio de 1943). Los cañones están semiocultos entre el grano y las amapolas. Su boca de fuego puede verse sobresaliendo un poco y apuntando al cielo. La batería está en la costa sur, mirando hacia Francia. Durante un tiempo, esta costa estuvo indefensa; los bombarderos alemanes solían venir entonces cargados de bombas destinadas a Londres y Canterbury. Pero ahora las cosas han cambiado, está bien defendida.

Sobre las colinas adyacentes hay grupos de muchachas expertas en descubrir aviones a muchos kilómetros de distancia. En cuanto se oye el zumbido de un aparato y se descubre su posición, ésta se comunica por teléfono a los centros de control, igualmente atendidos por muchachas. Aquí todo son muchachas. Sólo los servidores de los cañones son hombres. Es la batería mixta, una extraña institución, única en los anales de la historia militar.

Los barracones están próximos, uno para las chicas y otro para los hombres. El comedor es común. Como lo es la sala de recreo. Como lo es el trabajo.

El trabajo dura las veinticuatro horas del día. No obstante, todos pueden hacer lo que quieran, siempre y cuando no se separen demasiado del cañón correspondiente. Las muchachas leen y lavan sus ropas. Y cosen. Y cocinan. La cocina (una cosa improvisada y no muy firme) ha sido construida con latas de petróleo vacías, que, llenas de arena, actúan a modo de ladrillos. Hay ya otra cocina a medio construir.

Esta región está bastante tranquila. Los cañones permanecen en silencio. Pero, de repente, empiezan a aullar la sirenas. Los edificios camuflados de las cercanías comienzan entonces a escupir gente:

jóvenes y mujeres. Todos se dispersan, corriendo como locos. No llevan treinta segundos sonando las sirenas, cuando ya han dispuesto los cañones y localizado el blanco en la sala de control subterránea. Ha sido una muchacha quien lo ha conseguido. La situación del blanco es inmediatamente comunicada, y los feos cilindros de los cañones son cambiados de su anterior posición. Una muchacha habla por teléfono:

—¡Fuego! —ordena, tranquilamente.

La ladera de la pequeña colina se estremece con la explosión. La hierba del campo se agita. Y las rojas amapolas se ponen a temblar. Otra muchacha, tendida en el suelo, recibe la voz de mando anterior. Y ella, a su vez, grita:

—¡Fuego!

El proceso parece llevado a cabo por máquinas, tan exacto y preciso es todo. No se despilfarra el tiempo. Ni se hacen movimientos inútiles. Estas muchachas parecen soldados como cualesquiera otros. Estas muchachas también son soldados. Se enojan si son tratadas como damas cuando se trata de estar cerca de los cañones y de manejarlos. Su trabajo, como el de los hombres, es duro y constante. A veces están día y noche al lado de los cañones. Sin solución de continuidad. Y, durante este período, llegan a hacer fuego contra eventuales merodeadores hasta diez veces, o más. Repetidamente, han sido bombardeadas, y, sin embargo, jamás se ha dado el caso de que una muchacha desertara.

El comandante está muy orgulloso de ellas, está completamente encariñado con «su» batería. Suele decir:

—¿Por qué no me pregunta usted si existe aquí algún tipo de problema moral? Sí, todos desean saber si existen problemas morales en mi batería. Pero no se ha producido ninguno…

Y habla a continuación acerca de los hábitos que la costumbre ha ido implantando entre sus muchachos y muchachas, hábitos nacidos de pronto y que han ido imponiéndose con el tiempo: los hombres y las mujeres cantan juntos, bailan juntos; y los hombres no permiten que nadie insulte a las mujeres. Pero cuando cualquiera de ellas pasea por la tarde con alguien, es siempre con alguien ajeno a la batería, no son los hombres de la batería los que las llevan al cine. Jamás ha habido matrimonios, ni aventuras siquiera, entre los miembros de la batería. Hay quienes piensan que

en una batería así siempre debe de ocurrir alguna cosa. Bien, acaso suceden cosas sin ninguna importancia.

A las muchachas les gusta este trabajo, y están orgullosas de él. Entre ellas, hay muchachas que antes sirvieron en casas extrañas, y ahora se les hace difícil pensar en volver a su vida pasada, en volver a encerrarse con señoras siempre quejosas y exigentes; entre ellas, hay muchachas que antes eran granjeras en Escocia, y se hace difícil imaginar cómo recibirán la idea de regresar a sus granjas. Este de ahora es tal vez el tiempo del que mejor recuerdo guardarán, el de mayor excitación. Son muy importantes, estas muchachas. En el área que les está encomendada, en sus manos recae la defensa del país.

El encargado de un cine local ha reservado dos filas de butacas para los miembros de la batería libres de servicio. Las muchachas libres han ido a cambiar sus pantalones por limpias faldas de color caqui y blusas. Pasan buena parte del tiempo de que disponen arreglándose. Se sientan en el cine. Interesadas, echan sus bustos hacia delante. La película es un pequeño rollo llamado *Corresponsal de Guerra*, realizada a muchísima distancia de la guerra, a muchos miles de kilómetros, quizá; una película realizada, probablemente, por alguien que no ha visto una guerra en toda su vida.

Narra las aventuras de un corresponsal de guerra estadounidense que, sólo a fuerza de habilidad y valentía, derrota a las fuerzas de contraespionaje del Tercer Reich. La Gestapo y el ejército alemán son como masilla en sus manos. Es una verdadera película al estilo de Flynn. Estas muchachas, que han sido bombardeadas, que han derribado enemigos del cielo y han hecho de tripas corazón, se sienten otra vez un poco sensibles, no se muestran desdeñosas. No en lo más íntimo. Cuando las estúpidas fuerzas de la Gestapo detienen al héroe, ellas gritan para animarlo y se sientan al filo de sus butacas. Esto, en ellas, es más real que su otro trabajo, el de abatir aviones alemanes, el de hacer fuego contra puntos negros en el espacio, contra algún Focke Wulf 190. El héroe que emerge tras el cuerpo a cuerpo sin haberse despeinado y con la ropa limpia y planchada, eso es la verdad; la buena, la bella. Por la tarde, las muchachas estaban sudorosas, polvorientas, incluso olían mal. Era su trabajo, era la guerra. Ahora son sólo muchachas más o menos despreocupadas.

Cuando la película llega a su fin, regresan a sus barracones, hablando excitadamente de las gloriosas guerras de Hollywood. Vuelven a su rutinario trabajo de defender la costa de Inglaterra de los ataques enemigos. Y, mientras caminan hacia la batería, van cantando: «*You'd be sooo naice to come home to. You'd be so naice by a fire*».

EL ALCOHÓLICO GOAT

LONDRES (9 de julio de 1943). Se llama William Goat y es comandante de aviación, un viejo y veterano que ha recibido todos los honores. Algunos dicen que es, además, lo más inicuo que existe, pero lo cierto es que cuando hace dos años se incorporó a la RAF era un ser extraordinario. Hace mucho tiempo, era tratado como si de un vulgar recluta se tratara: pateado, ignorado e, incluso, maldecido a veces. Pero sus habilidades, con el tiempo, comenzaron a hacerse evidentes. Tenía muy buena suerte. Tanta que, paso a paso, fue ascendiendo más y más y ganando condecoraciones. Ahora luce muchas de ellas, y su brillo hace que se las dé de importante.

Comiendo, es increíble lo que llega a hacer. En una fiesta, se quedó solo durante unos momentos; después se dijo que había aprovechado la ocasión para ingerir doscientos bocadillos, tres pasteles, las partituras para piano y flauta de la marcha *Pompa y circunstancia*, y una enorme cantidad de ponche, con todo lo cual dentro, después paseó por entre los bailarines, eructando negligentemente y mirando insistentemente a la esposa de cierto teniente, cuyo nombre no mencionaré, con ojos de cordero degollado.

Goat tiene la mirada biliosa característica de los militares de más alto rango. Y, además, está como una cabra[1] y tiene los hábitos más extravagantes que imaginarse pueda. Si ve aparecer a alguien con una botella de oxígeno, salta y la reclama. Pone su boca junto a la válvula de salida del gas, y si se da vuelta a la llave, gruñendo dulcemente, deja que el oxígeno le vaya llenando los pulmones hasta hallarse próximo a reventar. Entonces, cuando está a punto de estallar, termina la libación y, con la energía adquirida

con el oxígeno, empieza a brincar en el aire, como la más fiera cabra de combate. A Goat le gusta también el glycol, un fluido frío usado en los motores. Sería capaz de pasarse horas debajo de los barriles, chupando los chorros que de allí manan.

Cuenta con la confianza de sus hombres, sin embargo. En cierta ocasión fue destinado a otro campo de operaciones, en el que tuvo a otros hombres a su mando. Todos ellos se mostraban nerviosos y torpes, nadie hacía nada como es debido. Nada más llegar Goat, se puso él mismo a ayudar a los soldados, y éstos, poco a poco, cambiaron por completo. La tensión nerviosa de los hombres desapareció, los alimentos mejoraron…

El comandante de aviación Goat vive en una pequeña casa detrás del Salón de Operaciones. Su nombre aparece escrito en la puerta, así como sus méritos. Da buena suerte pasar un rato con él antes de las operaciones. Él, sin embargo, no participa en las operaciones. No hay sitio en ellas para el comandante Goat. Pero si en los aparatos se le pudiera hacer sitio, bien sabe el cielo que todos aceptarían a la cabra muy a gusto. Aunque debido a ello la misión no pudiera llevarse a cabo.

Esta cabra tiene únicamente un hábito verdaderamente malo: le gusta extraordinariamente la cerveza. Y, además, es capaz de bebería en tal cantidad que incluso la suave cerveza inglesa puede llegar a emborracharla. Una vez borracha, suele vagar entre burlas y burlándose, a su vez, de cuanto sea: de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, del partido Laborista inglés, incluso de Churchill. Esto de burlarse de todo y de todos es algo que en ella logra producir exclusivamente la cerveza; el ponche produce en Goat otros efectos.

El aspecto del comandante-cabra no es ciertamente impresionante. Su piel es casi desagradable, y sus ojos, fríos como los de un pescado. Sus piernas son algo arqueadas. Lleva muy erguida la cabeza, y los emblemas y escudos, en brillantes rojo y azul. Es, de todas formas, una excelente personaje. Con el tiempo, seguro que conseguirá un puesto en el Ministerio del Aire. Y morirá de esa enfermedad tan militar que es la cirrosis hepática. Será enterrado con honores militares. Pero, entre tanto, el comandante de aviación William Goat es la mascota de su Ala, y su pérdida ocasionaría una enorme inquietud, incluso el pánico.

HISTORIAS

LONDRES (10 de julio de 1943). La gente está nerviosa debido al fuego y las explosiones. Todos tienen algo que contar. Sea cual sea la conversación, sean quienes sean los interlocutores, no tarda en surgir el recuerdo. Se diría que el terror causado por las bombas es ya una cosa aceptada como inevitable, como natural y propia de todas las edades.

—A mí —dice uno—, lo que más me afecta es el sonido del cristal, ese tintineo del cristal en pedazos, barrido por los encargados de la limpieza. Mi perro rompió uno de los cristales de una ventana, hace de ello unos días, y mi esposa barrió los fragmentos. El ruido de los cristales arrastrados por el suelo, con su sonido de siempre, me hizo sentir escalofríos. Me costó calmar la excitación que surgió en mi subconsciente.

A veces, vas a comer a un restaurante y resulta que enfrente de él hay una casa derruida. Y siempre hay alguien al que la destruida casa de piedra le recuerda algo.

—Una noche, me cité aquí mismo con una señorita. Yo llegué un poco antes de la hora acordada, para esperarla aquí. Estalló una bomba. Salí a la calle. La bomba había caído en esa casa de ahí, y había ocasionado un incendio. Todo estaba iluminado por el fuego. La fachada de la casa se había hundido, hecha mil pedazos. Podía verse el morro de un taxi sobresaliendo de las ruinas esparcidas sobre el arroyo. Hallé una zapatilla azul cuando salí a la calle. Y me fijé en que su puntera me señalaba…

Otro mira hacia una pared; el edificio ha desaparecido, pero aún quedan en pie cinco chimeneas, como construidas encima mismo del suelo.

—Esto fue una bomba de enorme potencia —dice—. Yo paso

siempre por aquí para ir a trabajar. Durante seis meses ha habido un par de calcetines colgando de una cuerda. Sin duda, los pusieron a secar poco antes de que estallara la bomba. Sí, han estado en la cuerda durante seis meses. Ahora alguien debe de haberlos robado.

—Yo —interviene otro— paseaba por Hyde Park cuando empezó un bombardeo. Me metí en una zanja. Siempre lo hago cuando no tengo tiempo para llegar a un refugio. Vi saltar en el aire un gran árbol, uno como éstos; y vi que iba a parar justo a mi lado, ahí justamente, en donde el suelo se ve hundido. En la zanja cayó un gorrión que, por lo visto, había estado posado en una de las ramas del árbol: estaba completamente muerto. Las sacudidas matan a los pájaros con suma facilidad. No sé por qué, levanté al pájaro y lo tuve durante un rato en la mano, contemplándolo. No tenía sangre ni nada que se le pareciera. Me lo llevé a casa… Sí, fue una tontería, hubiera sido mejor tirarlo lejos enseguida.

Se cuenta que un refugiado, una de las noches en que las bombas más bramaban, con largas horas de tortura en unos campos a sus espaldas, no pudo dominarse más: se degolló y, al momento, saltó por la ventana. Habiendo llegado ya a Londres casi en el paroxismo del desespero, unas pocas bombas más le resultaron insoportables. Pues bien; una muchacha que aquella noche conducía una ambulancia y vio al suicida, dice:

—Llegó a irritarme su proceder. Ahora lo comprendo, pero aquella noche me puso furiosa. Y no fui la única. Mientras lo llevaba en la ambulancia, le iba gritando que se muriera. Y lo hizo.

—La gente ha llegado a cometer los actos más absurdos —empieza otro—. Un hombre de edad avanzada, que perdió la casa entera en un bombardeo, logró, sin embargo, salvar una mecedora. Y ahora la lleva a todas partes consigo, sin querer abandonarla un solo instante. Toda su familia ha muerto. Pero él se aferra a su mecedora constantemente. Jamás se sienta en ella; se sienta en el suelo, a su lado. Pero no permite a nadie que se la arrebate.

Cientos de historias, todas terminadas en algún hecho digno de compasión. Cosas en el fondo terribles, un poco intrascendentes en apariencia, que permanecen en la memoria de todos.

Cualquiera podría decir: «Recuerdo los ojos que tenía la gente antes, veo los que muestran todos ahora, cuando van a trabajar, por la mañana. Son los de ahora ojos cansados. Ojos rendidos por la

fatiga, por esa fatiga que produce el creer que hasta morir no descansaremos ya. Ojos profundos, hundidos en la cabeza. Y la voz… La voz de las gentes de ahora parece llegarnos del más allá, de muy lejos…».

Cientos de historias… Como la del ciego que, de pie en el bordillo de la acera y golpeando en éste con su bastón en un intento de llamar la atención de alguien, espera a que le lleven a la acera de enfrente. No es por miedo al tráfico, que no existe; sino por miedo al crepitar de las llamas, a un nuevo bombardeo. El ciego espera que lo acompañen hasta el refugio.

Como la historia de la mujer que iba vendiendo pulverizadores llenos de agua de colonia. La ciudad se estremecía bajo el impacto de las bombas, y el fuego de muchas casas incendiadas la iluminaba como si fuera de día. El sonido de la destrucción lo invadía todo, pero, entre tanto ruido, una vocecilla aún tenía fuerzas para anunciar:

«¡Agua de colonia! ¡Agua de colonia; da buena suerte!»

LILI MARLENE

LONDRES (12 de julio de 1943). Ésta es la historia de una canción titulada *Lili Marlene*. Fue escrita en Alemania, en 1938, por Norbert Schultze y Hans Leit. Dos docenas de editores la rechazaron. Pero finalmente, interpretada por la cantante sueca Lala Anderson, su éxito ha sido formidable. Lala Anderson, de voz ronca, pertenece al tipo de mujeres que podríamos llamar, para entendernos, Hildegarde.

Lili Marlene es un tema de lo más sencillo. Su primera estrofa dice: «En la plaza de las barracas, bajo los faroles, solía encontrarme con Marlene, joven y bella». Así de sencilla es. Luego sigue contando que Marlene va conociendo a más y más gente hasta, finalmente, darse de boca con un brigadier, su máxima aspiración. Toda la canción destila un divertido cinismo.

Lala grabó un disco, pero *Lili Marlene* no parecía destinada a ser popular. Una noche, sin embargo, la estación de radio alemana de Belgrado, debido a los destrozos ocasionados por un bombardeo, andaba escasa de discos para su emisión para las fuerzas de Rommel en África. Entre los no dañados, estaba el grabado por Lala Anderson… A la mañana siguiente, todos los soldados de las fuerzas de Rommel tarareaban *Lili Marlene*. E incluso pidieron a la emisora que lo pusiera de nuevo.

Hasta Berlín llegó la noticia de la popularidad alcanzada por la canción en África, y madame Goering, ilusionada hasta entonces sólo con la ópera, cantó *Lili Marlene* a un selecto grupo de nazis, si existe tal cosa. La canción se hizo popularísima, y llegó a ser casi obligada en todas las emisiones de la radio alemana. Hasta que el propio Goering pareció enloquecer a causa de ella. Entonces, sin más, se sugirió que la canción fuera algo así como asesinada. Pero

Lala Anderson ya era conocida como «La Novia de los Soldados». Pese a su ronca voz. Era una chica a la que todos deseaban conocer.

Lili era un problema sólo para Alemania. Pero ha ocurrido que los numerosos prisioneros hechos por el Octavo Ejército británico la han cantado tanto en presencia de ellos que *Lili Marlene*, como antes de los alemanes, se ha apoderado ya de los soldados de aquí, australianos incluidos, quienes han ideado, sobre la misma música, multitud de nuevas letras. Ahora, el mando no sabe si permitir la canción, aun considerando que el hecho de que sea una canción acerca de una muchacha alemana no demasiado virtuosa no hace sino ensalzar más todavía lo nuestro. A nuestros compatriotas no se les oye cantarla. Pero es seguro que si se decidieran a hacerlo no encontrarían la oposición de nadie. Y los británicos del Octavo ejército dicen que consideran a *Lili Marlene* como prisionera de guerra. Últimamente, se han tenido noticias según las cuales el ejército norteamericano en África está empezando a cantarla. La Oficina de Información de Guerra ha decidido, al parecer, crear una letra contra los alemanes, conservando intacta la melodía. Si, de tal modo, resulta o no, es cosa que ya se verá. De momento, puede decirse que *Lili Marlene* es internacional. Y que a nadie habría de extrañar el verla aparecer por los barracones, joven, bella e inconsistente.

No cabe hacer otra cosa que autorizar la canción. Las canciones de guerra no tienen por qué ser exclusivamente temas de guerra. Giran todas sobre los motivos más diversos. *Madelon y Tipperary*, por ejemplo, las famosísimas tonadas de la anterior guerra, no tenían nada que ver con ella. *Waltzing Matilda* la maravillosa canción australiana tan en boga, narra el robo de unas ovejas. Se espera que algunos grupos estadounidenses ataquen a *Lili Marlene*; primero, por el hecho de tratarse de una canción del enemigo; segundo, por no ser, en realidad, excesivamente buena. Tales ataques, caso de producirse, no tendrían el mínimo efecto: *Lili* es ya inmortal. Su simple deseo de hallar para sí a un brigadier no es rigurosamente una aspiración alemana. La política podrá cerrar los caminos, aislar pueblos enteros… Pero las canciones saben saltar por encima de las fronteras.

Sería gracioso que, después de tanto alboroto, *Lili Marlene* resultara ser la única contribución de los nazis al mundo.

CONVERSACIÓN DE GUERRA

LONDRES (13 de julio de 1943). Resulta curioso que sea en la guerra donde menos se habla de sistemas estratégicos. Se discute más de táctica en el Stork Club un sábado por la noche que en cualquier escenario de operaciones de los diversos existentes por toda Europa. Ello acaso se deba a la escasez de generales que organicen fiestas o cenas a los estrategas. Por hacer de la estrategia militar un entretenimiento es, seguramente, por lo que a la hora de la comida hay más generales en el Hotel Carlton que en ninguna otra parte del mundo.

Tal punto de vista varía indudablemente con la situación de los pueblos. Inglaterra no es de por sí un país en que la gente se dé mucho a la lectura de periódicos, con la discusión de las noticias que eso conlleva. Pero además, en cuanto uno va acercándose a la costa, lugar en el que la acción es continua, menos tiempo hay para nada que no sea la acción misma. Interesa también el ver cómo se esfuma del soldado esa ferocidad que, a veces, parece ser parte principalísima del civil.

En las salas de guardia existentes junto a los emplazamientos de las lanchas torpederas a motor, los soldados jóvenes se reúnen para tomar cerveza. Son todos casi adolescentes, pero en sus rostros parece reflejarse el paso de muchos años, resultado de haber expuesto sus vidas en multitud de ocasiones. Los dados se portan bien con unos y no tanto con otros. Las lanchas que están bajo su vigilancia no estarán suficientemente armadas para su autodefensa, pero, si es preciso, empiezan a dar golpes con sus tubos lanzatorpedos. Y estos golpes sí que se notan. Son seguramente estas lanchas los únicos pesos ligeros del mundo capaces de dar golpes de peso pesado. Para su propia seguridad, son lanchas

rapidísimas y con las que uno puede utilizar mil y una tretas y trucos.

Para esta noche ya ha sido designado el objetivo. Se trata de salir al Canal para intentar «cazar» a alguno de los barcos pesados alemanes que, indudablemente, van a venir. Entre ellos, las pequeñas lanchas lanzatorpedos saben portarse excelentemente; introduciéndose por entre las filas enemigas, se van filtrando hasta, finalmente, hallarse perfectamente dispuestas para el lanzamiento de los torpedos contra el mayor de los buques de guerra enemigos. Después, aún saben regresar a casa.

En las salas de guardia todos hablan jovialmente. Nadie habla del enemigo. Porque así se ha establecido o porque así sale de ellos, ya demasiado ahitos de guerra, de ninguna boca sale una palabra que se refiera a la conflagración. Al enemigo se le llama *Jerry* o *el Boche*, nombres y entidades vagos, nada concreto. *Jerry* es un peligro indefinido que puede surgir en el mar, un trabajo no más personificado ni peligroso que cualquier otro trabajo. Un trabajo que te cansa, aunque no demasiado porque ya te has acostumbrado a él. *Jerry* es algo inconcreto que no te hace sentir miedo, una quimera que, eso sí, a veces va cortándote la respiración. Algo muy gracioso, como en ocasiones piensan todos. Aunque no sea habitual oír carcajadas.

Hay un pequeño bar en las salas de guardia en el que se sirve una cerveza que a nadie gusta. Pero, pese a no ser buena la cerveza, todos tienen un vaso de ella. Y, aunque es difícil ingerirla, a todos les contenta el gran engaño.

En la pared hay un reloj, cuyas manecillas se adelantan lentamente, demasiado lentamente, hacia la hora señalada para la operación. La espera es terrible.

Por fin llega la información meteorológica. Hay viento, pero quizá no tanto como para que se considere una temeridad cumplir el objetivo. Esta operación va a ser especial: se trata de acompañar a numerosos barcos de diferentes nacionalidades, para prevenir y evitar en lo posible ataques contra ellos. Están saliendo por docenas los barcos: holandeses, polacos e ingleses. Los polacos, concretamente, son grandes luchadores, y ésta es la clase de trabajo que les gusta. Se ha dicho de ellos que, en ocasiones, han desafiado sólo con sus rifles y desde pequeños botes a grandes unidades

enemigas, acorazados, incluso, de gran tonelaje. Los holandeses son también calmosos y de sangre fría. Y los ingleses, como siempre, presumen diciendo que van a una especie de fiesta.

Diez minutos antes de la hora, los hombres empiezan a meter en sus bolsas extrañas chaquetas y pantalones impermeables. Todos se anudan al cuello una toalla y se abrochan, hasta el último botón, la cazadora. Las lanchas están muy húmedas; el agua penetra en abundancia por la proa de casi todas ellas. Es muy posible que los muchachos usen cascos, una vez que empiece la acción, aunque esto es sólo presunción. Ahora están de pie sobre las lanchas, bien abrigados y con las armas un poco separadas de los costados, a causa de las gruesas ropas. El jefe de este grupo es un joven veterano en comparación con los otros: veintidós años. Estaba en un destructor antes de ser enviado como jefe del grupo.

La manecilla grande del reloj avanza hacia la hora de partida. El comandante pregunta, como si tal cosa, cuando es la hora en punto:

—¿Todo listo?

Estalla un barullo heterogéneo, y, después, los motores se ponen en marcha. Es ahora cuando, por fin, desaparece esa cosa que oprimía el estómago a todos, y otra vez se vuelve a respirar. Ya todo está bien. Hace muy buena noche, una noche oscura, en la que la visibilidad es casi nula. Las lanchas, una a una, van saliendo de sus emplazamientos y, poco a poco, forman una larga hilera, que sigue unas señales que va dejando el jefe. Es estrepitoso el ruido de los motores. En el mar aparece una blanca estela en forma de «V». El agua, verde oscura, se filtra a través de las proas. Los hombres se acurrucan en el fondo de las lanchas, en un intento de evitar el viento frío. Nadie ha hablado de la guerra.

LA CABAÑA QUE NO EXISTÍA

LONDRES (14 de julio de 1943). El sargento permanece tumbado sobre el césped, del que arranca trozos con la mano y masca los tallos tiernos. Es domingo. Y hay gente, también tendida, a su alrededor: soldados de infantería, marineros y hasta algún que otro civil. Al borde del estanque próximo, hay una hilera de personas que pescan en unas aguas removidas por los remos de los botes y por los protestones cisnes. Cada pescador tiene sus mirones.

—Este es país de maniáticos —dice el sargento—. Fíjense que no han pescado absolutamente nada en todo el día, y ellos siguen ahí, empeñados en conseguirlo. Y a lo mejor ni siquiera hay peces en ese estanque… Sí, es un país de maniáticos. Y lo más lamentable es que voy a acabar como ellos. —Escupe una bola de tallos verdes y luego continúa—: Voy a contarles una historia de fantasmas, algo que parece imposible que sucediera y que, sin embargo, sucedió. Y yo, puede creerme, no soy de los que creen en fantasmas. He pensado mucho sobre ello y no he alcanzado a encontrarle pies ni cabeza. Verá. Yo pertenezco a la dotación de un pequeño puesto situado al norte del país. A un par de kilómetros del campo hay un pequeño pueblecito al que, por la tarde, acostumbro a ir a jugar una partida de dados y tomar unos vasos de cerveza…

En este punto, uno de los pescadores, saca un pez del tamaño de una sardina pequeña. El hecho provoca un murmullo de admiración. El sargento protesta:

—Yo pescaba salmones así en el río Columbia. —Y hace un gesto significativo con ambas manos. Después, sigue con su historia—: Bien, a lo que iba. Un día, al oscurecer, y en vista de que aún no se decidían a regresar los compañeros y de que yo tenía trabajo, decidí volver solo.

»Habré recorrido el camino del pueblo hasta el puesto, por lo menos, un centenar de veces. Creo que lo conozco paso a paso. Es un camino muy estrecho, con setos a ambos lados que impiden el ver los campos adyacentes. El caminito está como metido en una zanja.

»La noche no era demasiado oscura; las estrellas alumbraban un poco, por lo menos, y se podía ver un montón de rojas nubes, como si fuera a llover.

Se detiene y durante unos minutos parece que está haciendo un esfuerzo por recordar los detalles. Mira a un pequeño pabellón existente al otro lado del estanque, en el cual alquilan botes y en donde una larga fila de personas aguarda su turno. De repente, el sargento prosigue:

—A medio camino, aproximadamente, había una luz junto a la carretera. Era una pequeña cabaña, o algo parecido, rodeada por completo de setos. En la fachada tenía una gran ventana que daba a un jardín, al extremo del cual se levantaba una valla. Por la ventana salía un haz de luz. Miré adentro y pude ver el interior. Era agradable. Sobre una mesa había una lámpara, y fuego en una pequeña chimenea. En una silla dormía un hermoso gato blanco. Y, junto a la mesa en que estaba la lámpara, una mujer que frisaría la cincuentena cosía algo. Permanecí allí durante unos minutos. Era un sitio pacífico, acogedor y bonito.

»Al cabo de un rato, me marché. Tenía la imaginación un poco confusa. Me decía que, en diez meses que llevaba pasando por aquel camino, nunca antes había reparado en la existencia de la cabaña. ¿Debido a que siempre estaban echadas las cortinas? Sí, eso sería, porque no estaba permitido tener luces encendidas. Estuve tentado de volver atrás y decirle a aquella mujer que tuviera el cuidado de cerrar siempre las ventanas, que corriera siempre las cortinas, pues, de lo contrario, iba a verla algún guardia, que, sin duda, le impondría una multa. Al fin, me decidí. Di media vuelta y me quedé mirando atrás. No distinguía la cabaña, pero sí veía la luz brillando en medio del camino. «Bueno», pensé entonces, «al diablo con ella. Tal vez no aparezca ningún guardia». Recordé la imagen de la preciosa sala en que estaba cosiendo la mujer, y me pareció estar viéndola de nuevo. ¡Estamos tan hartos de ver cortinas echadas!

Hace una pausa y arranca una pequeña rama de un tronco

cercano.

—Quise olvidar la cabaña —sigue contando—, pero había algo que no cesaba de martillearme en la cabeza y que no podía llegar a saber qué era. Comenzó a caer una ligera llovizna, aunque no lo bastante intensa para molestar. Intenté recordar el trabajo que me esperaba. No conseguí apartar de mí la idea de que alguna cosa no andaba bien, de que había algo raro.

Da un golpe al aire con la ramita, y se limpia una manchita que se ha hecho con ella.

—Estaba a punto de volver, cuando la luz se hizo por fin en mi mente. No había ninguna cabaña, sólo cuatro paredes de ladrillos ennegrecidos por el fuego. Seguramente, alguna bomba incendiaria tenía la culpa…

Los dedos del sargento están inquietos. Están tratando de plantar la ramita. Aún dice:

—No soy de los que creen en estas cosas fantásticas y, sin embargo, aún hoy, al acordarme de la existencia de la cabaña me siento desconcertado.

CULTIVO DE VERDURAS

LONDRES (15 de julio de 1943). Tanto en los márgenes de los campos de aviación estadounidenses como entre los barracones de las tropas inglesas, no es raro encontrar huertos perfectamente atendidos. Nadie sabe exactamente de dónde surgió la idea, pero lo cierto es que los tales huertos van en aumento de día en día. Y así, cada uno de los puestos puede disponer de verduras frescas cultivadas por ellos mismos.

Es muy posible que sea resultado del conocimiento por los superiores del mucho tiempo libre de que disponían los hombres. Y del hecho de que, dedicándolos a la horticultura, se les proporciona una diversión, al mismo tiempo que se les saca un provecho.

Ahora, los huertos son atendidos por todas las unidades, a cada una de las cuales le está encomendado el cuidado de uno. Por lo general, en cada grupo hay un buen conocedor del oficio, al cual corresponde el aconsejar qué semillas conviene o no sembrar y cuantas cosas, en general, resultan de interés. Pero, aun siendo muy doctos, muchos de estos hombres fracasan en su cometido, porque las verduras cultivables aquí son completamente diferentes a las de casa.

Lo que preferentemente se siembra son mazorcas de maíz, tomate y pimiento, a pesar de que a nada de ello le va bien el clima inglés. Los tomates resultan pequeños e incapaces de madurar y los pimientos deben ser sembrados en invernaderos que produzcan el calor suficiente a las tres cosas; sin embargo, se les dedica un gran cuidado. Los hombres, deseosos de lograr buenos resultados, trabajan en ello con un gran ahínco.

En la creación de cualquier nuevo huerto se pone la máxima ilusión. Tanto que hasta se plantan sandías, pese a la seguridad casi

completa de que no van a madurar en estas latitudes en las que hasta los pepinos suelen sembrarse en invernaderos. Las lechugas, los guisantes, las judías verdes, las cebollas y las patatas sí se producen bien aquí, así como las coles, las acelgas, las zanahorias y los nabos. Los huertos están bien cuidados. Por las tardes, que ahora son muy largas, los hombres trabajan en los campos, y, aunque son hombres poco excitables, el trabajo hortícola les produce un tanto de excitación, les atrae considerablemente, hasta tal extremo que ni van a ver las películas que constantemente se proyectan. Y el premio a su constancia es que obtienen productos mejores que los que se venden en el mercado.

Uno de los puestos tiene su cuartel general en una gran casa de campo inglesa, que, en su tiempo, fue de lo más lujosa. En este lugar hay gran cantidad de invernaderos, aunque también existen huertos al aire libre. Nunca ha habido necesidad de presionar a los hombres para que trabajen la tierra, pues ellos mismos se lo han tomado siempre con enorme entusiasmo, incluso los hombres que proceden de las ciudades, la mayoría de los cuales no había visto jamás un huerto. Y el huerto mismo crea en todos una especie de afinidad, un mucho de paz.

A veces, las unidades son trasladadas, pero ello no produce trastorno alguno; la unidad entrante se hace cargo del huerto, y la enviada a otro lugar, si encuentra allí un terreno sin cultivar, empieza de nuevo, sin la menor muestra de contrariedad. Es muy importante hacerlo así, sin mostrarse agobiados ante la idea de crear de nuevo lo que ya se tenía. Y tanto ha calado en el ánimo de todos la conveniencia de los huertos que incluso se ha sugerido a los oficiales de abastecimientos la posibilidad de equipar sus almacenes con semillas, que podrían estar bien dispuestas en alguna habitación apropiada y con las cuales sería factible el disponer prontamente de cuantos huertos fueran necesarios.

Hay grandes diferencias entre el modo de cuidar los huertos de los ingleses y la forma de hacerlo nosotros. Y mucha mayor diferencia entre su manera de preparar la verdura y la nuestra. El inglés suele hervir la verdura hasta convertirla en una pulpa suave y pegajosa que ni por su forma ni por su sabor recuerda en nada lo que era antes de ser hervida. Nosotros no hervimos la verdura durante tanto tiempo, merced a lo cual conseguimos saborearla

mejor. El inglés no emplea la cebolla tanto como nosotros y no utiliza el ajo en absoluto. En la misma forma de cuidar los huertos se notan las preferencias de cada cual.

La cocina inglesa mira con desconfianza cuantos vegetales no se producen en sus dominios. Es más, a la hora de aceptar los extraños, sólo se aceptan aquellos que pueden prepararse a la manera inglesa, los dóciles a sus propios métodos. La col de bruselas es un buen ejemplo de vegetal aceptado por ellos. ¿Por qué? Con ella el inglés puede hacer lo siguiente: dejarla crecer hasta convertirse en una hortaliza grande e impetuosa; cogerla luego por el tallo y trabajarla hasta transformarla en una extraña y grisácea pasta. Sólo entonces es considerada apta para el consumo.

Es el mismo sistema que se emplea con la col común, que, mientras está hirviendo, es tan sacudida y acuchillada que al ser servida ha perdido por completo su sabor y ya sólo sabe a col de Bruselas; la cual, por otra parte, una vez tratada según el método británico, termina sabiendo a col común. De las zanahorias, una vez preparadas, resta únicamente el clásico color anaranjado; el resto de sus características han desaparecido.

Nadie consigue explicar esta innata aprensión del inglés a enfermar a causa de la ingestión de verdura. La actitud americana de considerar inocuos a los vegetales, con la consiguiente falta de cuidado en la elección de los mismos, es tenida aquí como excesivamente irresponsable y peligrosa. Se ha informado de que espías ingleses han visto en huertos norteamericanos cómo nuestros hombres arrancan zanahorias, que se comen crudas. Al igual que los nabos y cebollas.

Para nosotros los norteamericanos es extraño comprobar cómo los ingleses, que adoran a los perros y no se los comen, puedan portarse tan brutalmente con las verduras. Ésta es una de esas diferencias que existen entre naciones, y que nadie ha conseguido explicarse hasta el momento.

LA FORMA DEL MUNDO

LONDRES (16 de julio de 1943). Esta no es una guerra como las demás, una guerra que pueda ser ganada como han sido ganadas otras guerras. Recordemos la última guerra: fue una cosa sencilla. Se dijo que, una vez destruido el kaiser y su pequeña pandilla de militares, se habría terminado con todo lo malo y, en consecuencia, las cosas buenas florecerían por doquier. No fue así, en realidad; pero la guerra fue llevada a cabo por tropas que incluso cantaban al entrar en combate.

Ahora se dice que ésta no es un guerra cantada, y es cierto. Los soldados luchan y trabajan en ella llevando a cuestas una excesiva carga de preocupaciones. Saben bien que el final de la guerra no llegará con la destrucción del enemigo. En casi todos ellos se encuentra miedo no al enemigo, sino a lo que sucederá después de la guerra: colapso general de fábricas y factorías, con el paro consiguiente de millones de trabajadores, ya un poco dejados de lado por la aparición de un mayor número de máquinas. Algo así como una fiesta del paro obrero.

Ellos luchan bajo la bandera de cuatro potencias, reciben órdenes en cuatro idiomas, siguen cuatro métodos, y cuando cualquiera con autoridad intenta dar a estas potencias instrumentos y métodos unificados, hasta los soldados oyen insultar al que pretende asumir tales atribuciones. No se trata de si los métodos o planes son buenos o malos. Cualquier plan es adecuado en la propia casa. Y en las tropas cunde la idea de que va a volver el desorden o, peor, una existencia en que falte de todo, hasta ellos mismos, perdidos por quienes tan a la ligera les han conducido.

Nosotros no somos un ejército de ingenuos. La gente ha aprendido mucho en los últimos veinticinco años y aquellas

palabras mágicas de antes no divierten ya a nadie. No creen en el dorado futuro que se les ha prometido. Les gustaría verse libres de la escasez. Ello significaría que la pequeña granja de Connecticut quedará libre de hipotecas. Ello significaría que el empleo abandonado cuando el soldado se incorporó al ejército esté aguardando a que regrese, y no sólo esperando sino que continuará rindiendo mientras los chicos crezcan. Ello significaría la construcción de nuevas escuelas, y algo de ahorro para ocuparse de posibles enfermedades en la familia. Con cualquier soldado que se hable, ésta es la preocupación que se descubre en todos ellos. ¿Debe ser dominado el país por los intereses creados? ¿Debe permitirse la inflación porque, con ella, se enriquecen unas cuantas personas? ¿Debe permitirse que muchos consigan fortunas mientras otros hombres ganan cincuenta dólares al mes? ¿Volverán a casa si ven al país destruido por la avaricia? Si alguien pudiera asegurarles que estas cosas no son ciertas o que no ocurrirán más, entonces tendríamos un ejército alegre. Tal como es ahora, puede derrotar al enemigo; no hay duda acerca de esto. Los soldados lo sabemos. Pero no quieren, al regresar a casa, hallarse a las puertas de una guerra civil.

El recuerdo de la última depresión todavía está fresco en sus memorias. Recuerdan las granjas hipotecadas; los cerdos muertos para conservar los precios elevados; los arados bajo las mieses porque no había suficiente inteligencia en los jefes para idear un modo de distribuir un abastecimiento de alimentos. Recuerdan cómo cuantos planes destinados a un mejoramiento de la vida que han ido apareciendo han sido destrozados.

No hay que exagerar. Quien pudiera convencer a los soldados de que tales cosas no sucederán de nuevo pondría en sus manos un arma de increíble fuerza. Pero ¿qué oyen los soldados? Que míster Jones está llamando a míster Wallace; que míster Jeffers está luchando con míster Ickes; que todos luchan por conseguir más poder y más jurisdicción.

El Congreso, valiéndose de una especie de histeria e inmunidad contra la crítica pública, ha terminado hasta con lo que podría evitar el impacto de una nueva depresión; los mercados negros están prosperando, y los que en ellos operan no son gentes sin importancia, sino las mejores gentes. Los soldados oyen que el coste

de la vida se está elevando y los jornales, no. Y un soldado no es un hombre solo. Tiene normalmente una familia que depende en su totalidad del dinero que él gane. Y su paga no sufre el mismo incremento que el coste de la vida.

Estas son las cosas que llegan a sus oídos. Los periódicos vienen llenos de ellas, las cartas de casa vienen llenas de ellas. Querellas, ansiedad, codicia. Y, siendo un soldado, él no puede quejarse. Le está prohibido quejarse. No se pueden permitir las quejas en el ejército. Y el soldado, no uno, sino todos, está abrumado. Desea terminar esta guerra y llegar a casa para ver qué han hecho en su país durante su ausencia. Las cuatro potencias saben lo que él desea pero, a menos que aparezca algún sistema, alguna fundación, algún método claro, él se inclina a creer sólo en aquello que pregonaba Anatole France: que, para dormir bajo un puente, lo mismo da ser pobre que rico.

SESIÓN DE CINE

LONDRES (18 de julio de 1943). Una tarde de verano inglés, en uno de los innumerables barrios periféricos de Londres. La sala estaba confortablemente llena. Había algunos soldados que habían sido heridos y estaban en período de convalecencia. Había mujeres de servicio, libres de trabajo por unas pocas horas. También había algunas ciudadanas para echar una rápida ojeada después de ir de compras. Y había algunos trabajadores sin trabajo. Delante, filas de niños arracimados, tan próximos como podían a la pantalla.

Una tarde ideal para ir al cine. La sala estaba confortablemente llena, sin apreturas. En lugares especiales había algunos hombres en sillas de ruedas, hombres hospitalizados. La película era *Me casé con una bruja*, de Verónica Lake, una comedia de fantasía donde una bruja de Nueva Inglaterra de los tiempos puritanos vuelve a la vida y cae de lleno en la tradicional comedia de enredo; una obra ni buena ni mala. A los niños les gusta el cine, y creen lo que ven, porque ellos creen en todo lo que se mueve.

Fuera había nubes bajas y parecía como si se anunciara la lluvia, como si aún no hubiera llovido bastante.

Mientras Verónica Lake, largo pelo rubio sobre un ojo, se sentaba en pijama en una cama de hombre, y él padecía por la respetabilidad de su nombre, en los niños crecía el regocijo. Diez bombas alemanas caían entonces sobre la costa. Los sitiadores empezaban así su ataque. Los aviones enemigos habían ocupado el aire. Los cañones antiaéreos propios hicieron fuego y derribaron dos aparatos. Un tercero se estrelló contra una pequeña colina. Luego, en el cielo gris, empezó una loca y difícil persecución. Unos buscando por el cielo; otros, buscando la forma de mejor agredir a Londres. Y en tierra, las sirenas aullaron y los tremendos sistemas

de alarma y defensa entraron en acción. Sólo uno de los aviones enemigos pudo escapar, retorciéndose por entre el radio de acción de las defensas. Zigzagueando hacia abajo, llegó justamente encima del cine. Estaba muy bajo cuando descargó las bombas. El cine saltó por los aires y luego se convirtió en un montón de escombros. La pantalla se rompió. El piloto elevó su avión, dio un rodeo, volvió y descargó sus ametralladoras sobre las ruinas. Después corrió hasta las grises nubes y voló hacia la costa. Dejó tras él el griterío de los niños, doloridos y aterrorizados.

Las comunidades están organizadas para casos como éste. En el transcurso de unos pocos minutos, las escuadras de socorro habían empezado a trabajar. Los bomberos llegaron en seguida; todos estaban bien adiestrados. Los niños malheridos fueron transportados al hospital. Los muertos, apartados. Pero aquellos que todavía respiraban y se quejaban y lloraban fueron llevados a los médicos de servicio. Toda la noche continuaron las operaciones. Las manos, brazos y piernas seccionados por las bombas fueron puestos a un lado. Los ojos, también. Los anestesistas trabajaron delicadamente contra el dolor, destilando insensibilidad en las máscaras. Continuó toda la noche la procesión de los heridos hacia el hospital. Los médicos trabajaron cuidadosamente, rápidamente. Rápidamente, se tomaron graves decisiones: éste no podrá vivir; a éste habrá que amputarle las piernas. Decisión y trabajo rápidos.

De los depósitos llegó plasma sanguíneo. Otras veces, se procedió a la transfusión directa.

Eran las nueve de la mañana cuando se acabaron las operaciones. En el cine continuaron todavía las agotadas escuadras buscando los cuerpos que pudieran quedar, mientras en las camas de los hospitales (largas tiradas de vendas cubriéndolos y los cansados e incrédulos ojos dilatados por el terror) yacían los pequeños blancos, los objetivos militares de siete años de edad.

Los obreros cavaron una gran fosa común para los muertos. Verónica Lake había brillado, deshaciéndose con el rápido relampagueo de la cinta al quemarse; de ella quedaban sólo los rollos de película heridos. Las casas ya estaban preparadas por si tenían que llorar. En las calles todo estaba tranquilo. En un bar, un médico exhausto tomaba una bebida antes de irse a acostar. Sus ojos estaban empañados por la tristeza; su mano temblaba al

intentar acercarse su vaso de whisky a los labios.

MALENTENDIDOS

LONDRES (19 de julio de 1943). La amistad internacional, la confraternización y el buen entendimiento entre los británicos y los norteamericanos llegaban a veces a un punto tal que la guerra entre los dos países parecía inevitable. Los malentendidos suelen dar lugar a estas situaciones.

El mal entendimiento y la intolerancia suelen surgir de las cosas más fútiles. A nuestras tropas en Inglaterra se les había entregado unos folletos con instrucciones. Y lo que en ellos eran inocentes palabras en casa, eran rudas y feas para oídos ingleses. Esto produce el mismo efecto que decirle a un amigo: «Debes buscar a Jones, un maravilloso compañero. Os haréis compañía mutuamente». Pero Jones, al que todos nombran como compañero maravilloso, jamás está acompañado y tiene que malvivir, falto de compañía y sin posibilidad de acompañar a nadie, porque no hay quien lo tolere, por alguna cosa de poca importancia. Esto nuestro y de los ingleses era casi peor, porque a los británicos les hubiéramos caído bien en cuanto nos comprendieran. El resultado era que los dos íbamos juntos como perros extraños, incómodos ambos.

La segunda cosa poco propicia a la amistad es el afán de describirnos unos a otros. Los británicos son así y así. Los estadounidenses son así y así. Los británicos son como cualquier otra gente, sólo que más así. Los estadounidenses son fanfarrones ávidos de dinero. Este amor al dinero es, por supuesto, exclusivo de los norteamericanos. Todo el resto del mundo detesta el dinero. Los estadounidenses son gente sagaz y ruda. Los británicos son gente sagaz y ruda. Esto es, evidentemente, una mentira. Hay buenos y asquerosos en ambas partes. Colocándolos juntos, no hacen nada bueno. Con el tiempo, hay quien llegará a sentir inclinación y

respeto por algunos ingleses; pero entonces alguien empieza a sacar los trapos sucios de ellos, y todo vuelve al mal camino. Lo mismo, indudablemente, sucede también entre los ingleses.

La tercera trampa concierne a las cualidades de ambos contendientes. Un muchachote criado en la montaña va por las calles hecho una calamidad, sencillamente barriendo el pavimento; y, justamente detrás, y ocupado en lo mismo, hay un guardia inglés: hombros atrás, barbilla levantada, nueve botones brillantes. Inmediatamente se compara: uno es un elegante soldado, y el otro, un patán. Pero la cuestión es que ambos están haciendo el mismo trabajo, y cada uno, en las mismas condiciones, limpiará probablemente el mismo trozo de suelo. Luego, aparece otro estadounidense, un tipo curtido, ancho de hombros, que camina de lado como un cangrejo; y se dice que es un buen luchador que el mundo ha producido, pero que, por supuesto, no es un buen soldado.

El disgusto parece ser cosa generalizada. Cuando algo se ha generalizado, es difícil no dejarse llevar por ello. Hay que defender lo generalizado. Digamos que tanto el soldado británico como el estadounidense son espléndidos soldados; que los oficiales británicos, como los estadounidenses, son unos caballeros. Pero los hay buenos y malos. Si ves a un teniente estadounidense portándose mal en un club londinense, todos esperarán que lo niegues. O, si encuentras a un maleducado e insolente oficial británico, serán los británicos los que esperarán que, igualmente, lo niegues. Pero existen, y son odiados tanto como puede odiarse. El disgusto, así, se generaliza sobre todo por una cuestión de patriotismo; por defender cosas que normalmente provocan desagrado.

Debe sufrir una gran conmoción el inglés que está convencido de que los estadounidenses son unos fanfarrones y encuentra a uno que es modesto. Su sentido de la justicia se siente ultrajado. El generalizar acostumbra a resultar mala cosa, si no se hace sobre bases firmes. Recientemente, un muchacho de Georgia, con cara de pez y el fino aspecto de un coyote, se lamentaba amargamente de llevar cuatro días en Inglaterra y no haber visto aún un buque. Había llegado a creer que no existían buques, y aparecía contrariado después de decirlo.

En algo, sin embargo, hay un poco de verdad. La moderación es

umversalmente admirada y la exageración es detestada, pero en ninguno de estos dos puntos está la auténtica verdad. Nadie puede lograr nada de un soldado implicado. Además, es sabido que entre los estadounidenses existen hombres de muy diversa condición y procedencia, desde pulidos oficinistas que usan lentes hasta vendedores de joyería, pasando por leñadores de los bosques de Oregón. Y saber cómo son es tan sencillo como describir a los británicos de Lancashire y Gales o a los de la clase baja de Londres y Liverpool. Individualmente, cada uno puede encontrar al otro; pero en cuanto nos convertimos en estadounidenses y ellos en británicos, nace la confusión.

BIG TRAIN

LONDRES (25 de julio de 1943). Después del período de instrucción y una vez en Europa, *Big Train* Mulligan se encontraba dueño de un transbordador de motor en Londres, con la misión de transportar oficiales. No es un trabajo que Big Train aborrezca. Conduce generales o tenientes adonde se le diga que los conduzca y a la velocidad que se le indique. Los abandona. Espera, los devuelve al lugar de origen. Sólo hay que decirle a qué hora se desea llegar, y él los tendrá allí.

Debido a su empleo, probablemente conoce más secretos militares que nadie en el escenario de operaciones de Europa. Y sin embargo, suele decir:

—Casi nunca presto atención a lo que se dice ante mí. Y si lo hago, todo me entra por un oído y me sale por el otro. Tengo otras cosas en qué pensar.

Incluso ha desarrollado toda una filosofía acerca del ejército, y dice:

—Si deseas llegar a general, bueno será que pases por todo. Pero si te das cuenta de que no puedes ganar la guerra personalmente, entonces será mejor que sigas siendo un civil, y no te faltará diversión.

Detesta ordenar nada a nadie. A veces, no tiene otro remedio que hacerlo y dice:

—No me gusta mandar. Me han traído a trabajar, pero no me gusta mandar a nadie.

BigTrain ha decidido:

1. ° Que él solo no puede ganar la guerra con una sola mano.

2° Que la guerra hace tiempo que se acerca a su fin.

3. ° Que él aún no sabe cuándo va a regresar a casa.

4. ° Que, a pesar de todas las dificultades, él procurará gozar de cuanto se le ponga al alcance de la mano.

Probablemente, conoce Inglaterra tan bien como cualquier otro norteamericano. Conoce las pequeñas ciudades, los caminos del norte y del sur, y tiene lo que en Europa se considera generalmente la mejor agenda de direcciones: habla con todos y nunca olvida un nombre o dirección. El resultado de esto es que cuando deja a su general, dos mayores y un capitán en algún hotelito de una triste y pequeña ciudad (hotel generalmente de malas camas y malos alimentos), BigTrain consulta su libro de direcciones y va a visitar a alguna de sus muchas amigas.

Para cenar come carne y verdura fresca. Brinda con sus amigas. Duerme entre limpias y blancas sábanas y, a la mañana siguiente, desayuna huevos frescos. A la hora exacta, llega al hotelito. El coronel y los mayores están exhaustos por la lucha nocturna contra las camas incómodas. Sus digestiones han sido laboriosas por los malos alimentos, pero BigTrain está descansado y fresco como una rosa. Él permanece siempre alerta; en cuanto deje a sus oficiales en otra posada, buscará a otra amiga para almorzar con ella.

BigTrain no es lo que se dice guapo pero es bastante limpio y silencioso, y le gusta particularmente la compañía de mujeres, la compañía por unos momentos o continuada. Se siente completamente feliz si tiene una muchacha para charlar con ella. Nadie ha sido capaz de descubrir jamás cómo las encuentra. Se le puede dejar en medio de una gran llanura, sin edificios en ella, seguro de que, al volver diez minutos más tarde, estará con una muchacha en el asiento de al lado, fumando un cigarrillo del coronel y mascando un chicle del mayor, mientras toma nota cuidadosamente de cuál es la ciudad y la dirección de donde ella procede.

Su éxito entre las muchachas no se debe a engaños, sino a esa innata condición suya para atraer su atención. Les habla cortés y afectuosamente. Es partidario de los buenos modos en todo. Se dirige a todas las mujeres, las conozca o no, con un «querida» que pronuncia de la forma más convincente, probablemente porque es cierto que quiere a todas. El resultado es que las mujeres siempre desean verlo de nuevo y que todas lo ayudarán mientras dure la guerra. Mulligan es un muchacho honesto. Si él da los cigarrillos del

coronel a una muchacha, un paquete entero, explica después este hecho a su superior y conviene con él en reemplazarlos tan pronto como regresen a Londres. El coronel no considera tal cosa como algo desfavorable para BigTrain. Por supuesto, cuando él da los cigarrillos a una muchacha sabe ya la dirección en que ella vive y que, otro día, saldrá con ella a cenar.

—Me llevo bien con quienes me agradan, y no me relaciono en absoluto con quienes no me gustan —explica él.

Tal norma de conducta es, sin duda, preferible a la de los doscientos propagandistas gubernamentales empeñados en encontrar diferencias entre las dos naciones. Big Train no sabe nada de esas diferencias, y si conoce algunas, son las existentes en el hablar y en los licores. Le gustan las personas a las que él, a su vez, les gusta. Jamás tendrá relaciones con quien, en casa, le causara el más leve desagrado.

Su conversación es pintoresca. Suele hablar de sonrientes muchachas en el mismo tono que emplearía para hablar de asnos comiendo abejorros. Rehusa hablar mal de la guerra.

—Cuando deseen hacerlo, les permitiré con mucho gusto clavar estrellas en mis hombros —dice.

Mulligan, después de dos años en el ejército y un año en ultramar, es probablemente uno de los más frescos y felices hombres que hay en la guerra. Cuando hay que tomar un rifle y luchar, él es el primero en estar dispuesto a hacerlo, pero nunca hasta que no se lo ordenen. Por toda Inglaterra hay buenas comidas esperándole en bonitas casas. Y, sabe que, tan pronto como ofrezca los cigarrillos del coronel, tendrá a su lado a alguna muchacha dispuesta a no dejarle irse con las manos vacías.

BOB HOPE

LONDRES (26 de julio de 1943). Cuando llegue la hora de reconocer los méritos contraídos en la guerra, a Bob Hope habrá que tenerlo muy en cuenta. Este hombre hizo e hizo hacer mucho por su país. Parece imposible que pudiera hacer tanto, cubrir tanto terreno, trabajar tan duro, ser tan efectivo. Mes tras mes, realizó un trabajo que hubiera acabado con mucha otra gente.

Viajando de campo en campo, de puesto en puesto, acudiendo a uno y otro depósito de abastecimiento, yendo a cualquier hospital, puede oírse una de estas frases: «Bob Hope estuvo aquí» o «esperamos a Bob Hope». Tal vez muchos olviden pronto que tal o cual inspector de guerra les ha visitado. De cuanto hace Bob Hope nadie se olvida.

De un modo u otro, se ha ganado la admiración de los soldados. Allí adonde va, van con él las carcajadas de quienes tanto necesitan reír. Se ha creado un carácter propio, un carácter alegre, que fácilmente se contagia a todos. Su ingenio es cáustico, pero nunca contra nadie en particular. Todos ríen con él a grandes risotadas. Y siempre debe repetir sus números.

Hope hace cuatro, a veces cinco funciones diarias. En algunos campos los hombres deben ir a verlo por turnos, porque no pueden todos a un tiempo. Después sube a un coche, y se dirige al puesto siguiente. Debido a que todos escuchan sus emisiones por la radio, no puede usar el mismo espectáculo más de unas cuantas veces. Debe idear otros nuevos constantemente. Si hiciera esto durante un tiempo y luego se tomara un descanso, sería notable; pero el caso es que jamás descansa. Y ha estado haciendo esto desde que empezó la guerra. Su energía en el campo de batalla parece ilimitada.

Hope lleva sus espectáculos a todas partes. No sólo a los grandes

campos. En pequeños puestos de trabajos especiales se oye la misma cosa: «Bob Hope viene el jueves». Semanas antes se conoce su llegada. Sería terrible que anulara un espectáculo. El hace una clase de contratos que nadie, y él menos que nadie, puede romper. Es duro obligarse uno mismo y responsabilizarse de este modo.

El batallón de hombres que traslada pistas de un lugar a otro, haciendo un trabajo oscuro que, sin embargo, alguien debe hacer, es muchas veces olvidado. Pero si Bob Hope está en el país, irá a verlos. Y, así, un día, reciben la noticia de que él llega. Y se sienten recordados. Este hombre ha llegado a lo más alto. Va más allá de lo tonta que puede ser o lo bien que canta Francés Laugford. Es interesante comprobar adónde ha llegado como símbolo.

Este escritor, que no conoce a Hope, sólo puede hacer conjeturas acerca de lo que lleva dentro este hombre. Bob Hope ha visto cosas horribles, a las que ha sobrevivido con buen humor, y las ha hecho más llevaderas a costa de alguna herida en su cuerpo. A él casi no se le ha admitido el cansancio. Ya que ha llegado a ser un símbolo, Bob Hope debe ser un símbolo vivo.

Probablemente lo más difícil, lo más desgarrador de todo, es ser gracioso en un hospital. Estos edificios están dispersos, en previsión de que puedan ser atacados. Los heridos están trabajando en los jardines, o leyendo en las salas de descanso. Algunos acarrean todo el dolor y la angustia del convaleciente. Algunos hacen mover sus dedos lentamente, otros se cogen a los pequeños trapecios que les ayudan a incorporarse en sus lechos.

Las inmaculadas enfermeras se mueven silenciosamente por los corredores y a los pies de las camas. El tiempo se hace muy largo. Las cartas, aun llegando diariamente, parecen separadas por largas semanas. Se hace cuanto se puede, pero la medicina no consigue vencer la soledad y la debilidad de muchos hombres. Las enfermeras no pueden acostarse ni un solo día en una de las camas del hospital. Bob Hope y su compañía deben entrar en tan triste y solitario lugar y alejar el sentimiento y captar el interés, y, finalmente, hacer brotar las carcajadas. No es un trabajo fácil. A muchos de los hospitalizados, el reír les produce dolor: en las articulaciones, en las suturas… Y, sin embargo, la risa es una excelente medicina.

Lo que sigue se cuenta que ocurrió en uno de los desconocidos

hospitales que tienen que ser preservados con cuidado de las bombas. Hope y su compañía habían trabajado mucho, y tenían los ojos brillantes y pesados. Pero habían dulcificado muchas vidas. Un artillero herido en el estómago soltaba continuos quejidos, producto de la risa. Un ferroviario entrechocaba la escayola de su mano izquierda con la de la derecha, a modo de aplauso. Generalizada la risa, las carcajadas saltaban incluso antes de que concluyeran los chistes, para repetirse largo tiempo después.

Finalmente, le tocó el turno a Francés Laugford. Los hombres solicitaron *As Time Goes By*. Ella se colocó junto al pequeño piano G. I., y empezó a cantar. Su voz era un poco ronca y forzada, pues había estado trabajando muy duramente y durante demasiado tiempo. Llevaba interpretadas ocho canciones, cuando un muchacho herido en la cabeza comenzó a gritar.

Ella se detuvo y quiso volver a empezar, pero no pudo y terminó la canción susurrando; después, se marchó. El auditorio se quedó quieto, nadie aplaudió. Seguidamente, Hope entró en la sala por entre las camas y dijo muy seriamente:

—Compañeros, en casa las están pasando moradas con los huevos. No pueden obtener huevos en polvo, y no tienen otro remedio que utilizar los antiguos y pasados de moda: los que se abrían rompiéndoles la cascara.

Realmente, es todo un hombre.

UN AGRADABLE CASTILLO

(27 de julio de 1943). Un jeep se aparta de la carretera principal y se detiene. En el sendero, hay una gran puerta de piedra gris. Cuando fue construida, América era un desierto con unas cuantas colonias en sus fronteras. Del puesto de guardia sale un centinela estadounidense.

El jeep avanza por el sendero ascendente, embovedado de robles y hayas separados dos metros entre sí. El camino tuerce y se eleva hasta una pequeña colina. En su cima puede verse una torre gris que sobresale de entre los enormes árboles. Nada más terminar el arbolado, aparece el castillo al que pertenece esa torre. Es un pequeño castillo, de unas cuarenta habitaciones, que fue construido por un rey inglés para cierta dama de su reino.

No es de extrañar que, a tenor del escándalo que hubiera provocado tal cosa, no se le haya dado ninguna publicidad. El conocer exactamente por encargo de qué rey fue construido el castillo daría a conocer al enemigo de qué castillo se trata. Y si, además, llegara a conocerse que tropas norteamericanas están acuarteladas en ese castillo, éste pasaría a ser un blanco seguro para la aviación enemiga. Afortunadamente, un buen número de reyes ingleses construyeron castillos para ciertas señoras. Así pues, el enemigo se encuentra, si acaso, ante un número excesivo de posibles blancos a los que no puede dedicar tanta atención como sería menester.

En el césped que hay en la parte anterior del castillo, donde en otro tiempo tal vez se hubieran celebrado torneos entre caballeros ataviados con pesadas armaduras y armados con lanzas, un pelotón de soldados con cascos y correajes están haciendo instrucción, marchando, contramarchando, abriendo y cerrando filas, con sus

bayonetas reluciendo bajo el sol del estío inglés.

En los jardines situados frente a la puerta principal, las rosas están floreciendo. Rosas rojas y rosas blancas, que parecen nacer de los demás rosales. Es muy posible que de aquí surgieran los símbolos de las insignias de los Lancaster y los York. Las piedras de la entrada, de tan gastadas, aparecen completamente cóncavas; más allá hay un oscuro vestíbulo, tan alto y oculto a la luz del día que hay que tener los ojos muy acostumbrados a la oscuridad para poder llegar a ver el techo artesonado en roble, desde el que vigilan miles de pequeñas caras. En este enorme vestíbulo un sargento del Ejército está sentado frente a una mesa de pino realizando su trabajo.

Más allá, al otro lado de una puerta abierta, hay una habitación aún más larga, pero ésta iluminada por las existentes ventanas en uno de sus lados, de cristales romboides y circulares, y lunas de vidrio. Y ésta mira también hacia la rosaleda, hacia el césped y, finalmente, hacia el bosque.

Hay una gran chimenea en esta habitación, una chimenea tan grande que incluso un hombre alto puede andar por su interior sin agacharse, y acostarse en ella sin encogerse. La campana de la chimenea es grande, con tallas heráldicas. Ésta es la sala de recreo. En sillas conseguidas no se sabe dónde, los B. I. se sientan, leen y escuchan la radio. Contra una pared hay colocado un pequeño bar, en el que se venden coca-colas y gaseosas; el techo del bar también es de roble tallado y esculpido, de bastante tiempo antes de que Estados Unidos naciera. Un soldado apoyado en su silla clava la vista en el techo. Hay un ejemplar del *Yank* en su regazo. Cuando ha terminado de estudiar el techo, pregunta a un compañero:

—Oye Walter, ¿los Dodgers han ganado 24 o 25 partidos?

Encima de la amplia escalera hay una galería y, después, unas treinta habitaciones en las que los huéspedes de la antigua pareja estarían confortablemente instalados. Es probable que quinientas o seiscientas personas supieran de aquel escándalo, entre ellas el marido de la dama. Las habitaciones son grandes, y cada una tiene su chimenea y su ventana de cristales mirando a los jardines. Pero esas habitaciones son ahora cuartos de patrullas con los catres colocados en hilera, los zapatos debajo de ellos, los cajones llenos de camisas, pantalones y toallas perfectamente en orden, y los

cascos encima. Las habitaciones están probablemente mucho más limpias que cuando vivía en ellas la dama del rey.

Debajo de la escalera, en una especie de cueva, está la cocina, donde un cocinero del ejército prepara grandes pasteles de manzana. El suelo está tan gastado que hay que caminar por los bordes de la habitación, y con mucho cuidado.

El comandante del puesto es un teniente de Texas, y su segundo un teniente de Chicago. Son jóvenes, austeros y cariñosos. El trabajo de mantener el castillo en orden les viene como anillo al dedo.

El edificio, que fue construido para nobles y cortesanos, para soldados de armadura, no es ultrajado por sus habitantes de hoy bajo ningún concepto. Los jeeps y carros de combate que entran por sus puertas o los soldados que andan por sus pasillos no desentonan en absoluto. Parecen, por el contrario, muy apegados a este castillo. Probablemente, son muy poco diferentes de los antiguos habitantes. Ciertamente, el rey en cuestión se sentiría orgulloso de ellos.

LA LLEGADA DE LOS YANQUIS

LONDRES (28 de julio de 1943). En la verde y ondulante campiña inglesa hay una estación, gris y pequeña. Junto a ella, el césped aparece cortado y seco, y las amapolas, mustias. Por delante de la estación hay un doble carril, y una línea muerta por detrás.

A las 4. 03 el comandante estadounidense y cuatro oficiales llegan a la estación. Un oficial británico sale del cuarto del jefe de estación.

—El tren llegará con cuatro minutos de retraso —anuncia.

Todos los oficiales miran sus relojes. Por la línea principal pasa un tren, rugiendo a cien kilómetros por hora. El joven teniente dice:

—Pensaba que los trenes británicos eran lentos.

—Poseen varios récords de velocidad —replica el comandante.

En otra dirección pasa rápidamente un tren de mercancías. Sus vagones descubiertos van cargados de tanques, una larga hilera de tanques que cubre toda la longitud del tren. A un centenar de metros de la estación hay aparcado un autobús cuyo interior ha sido convertido en cocina, que atienden dos muchachas de la Cruz Roja. Ya tienen preparados grandes peroles de café y cestos de buñuelos. En el techo del autobús hay un altavoz, conectado con un fonógrafo.

El comandante dice:

—Estas muchachas son magníficas. Llegarán quinientos hombres a las seis de la tarde. Y vendrán agotados. Estas muchachas pondrán algún buen disco de jazz, y ellos tendrán una buena recepción.

El olor de los buñuelos viene envuelto en la brisa. El oficial británico vuelve a salir de la oficina del jefe de estación.

—Llegará dentro de tres minutos —dice. Y de nuevo los oficiales miran sus relojes. El pequeño tren aparece ya por la curva; pasa la

estación, sitúa su cola dentro de la vía muerta y da marcha atrás. Los vagones están llenos de hombres cubiertos con casco, que llevan los equipos sobre las rodillas. Sus caras están casi tan oscuras como sus uniformes. Están sentados, con sus paquetes encima. Es una calurosa tarde, una de las pocas tardes de calor de este verano. Cuando el tren se detiene, el fonógrafo lanza al aire el *Mister Five by Five*. El sonido recorre un largo camino. Los soldados vuelven sus cabezas lentamente y miran hacia la música. Ahora un sargento pasa junto al tren y abre las puertas de los departamentos. Pero los hombres no se mueven. Un fornido capitán, con un mostacho muy negro, grita:

—Está bien, muchachos. Abajo.

Los vagones desembuchan soldados, que luego permanecen en las plataformas, con los hombros húmedos de sudor bajo las correas de los paquetes y las espaldas mojadas. Todos llevan consigo sus sacos de campaña, y llevan aparte cuanto no cabe en ellos: una guitarra aquí, una mandolina allá, un par de zapatos… Un hombre lleva un fox terrier mestizo, que permanece a su lado jadeando con excitación.

El fornido y abrumado capitán conduce a los hombres formados hacia el vehículo. La alegre música continua sonando. Una sencilla hilera de hombros pasa ante un pequeño mostrador que hay a un lado del coche; cada uno de ellos toma una taza de café y dos buñuelos. Luego rompen filas y pasean por los alrededores bebiendo el café y con la mirada perdida. Una de las muchachas sale del coche y se dirige a ellos:

—¿De dónde eres, muchacho?

—De Michigan.

—¡Vaya! Somos casi vecinos. Soy de Illinois.

Un seductor de barrio, probablemente un auténtico ligón en casa, de amplias y largas patillas, le lanza, con sumo respeto, eso sí, una pregunta ya muy gastada:

—¿Qué haces esta noche, muñeca?

—¿Qué haces tú? —pregunta a su vez la muchacha. Los hombres de alrededor ríen a carcajadas, como si la pregunta de la joven fuera muy graciosa.

El ligón se pone en jarras.

—Instalarme —responde, y ambos interpretan un grotesco *gag*,

una especie de lento movimiento cómico.

Un muchacho rubio, con la nariz quemada por el sol y los párpados rojos, se aproxima tímidamente a un teniente. Lleva su café en una mano y los dos buñuelos en la otra. Por fin ha advertido qué provoca su curiosidad. Balancea los dos buñuelos sobre el borde de la taza y, de repente, los deja caer adentro. Saluda, y el teniente se vuelve gravemente.

—Discúlpeme, señor —dice el muchacho—. ¿No es usted artista de cine?

—Lo era —responde el teniente.

—Sabía que lo había visto en alguna película —dice el muchacho—. He escrito a casa que lo he visto aquí, pero no me creen. Si usted firmara en cualquier papel, yo podría enviarlo a casa, y entonces me creerían.

—Por supuesto —dice el teniente, y con un lápiz escribe su nombre en un viejo papel, apoyándose sobre la espalda del soldado.

El muchacho lo mira un momento.

—¿Y qué hace usted aquí? —pregunta.

—¡Cómo! Pues estoy en el Ejército; exactamente igual que tú.

—¡Oh, sí, por supuesto! Sí, ya veo que está aquí. Bueno, ahora mi familia tendrá que creer que es verdad que lo he visto.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta el teniente.

—No estamos autorizados a decirlo, señor.

—Sí, disculpa, lo olvidé. Buen muchacho, por recordármelo.

Los buñuelos se han hecho casi líquidos. El muchacho bebe el café, sin casi notar los buñuelos.

—¿Supone usted que nos permitirán jamás ir a Londres? —pregunta.

—Oh, sí. Cuando obtengas un pase.

—Pero faltará mucho para eso, ¿verdad?

—No demasiado. Un permiso de cuarenta y ocho horas puede conseguirse fácilmente. Con eso te bastaría, de momento.

—¿Es cierto que hay muchas chicas en Londres?

—Sí, a montones.

—¿Y querrán hablar con un soldado?

—Claro que querrán.

—¡Demonios! —exclamó el muchacho.

—¡Atención! ¡Atención! —vociferan entonces el capitán y los

sargentos, y el rubio muchacho va a la fila, todavía con la taza en la mano. La chica le grita, venciendo con su voz el sonido de la música:

—¡Eh, chico, necesitamos esa taza! Se dirige apresuradamente a él y se la arrebata, golpeándole al mismo tiempo en los hombros. Sus compañeros ríen, como si todo fuera graciosísimo.

UNA MANO

LONDRES (29 de julio de 1943). El soldado viste albornoz oscuro, pijama y pantuflas, igual que todos los soldados hospitalizados. Y está un poco pálido y débil, igual que todos los convalecientes. Lleva el brazo izquierdo doblado y en alto, y los dedos de la mano izquierda, abandonadamente curvados. Delante de él, en una mesa hay un modelo del *Liberator* construido a medias, entretenimiento del soldado en las largas horas del hospital.

—Me hirieron en África —cuenta—. Me dieron en el estómago, pero demasiado alto.

Sostiene levantado el brazo izquierdo.

—Éste es el que me molesta —dice—. Me hicieron un estropicio. —Mueve los dedos ligeramente—. Casi no tengo sensibilidad en ellos —añade—. No puedo cerrar el puño. No puedo coger nada. O no podía, por lo menos. Intentaba coger este modelo para trabajar en él, y no podía; no podía hacer casi nada. —Pone la palma de la mano sobre la mesa—. Todo esto lo iba haciendo con la mano derecha; fue una suerte que me hirieran la izquierda. —Mira la mano izquierda y mueve los dedos—. El médico dice que podré volverla a usar si hago ejercicio. Pero es difícil ejercitarla cuando apenas se la siente.

Calla un instante. Luego, continúa hablando:

—Ayer sucedió una cosa graciosa. Aquí, le enseñaré el lugar exacto. —Toma un lápiz y lo introduce en el laberinto de abrazaderas—. Ahí, ¿ve usted esa pieza de ahí? Esa con la pequeña marca de lápiz… La marqué así para recordar cuál era. Ayer estaba tratando de colocarla bien. Es un sitio al que es difícil acceder. Pues bien, sin darme cuenta, había llegado hasta él. Con la mano izquierda. Llegué a coger esa pieza con la mano izquierda. —Mira

sus dedos casi paralizados, con extrañeza—. Hablé al doctor sobre eso y me dijo que todo iba bien y que probara a hacerlo siempre que pudiera… Pues, ahora, cuando intento hacerlo, no puedo. De ninguna manera. Tal vez pueda más tarde, alguna vez. Hago rodar un lápiz con los dedos. Dicen que es muy bueno hacerlo.

Coge una tabla, que apoya sobre la palma de la mano izquierda, y con una navaja corta cuidadosamente pedazos curvados, para usarlos después. Son piezas complicadas, y su mano tiembla un poco; pero la navaja corre a todo lo largo de la línea dibujada en la tabla. Y al fin, alza la piececita y la deja en la mesa para aplicar un poco de cola en cada extremo de ella. Luego, con cuidado, con la mano derecha coloca la pieza en su lugar.

—Me dejo crecer bastante las uñas —dice—. Puedo usar las uñas para muchas cosas. —Con la larga uña del dedo índice derecho aparta una gota de cola que se ha salido de la juntura, y la limpia con un trozo de papel—. Me preocupa esta mano izquierda. Por supuesto, adivino que puedo obtener un empleo. Pero con la mano así, no creo que pueda asir objetos firmemente. —Da la vuelta al modelo y, luego, estudia el patrón para hacer la pieza siguiente.

Permanece silencioso durante un buen rato.

—Mi esposa sabe que fui herido —sigue diciendo—. No sabe si fue grave o no. Sabe que me voy a curar y que volveré a casa; pero ella debe de estar pensando cosas terribles. Yo usaba esta mano para trabajar. A ella no le gustaría un inválido, un ser que sólo pudiera trabajar con una mano.

Sus ojos empiezan a humedecerse.

—¿Le gustaría a usted ver llegar a un manco a casa? ¿Qué pensaría usted si ocurriera tal cosa? Sí, ya sé que no le importaría demasiado, si ese manco pudiera trabajar —se responde él mismo —. Supongo que ella pensará igual. Tiene un empleo en una factoría de aviación en la costa. Hace el trabajo de un hombre. Dice que está adelgazando, pero que no debo preocuparme… Le enseñaré una fotografía suya.

Calla y busca en el bolsillo de su albornoz.

—¿Dónde estará? —se interroga—. La enfermera siempre lo pone aquí. —Mete la mano izquierda en el bolsillo y saca una carterita de cuero. Y de repente se da cuenta de lo que ha hecho; los dedos, entonces, se le aflojan, y la cartera cae sobre la mesa—.

¡Dios Omnipotente! ¿Lo ha visto usted? —Mira la mano encorvada, suspendida todavía en el aire—. Es la segunda vez en dos días —murmura—. ¡Dos veces en dos días!

LA CARRERA DE BIGTRAIN MULLIGAN

EN ALGÚN LUGAR DE INGLATERRA (4 de agosto de 1943). Nuevos datos acerca de la vida y aventuras de *Big Train* Mulligan, ese hombre que sigue haciendo buena parte del trabajo que se la ha asignado en el Ejército, en su exclusivo beneficio. De él ha dicho uno de sus escasos enemigos que sería un lingote de oro si no fuera tan rematadamente perezoso.

Observándolo minuciosamente durante unos cuantos días, se llega a conocer bastante acerca de su persona; más, desde luego, de lo sabido por el informe anterior. Big Train tiene un método curioso. Si no es cuidadoso, uno se encuentra a veces llevándole el equipaje, y eso sin saber cómo. Recientemente, y en uno de los períodos de crisis que diariamente aquejan a Big Train, este escritor le prestó dos libras y diez chelines, y ello sólo porque pensó que era lo correcto. Big Train, como pueden suponer, no me ha devuelto el dinero. Tal vez lo haga en el futuro pero, de hacerlo, sería con el convencimiento de que se abusa de él.

Mulligan siempre está pidiendo prestado. Para comer o para lo que sea. Está plenamente convencido de que el Ejército termina en su estómago. A él, eso le gusta. Goza con los buenos alimentos, y generalmente los consigue. Hace poco un destacamento estaba visitando un barco que había entrado recientemente en un puerto de Inglaterra con material de guerra. El destacamento fue al puente a reunirse con el capitán y los otros oficiales; y todos tomaron una tacita de café y unos pocos pasteles, mientras conversaban. Luego, el destacamento regresó al muelle, convencido de que Mulligan estaría trabajando. Pero, por supuesto, no era así. Mulligan no estaba en el muelle. Uno del grupo que lo conocía bien, dijo:

—Si yo tuviera que buscar a Mulligan, buscaría en el frigorífico

del barco, no puede andar muy lejos de ahí.

Alguien se acercó a la despensa del buque; Mulligan estaba en ella, recostado graciosamente contra una mesa. En la mano tenía el más grueso bocadillo de carne asada que imaginarse pueda. Había aprendido a comer y a hablar a un tiempo. Y nunca erraba un mordisco o una palabra. Su paso parecía lento, pero no lo era. No sólo entre bocado y bocado, sino aun mordiendo, no cesaba de hablar. Ahora contaba a un auditorio compuesto por el encargado de la despensa y tres artilleros navales una historia acerca de robos y otras anécdotas por el estilo; y ellos, mientras, no se daban cuenta de la pila de bocadillos que Big Train iba metiéndose entre pecho y espalda.

—Mulligan —le dijo el más veterano de los oficiales—, ¿no cree usted que ya es hora de marcharse?

—Sí, señor —respondió Mulligan—. Ya me disponía a irme; pero pensé que el capitán podía estar un poco hambriento. Estaba recogiendo un piscolabis para el capitán.

Buscó detrás de él y sacó la gran pila de bocadillos de carne asada, que entregó al otro. Si estos bocadillos habían sido preparados para tal emergencia, o si Mulligan pretendía comérselos, es algo que no se sabrá jamás. Preferimos creer que fue exactamente como dijo. Mulligan es un hombre precavido y generoso. Él no se mete jamás en un callejón sin salida. Siempre sabe por dónde retirarse. Tiene, en definitiva, la intuición propia del buen soldado.

Si el oficial se siente débil, con hambre, Mulligan tiene siempre una pastilla de chocolate a mano, ¡qué importa que el chocolate hubiera pertenecido al oficial y pensara que lo había perdido! El caso es que cuando algún oficial necesita su propio chocolate, Mulligan es feliz ofreciéndole la mitad.

BigTrain lleva en Inglaterra poco más de un año y su lenguaje de ahora puede ser descrito como de Georgia-Oxford.

Muchos oficiales han probado de ascenderlo a cabo, pero él no desea abandonar su sólida posición actual. No hay nada que hacer con Mulligan, salvo meterlo en el calabozo. Si fuera cabo, se le podría juzgar; ahora, Mulligan ha llegado a gozar de tal estima que, haga lo que haga, jamás trasciende nada a sus superiores. Sin embargo, siempre que se habla de ascenso surge alguna conocida pequeña infracción de las reglas que impide nombrar cabo a

Mulligan: el coche, una pequeña mancha observada en la revista… Mulligan es arrestado seis horas, y así, durante un buen tiempo, se libra del ascenso.

Mulligan tiene casi todo lo que desea: mujeres, tiempo libre, viajes y camaradería. Sólo le falta una cosa que está intentando obtener: un perro, preferiblemente un *scottie*. Y le gustaría llevarlo en su coche con él. No se ha esforzado mucho por conseguirlo; pero, a priori, puede asegurarse que no sólo lo tendrá, sino que, además, lo alimentarán los oficiales y que, incluso más de una tarde, el perro quedará bajo la custodia de algún oficial, que se encontrará muy satisfecho de ello. El ejército es una magnífica colocación para este Mulligan. Sería un loco si lo abandonara. Y no está loco.

CHICLE

LONDRES (6 de agosto de 1943). Los estibadores del puerto son hombres viejos, alrededor de la cincuentena todos ellos. No parecen muy seguros de lo que hacen, pero la carga va siendo despachada. Cualquier hombre en edad militar no vestido de uniforme y trabajando en los muelles puede asegurarse que es de la Irlanda neutral, Estado libre no sujeto a la llamada de la guerra. El poder quedarse en casa les satisface, pero sólo por un tiempo. Aun cuando estén de acuerdo con su neutralidad, no es agradable para un neutral vivir en un país en guerra. Se sienten extranjeros.

Viejos hombres escoceses de rostros duros y curtidos dirigen la operación de descarga. Uno de ellos, el más encorvado de todos, está al mando de la gran grúa. Permanece junto a la abierta escotilla, y con sus manos dirige la descarga, moviéndolas como si estuviera dirigiendo una orquesta. Palmas arriba, palmas abajo, abatiendo el largo brazo. Este hombre tiene una voz fina, aguda, que, sin embargo, consigue hacerse oír por encima del ruido de las máquinas y de los engranajes. Mueve las manos hacia arriba, y la locomotora, saliendo del barco, se eleva en el aire asida al extremo de una poderosa cuerda. El hombre parece transportarla con sus manos. Son ochenta y siete toneladas de locomotora que el hombre, al fin, parece colocar con sus propias manos en los raíles del muelle.

Perfectamente alineados, unos niños observan la descarga. No se les permite acercarse demasiado por miedo a algún accidente. Hay por lo menos un centenar de ellos, un poco andrajosos, como todo el mundo en Inglaterra tras cuatro años de guerra; y no demasiado limpios, porque han estado jugando en el suelo, lleno por completo de hollín. ¡Cómo se agrupan alrededor de un soldado norteamericano que ha salido del barco! Quieren chicle. Así como

los británicos deploran el hábito de masticar chicle, sus hijos lo encuentran delicioso. Entre los niños hay mendigos de chicle semiprofesionales. Hasta el punto que, en lugar de pedir una moneda, se pide chicle.

Cuando se tiene chicle se tiene algo que dura permanentemente, algo que se puede usar día tras día, e incluso guardarlo cuando se está cansado de él. La mermelada es efímera. Un momento se tiene confitura y al momento siguiente ya no se tiene. Pero el chicle es realmente apropiado a las circunstancias.

Los niños extienden sus sucias manecillas hacia el soldado, y piden a coro:

—¿Chicle, señor?

—No tengo —responde el soldado.

Los pequeños hacen como si no le hubiera oído.

—¿Chicle, señor?

Gritan y se arremolinan a su alrededor. El encargado de la despensa desciende por la pasarela del barco. Está un poco bebido y va vestido de calle. Se dispone a pasear. Unos pocos muchachos prueban con él:

—¿Chicle, señor?

El despensero ríe divertido, saca un puñado de monedas de su bolsillo, y las arroja al aire. Se levanta una polvareda enorme, y se organiza un gran alboroto. Cuando todo ha pasado, se ve al mayordomo en plena huida, con una nutrida cuadrilla en los talones. Sólo un muchachito se ha quedado con el soldado, un niño muy pequeño, de cabello rubio y ojos grises, que lo coge de la mano.

—¿Es tan bonita América como esto? —pregunta el muchacho.

—Aproximadamente lo mismo —dice el soldado—. Más grande, pero más o menos es lo mismo.

—¿Es cierto que no tiene usted chicle?

—No, ni una pieza.

—¿Hay mucho chicle en América?

—¡Oh, sí, montones de chicles!

El niño suspira profundamente.

—Espero ir allí alguna vez —dice.

El grupo regresa despacio. Han perdido su presa y están buscando un nuevo juego. Por la borda del barco, bajan los

desperdicios en una caja enorme. La caja es dorada y contiene mondas de naranjas. Los muchachos vacilan, pero la tentación es demasiado grande. No pueden contenerse. Rompen la línea y se arrojan contra la caja de desperdicios. Estrujan las pieles tratando de sacar el jugo que pueda quedar en ellas.

No tarda en aparecer un guardia que lleva un alto casco que le hace parecer un poco más alto de lo que es.

—Vamos, muchachos, vamos —dice suavemente.

Los rebeldes llenan sus bolsillos de pieles y luego, sumisamente, regresan a su frontera.

—Eso no está nada bien —les amonesta el guardia.

Pero están demasiado hambrientos. Y, además, es muy probable que no hayan comido una naranja en cuatro años. Es así. Los que aún no han cumplido cinco años probablemente nunca han comido una naranja.

—Lo necesitan de veras —se lamenta el guardia.

MUSSOLINI

LONDRES (10 de agosto de 1943). El barco estaba surcando el océano cuando Mussolini dimitió. El rumor de que algo importante había ocurrido corrió de soldado en soldado hasta ser conocido por todo el personal y las enfermeras del Ejército. Después llegó la confirmación al puente: «¡Mussolini ha dimitido!».

La cosa se estaba viendo llegar hacía días, todos lo llevaban en la mente, esperaban la dimisión.

Los primeros en anunciar la noticia fueron dos sargentos:

—Será una buena noticia, si es cierta.

—Sí, pero tú sabes lo que ocurre cuando un mamarracho como ese se va. Sus enemigos deben de estar deseando que caiga en sus manos. No me extrañaría que no durara mucho.

—Tienes razón. No me gustaría estar en el pellejo de «Musso».

El barco surcaba el mar cargado de oficiales y de soldados…

Un teniente segundo que iba en la sala de recreo, empezó a hablar con una enfermera.

—¿Una partida de cartas? —le preguntó.

—De acuerdo.

—Alguien de mi sección dice que han puesto fuera de combate al Duce.

—¿Qué quiere decir?

—Que lo cogieron. Eso es lo que quiero decir. Le cortarán el cuello. Supongo que alguna sangre tendría.

La enfermera no sabía nada del asunto. Frunció el ceño.

—La verdad —dijo— es que, en mi opinión, no era más que un testaferro. Sería interesante saber si tenía poder en realidad.

—¿Por qué? ¿Qué ganaríamos con saberlo ahora?

—Pues si en verdad tenía poder —dijo la enfermera—, con su

caída desaparecerán los fascistas, los matarán, los matarán a todos. Quizás haya una revolución.

—Sí, quizá tenga razón —dijo el teniente—. ¿Jugamos con apuestas?

El capitán estaba colocado a su espalda, en una de las literas que había en el atestado salón. Charlaba con el ocupante de la litera de encima de él.

—Hasta ahora tan tenido algo por qué luchar; por ello, sin duda, han soportado resignadamente las batallas.

La cabeza de un mayor apareció por el borde de la litera de arriba.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó.

—¿No lo ha oído? Digo que, con la caída de Mussolini, se ha producido la más hermosa revolución que se recuerda. Roma es un matadero. Están cazando a los fascistas como a ratas.

—¡Por Dios! Entonces el momento es apropiadísimo para la invasión. El momento ideal. Me sorprende que no tengamos preparado el material para hacerla.

Uno de los encargados de la despensa permanecía en el corredor, cerca de la nevera. Alguien se acercó furtivamente.

—¡Fuera de ahí! ¡No toques ni una de esas fresas! —gritó el despensero, severamente.

—Es que nosotros no hemos comido ninguna —dijo el otro—. Las enfermeras, nada más verlas, se abalanzaron sobre ellas igual que nosotros lo estamos haciendo sobre Italia. No he comido una sola fresa.

—¿Que hemos entrado en Italia?

—¡Cómo! ¿Es que no lo sabes? Estamos ya a mitad de camino. Ya hay soldados nuestros en las calles de Roma.

El capitán interrumpió su aburrida partida de póquer.

—¿Tenemos algo para celebrarlo? —preguntó—. ¿Ha traído alguien whisky?

—No digas tonterías —dijo el teniente coronel—. No tenemos whisky desde el segundo día. ¿Por qué quieres brindar? ¿Por la invasión de Italia?

—¡Invasión…! Italia está en nuestras manos.

—Pues sí, he conseguido una botella —habló otra vez el teniente coronel. Y cruzó las piernas y escarbó en su cartera. Todos

permanecieron juntos, brindando y trasegando whisky. El capitán dio una vuelta y dejó su vaso.

—¡Esto es bebida! Jamás echaría una cosa ordinaria en un vaso. —Se asomó al exterior—. Una gaviota se acerca a nosotros. No debemos de estar muy lejos. El teniente coronel dijo:

—¿Sabe usted? Una vez Italia en nuestras manos, Alemania va a durar muy poco tiempo en los Balcanes. Tendrán que abandonarlos. Y apuesto a que Grecia se subleva también. Turquía, además, está presta a intervenir. Tal vez esto de Italia sea para los turcos el empujón que necesitaban…

Tres vigías, sentados en sus puestos, observaban las blancas cumbres que iban surgiendo en el horizonte.

—Me hubiera gustado venir aquí antes de que esto empezara, Willie. Ahora temo no llegar a entrar en acción. Me gustaría que nos apresuráramos.

—Descuida, no estarás inactivo. Tendrás ocasión de disparar a menudo.

—No lo entiendo. Con los turcos metidos también, Alemania no puede estar muy segura.

—¿Por qué?

—Porque Alemania está ahora tan atareada que apostaría a que hasta podemos avanzar por el Canal. Pero ¡esta maldita y lenta chalupa!…

—Caballeros, París —dijo un teniente de veinte años a otros tres tenientes de la misma edad.

—Mi viejo ya estuvo en París en la última guerra —contestó uno de los aludidos caballeros.

—Caballeros —volvió a decir el primero, temblándole la voz—, hemos cruzado el Canal. Hemos llegado.

Las tres manos se juntaron, formando como un fraternal caballete…

El barco entró en el puerto con la guerra terminada y ganada. No les llevó mucho tiempo darla por terminada.

DADOS

LONDRES (12 de agosto de 1943). Una de las mentiras de Mulligan se refiere a Eddie. Mulligan presta el servicio militar con Eddie, y lo conoce muy bien. Eddie ha ido dándose cuenta de que Mulligan comparte la compañía de todas las personas de alguna importancia en el Ejército.

Este Eddie es un gran jugador de dados, pero de tan probada honradez que nadie duda de su integridad en el manejo de los dados. Eddie es muy afortunado, tan afortunado que puede jugar cualquier día sin miedo a perder; más aún, con la certeza, casi, de que ganará.

De ahí el rumor acerca de que Eddie cuenta con la ayuda de una fuerza sobrenatural. Eddie, en el transcurso de uno o dos años, ha llegado a ser un hombre rico y feliz, pero poco afortunado en amores; no se puede tener todo. El deseo de Eddie es que los dados le puedan conseguir una mujer, aunque hasta ahora eso jamás ha ocurrido. La cosa, como se ve, no está suficientemente madura, pero Eddie espera que algún día los dados le traigan esa mujer por la que suspira.

Hace ya algún tiempo, Eddie y su regimiento fueron conducidos a X. El barco que los llevó no era grande e iba excesivamente lleno. Sus cubiertas, salones y pasillos estaban repletos. Y sucedió, además, que el barco se había hecho a la mar sin haber sido designado un día de pago al personal.

El primer día hubo, por lo menos, doscientas partidas de dados. Eddie, sólo para no aburrirse, se introdujo en una, disimulando, además, y con el deseo de hacerse una idea de cómo eran los otros jugadores. En estas partidas entre «novatos», Eddie se limitaba a hacer un par de buenas jugadas. Sabía que eso le reportaría ese

estado de gracia que sabía iba a necesitar más tarde. Se hizo ver, además, en numerosas ocasiones transportando sacos, tras lo cual aceptaba un vaso de whisky, pretendiendo indicar así que su buena acción quedaba pagada. De vez en cuando, mandaba una carta a su mujer, a la que no veía desde hacía más de doce años y a la cual escribía cuando, muy de tarde en tarde, caía un sello en sus manos.

En alguna ocasión entraba en alguna partida para mantener sus muñecas flexibles y su cabeza clara. Eddie se había propuesto no crear una especie de banco hasta pasados algunos días. Se portaba así por dos razones: primera, para no perder el tiempo, y segunda, porque Eddie siempre prefería no darse a conocer demasiado pronto. Además de que era preferible dejar correr el dinero un poco antes de apoderarse de él. Había, aún, otra razón: Eddie prefería reservarse para el domingo, día en el que siempre se había encontrado particularmente dispuesto. Un domingo, y quede claro que ésta es la versión de Mulligan, Eddie había limpiado por completo a toda una asamblea celebrada al aire libre y se había librado de sus iras ofreciendo entregar el diez por cien de sus ganancias a obras de caridad.

Conforme fue avanzando la semana, fueron jugándose menos partidas. Y al haber menos, los riesgos que se corrían en ellas eran mayores. El sábado hubo sólo cuatro, importantes todas ellas, lo que hizo que Eddie empezara a interesarse de verdad. Por la mañana, jugó tranquilo. Pero por la tarde, ya empezó a mostrase más activo. Sólo intervino en dos partidas, para no estar cansado el día siguiente.

A las diez de la mañana del día siguiente, Eddie apareció en cubierta, limpio, peinado y con la ropa perfectamente arreglada. El juego ya estaba empezado, aunque de momento sólo tres jugadores intervenían en él. Eddie dijo como quien no quiere la cosa:

—¿Es posible jugar dos o tres pasadas?

Los tres lo miraron despectivamente. Un polaco, con un ojo azul y el otro castaño, le contestó con grosería:

—A todas las ranas les es posible, soldado.

Eddie, afectando delicadeza, sacó todo su dinero. El polaco suspiró de felicidad, y los otros dos, sintiendo también que llegaba la fortuna, se frotaron las manos, como para calentarse los dedos. Eddie se preocupaba de su bolsa con la misma modestia con que

una mujercita se ajusta los tirantes de un traje de noche sin tirantes. Se arrodilló junto a la manta y dijo:

—¿A cuánto es la partida?

Al momento ya estaban rodeados por un muro de espectadores. Nada más iniciado el juego, el polaco empezó a hacerse notar, y el denso círculo de espectadores a hacer comentarios acerca de las excelencias de la partida. De todas partes empezaron a llegar soldados que no querían perdérsela, a pesar de que sólo unos pocos podían enterarse de las incidencias del juego.

El polaco apostó, al rato, cuatrocientos, y sus dos compañeros del principio abandonaron. Todos miraron a Eddie, y éste tomó su bolsa y sacó un montón de billetes pequeños hasta completar sobre la manta el total de la apuesta. El polaco le echó una mirada de indignación, y luego le sonrió. Una treta muy útil en el póquer, pero de poca efectividad en los dados. Tomó los dados en la mano y los sopló. Sacó un 8, que tuvo la virtud de llevar la sonrisa a sus dos ojos. Volvió a tomarlos en la mano y a soplarlos, y otra vez los lanzó: ahora aparecieron un 4 y un 3.

Eddie, tranquilo y seguro, atrajo hacia sí el cubilete verde, y sacando doscientos más de su bolsa, los dejó sobre la manta.

—Todo o nada —propuso.

El polaco aceptó, y Eddie lanzó y sacó un 6 y un 5.

El polaco se abalanzó sobre los dados y los miró cuidadosamente para estar seguro de que eran los mismos que había usado él. Luego, con los ojos echando chispas, miró a Eddie. El montón de dinero tenía diez pulgadas de altura y era ancho como un gallo de corral.

Eddie canturreaba para sus adentros al lanzar por segunda vez. Apareció un 7. El polaco resopló. La respiración de todos los demás estaba, sin embargo, parada, y se oía sólo el ruido de los motores. Todos miraban con la boca abierta, asombrados por la extraordinaria jugada.

Mirando furioso a Eddie, el polaco arañó el suelo. Sobre la manta, había dejado una semana entera de fatigoso jugar. Eddie seguía tranquilo, moviendo suavemente los dados, no agitándolos ni soplándolos ni, mucho menos, implorándoles. Simplemente, los dejó rodar con una fe infantil. Durante un rato, estuvo con la vista clavada en el montón de ojos que, a su vez, lo miraba a él. Y, de

pronto, su expresión se convirtió en una mueca de horror.

—No —se limitó a decir—, algo no debe de estar bien. El domingo siempre gano.

—Señor —intervino un sargento—, hoy no es domingo. Hemos cruzado el Ecuador. Perdimos el domingo.

De todos modos, es sólo una de las mentiras de Mulligan.

ÁFRICA

AVIÓN CON DESTINO A ÁFRICA

EN UN PUESTO DEL NORTE DE ÁFRICA (VÍA LONDRES) (26 de agosto de 1943). A las nueve de la mañana te llega la confirmación de haber sido aceptado para ir a África. Entonces vas al despacho del oficial de transporte.

—¿Le va bien salir esta noche? —te pregunta él—. Tendrá que presentarse en tal sitio a las 7.30. No se retrase.

Es aproximadamente mediodía, y hay que hacer las mil cosas necesarias cuando uno va a cambiar de continente. Haces las maletas, sin incluir en ellas las cosas que no son imprescindibles: ropas de invierno, papeles y libros. Vas a ver a la gente con la que has hecho amistad y te despides de ella.

A las 7. 30 llegas a la dirección indicada, y, a partir de entonces, ya no dependes de ti. A las ocho menos cuarto, te subes a uno de los coches del Ejército, y eres llevado a la estación. Un tren militar aguarda. Un tren al que se le llama «tren fantasma», no sabe adónde va. Unidades de todas las clases suben al tren: personal de combate que va a los barcos a que ha sido destinado; coroneles que vuelven a casa después de meses en el campo de batalla; correos cargados con sacos y paquetes de correspondencia… El personal de combate lleva pistolas y armas blancas y acarrea grandes sacos. Son casi todos oficiales muy morenos que han estado sirviendo en el desierto y parecen extenuados. La tripulación de un bombardero que todavía no ha entrado en acción bebe cerveza inglesa y se esfuerza por cantar un poco. Eso hasta que suena un silbido, avisando a todos de que es la hora de subir al tren.

En el tren, es imposible hallar sitio. Y todos tienen que acostarse. Los del bombardero con alma de cantantes se apoyan en las ventanillas y piropean a las muchachas al arrancar el tren.

Luego, empiezan a cantar *Home on the Range*, pero nadie les oye debido al ruido que mete el tren. La cerveza no ha sido lo suficientemente enérgica para darles más fuerza para cantar. El agudo ruido del tren rasga la noche. Las ventanas están cerradas y pintadas, de forma que la luz no puede verse desde fuera. Los cantantes se callan, al fin, y todos intentan dormir.

A las 4. 30 de la madrugada, el encargado de la despensa abre todas las puertas, entrega una taza de té a cada uno y se marcha. Rápidamente bebes el té y te afeitas, con el fin de estar fuera del tren a las 5. Hace frío y llueve cuando sales al exterior. No sabes dónde estás. No te lo han dicho. Los autobuses del Ejército aguardan para trasladarte al campo de aviación. Se ven por doquier profundos lodazales formados por la lluvia. Entras en un autobús que, en breves momentos, te deja en un aeropuerto grandioso. Este aeropuerto es uno de los del grupo de Transporte Aéreo, encargado de llevar hombres y provisiones a todas partes. Por el campo hay dispersos multitud de cazas, difícilmente visibles a causa del aguacero. Los C-54 están dispuestos para salir.

Es confortable esta base. Hay grandes salones, bar y restaurante. Afuera hace frío, pero las chimeneas de dentro consiguen una temperatura agradable. En el salón principal hay mucha gente aguardando la hora de partida. Hay hombres que llevan aquí una semana y otros recién llegados. De un altavoz sale algo cantado por Dinah Shore. Los hombres duermen en los asientos.

El oficial de Control te dice:

—Vuelva a la una y media y le comunicarán cuándo va a salir usted.

La ciudad más próxima está a varios kilómetros de distancia. El personal vaga por los alrededores durante unos momentos y luego regresa al salón para leer revistas ilustradas, revistas que leen con interés, pese a encontrarlas poco divertidas.

El oficial sigue anunciando a cada uno la hora en que va a partir.

—Usted, probablemente, saldrá a las 8.

Una nave está preparada para salir; regresa a casa. Los hombres que van en ella, mañana estarán en Nueva York. Hasta los que acaban de llegar miran con envidia a los afortunados. Muchos se dirigen a ellos antes de que partan, todos con algún mensaje:

«Llama a mi esposa y dile que me has visto. Toma, éste es el número de su teléfono». Todos enviarán cartas por medio de los compañeros que marchan, pese a que está prohibido.

Los hombres que regresan a casa se apuntan todos los números que les dicen. Se dan perfecta cuenta de lo que significa el regreso, y están muy contentos por ello. Entran en el avión, y la puerta se cierra. Es un cuatrimotor, y no hay que encogerse para poder entrar en él. Los que quedan aquí observan cómo el aparato desaparece en la lluvia antes de separarse del suelo. El campo, de repente, queda muy solitario. Los hombres vuelven junto al fuego y a los números atrasados de *Esquires* y *New Yorkers*, números del *Life* de abril y mayo.

—El avión con destino a África parte dentro de quince minutos —anuncia el oficial.

Parecía que el avión iba a ir completo, pero, en realidad, parte llevando a bordo la tripulación del bombardero y dos civiles. Es un C-54-A, lo cual significa que dispone de cómodos asientos y que es mayor que la mitad de un avión de transporte. Ahora los del bombardero están preparando sus petates y sus paracaídas, y colocándose las pistolas y las bayonetas. Y gastando bromas; África no significa nada para ellos.

En un instante, todos empiezan a tiritar bajo la fría lluvia, mientras se anuncian en voz alta los nombres de los que van a partir. Luego, cada uno sube la escalerilla y entra en el avión. Todas las ventanillas están cerradas. No se ve qué hay fuera. Y no piensan en si los de afuera los ven. La puerta del avión se cierra y en seguida puede escucharse el ruido de los motores.

ARGEL

(VÍA LONDRES) (28 de agosto de 1943). Argel se ha convertido en una ciudad fantástica. Un lugar de extrañas mezcolanzas, que ha conseguido ese revoltijo por influencia de las tropas británicas y norteamericanas. Numerosos jeeps y autobuses cargados de soldados se cruzan con camellos y viejos carromatos. La luz del sol es cegadoramente blanca en tan blanca ciudad, y, cuando no sopla la brisa, el calor es agobiante.

Los caminos están repletos de camiones cargados hasta los topes de uvas frescas; de convoyes militares; de árabes a caballo; de canadienses; de estadounidenses y de tropas nativas de la Francia libre con altos sombreros rojos. Hay uniformes de todos los colores y de todas las combinaciones de colores. La mayor parte de las tropas coloniales francesas viste uniformes estadounidenses porque carecen de los suyos propios.

Cuando se aproxima un uniforme caqui, nunca se sabe si en su interior habrá un árabe o un senegalés.

Las lenguas que se hablan en las calles son fascinantes. Raramente se mantiene una conversación en una sola lengua. Pero nuestras tropas no encuentran dificultades para hacerse entender. Por eso puede verse a un soldado que habla con puro acento de Georgia, conversando con un legionario y un árabe de los de chilaba. Naturalmente que para hacerse entender utilizan el lenguaje de las manos, con alguna que otra palabra en francés.

Los otros responden en árabe y en francés e, igualmente, utilizan los gestos; y, aunque pueda resultar extraño, ocurre que unos y otros se entienden perfectamente. Para hablar de bebidas hay una especie de gesticulación estándar. La mímica sobre la amistad, el enojo y el amor puede también considerarse estándar.

La moneda sí es un problema. Un franco equivale a dos centavos de dólar; normalmente, son billetes de cinco, diez, veinte, cincuenta, cien y mil francos. Es un papel que, con el uso, se rompe fácilmente. Llevado en el bolsillo, llega a empaparse de sudor, y ocurre a menudo que, al sacarlo, queda hecho pedazos en las manos. En algunos establecimientos no admiten moneda deteriorada, lo cual pone trabas al soldado, porque gran parte de la moneda que tiene no está sólo deteriorada sino, además, tan gastada que sus números son casi irreconocibles. Un fajo de papel moneda es como un manojo de lechugas ajadas por el calor. Además, hay muchos billetes americanos, la llamada moneda de invasión, que se diferencia de la moneda de casa por llevar un sello dorado impreso en su anverso. Estos billetes son rígidos y perdurables, comparados con la moneda argelina.

Aquí ha surgido un tráfico turístico totalmente nuevo: Un soldado puede comprar cestas, alfombras malas, ventiladores, cuadros al óleo… igual que en Coney Island. Muchos, con instinto de urraca, no podrán regresar jamás a casa con la colección que han llegado a acumular. Poseen fragmentos de ruinas, navajas, pistolas, trozos de metralla, cascos, además de las típicas cestas y alfombras. En cada caso, el coleccionista tiene a alguien de casa en mente cuando realiza sus compras. A la abuela le gustaría este chai argelino, y esta bayoneta italiana es justamente lo que necesita tío Charley para poner en la chimenea junto a la otra, francesa, que consiguió él mismo en la anterior guerra. De repente, llegará la orden de partida con el equipo de combate, y los montones de colecciones tendrán que ser dejados a alguien, con instrucciones para su envío; instrucciones que nunca se cumplirán. Y en el puesto siguiente ocurrirá lo mismo otra vez. Estados Unidos es un país de grandes coleccionistas.

A las cinco, las terrazas de los hoteles están repletas. Es la hora en que la gente se reúne a tomar alguna bebida y a mirarse los unos a los otros. No hay licores fuertes. Vino fresco, limonada y naranjada son las bebidas corrientes. Hay cerveza de cacahuete, que de veras tiene sabor a cacahuete. El vino es bueno y refrescante, un poco raro para un paladar acostumbrado al whisky, pero aceptable.

Los soldados se sientan en las terrazas, alrededor de pequeñas mesitas, y se encuentran con las mujeres con que están citados. Las

mujeres francesas han conseguido aquí un cierto bienestar. Llevan zapatos de gruesas suelas de madera, pero atractivos, y las pocas ropas que llevan están siempre limpias y bien arregladas. La escasez de material para teñir o decolorar el pelo ha dado pie al nacimiento de una nueva moda. Una parte del cabello se decolora y se peina por encima de la parte no decolorada. Produce un efecto extraño, aunque no desagradable.

También alrededor de las cinco, pequeños negros invaden las calles, muchachos con paquetes de periódicos, que gritan: *Stahs'n Straipes, Stahs'n Straipes*. El diario del Ejército ha salido de nuevo. Éste es el único diario que consigue la mayor parte de nuestros hombres. De hecho, llegan pocas noticias aquí. Nueva York y Londres están mucho mejor informadas que este rincón tan próximo a las zonas de combate. Pero parece ser cosa cierta que a medida que uno va entrando en acción va perdiendo el interés por conocer las noticias acerca de lo que ocurre en los frentes.

Los soldados que están aquí no están tan interesados en la marcha de la guerra como los que aguardan en campos de instrucción, en casa. Aquí las cualidades del rancho, la animosidad del sargento o el precio del vino son mucho más importante que la guerra.

Es un país loco, brillante y de ensueño. Probablemente, nuestros soldados lo recordarán como un torbellino de color y de chachara políglota. El calor pone un poco de aturdimiento en sus cabezas, de manera que muchas impresiones se van borrando. Pero, aun así, todos tendrán qué contar de Argel después de la guerra; cosas reales unas, y no sería raro que improvisen un poco sobre la marcha.

UN RELOJ ROBADO

EN UN PUESTO DEL NORTE DE ÁFRICA (VÍA LONDRES) (31 de agosto de 1943). Es más de medianoche. El sargento y su teniente marchan en un jeep por la carretera de Sidi-Bel a Oran. El sargento ha esculpido en la culata de su ametralladora el morro de un bombardero, y está empezando a esculpir figuras. Lo hace, en los ratos libres, con su navaja de bolsillo. Es una silenciosa noche africana, repleta de estrellas. El teniente es muy joven y bastante dado a depender en gran parte de su sargento. El jeep salta y zumba sobre la calzada.

—Subamos hasta el campamento de los ingenieros y tomemos una taza de café y un bocadillo —propone el teniente—. Dé la vuelta en la próxima esquina.

Al momento se acerca un camión de transporte de armas rugiendo a casi noventa kilómetros por hora. Ilumina el jeep y toma la curva derrapando con rapidez.

—¡Santo Dios! —exclama el sargento—, ¿voy tras él?

—Sí, sígalo —ordena el teniente.

El sargento toma la curva. En la distancia, aún se pueden ver las luces traseras del camión. Pero, al fin, se detiene junto a un campo. El jeep lo alcanza y el sargento salta afuera con el teniente tras sus pasos.

Tres hombres están sentados en el asiento delantero del camión. Están completamente bebidos. El sargento ilumina con su linterna la parte trasera. Hay dos botellas de vino vacías en el suelo del camión.

—Salid —dice el sargento.

Cuando lo han hecho, el sargento los cachea, incluso los bolsillos traseros y los pantalones por debajo de las rodillas. Los tres

soldados van bastante manchados de barro.

—¿Quién conducía? —pregunta el teniente.

—No lo conozco —dice un regordete soldado—. No lo había visto jamás. Ha saltado a tierra nada más verlos acercarse. Nunca lo había visto. Estábamos paseando cuando nos preguntó si queríamos ir con él. —El regordete se atrepella al hablar.

—¿De dónde habéis sacado la bebida?

—¿Qué bebida, sargento? No sé de qué está usted hablando.

—Sabes muy bien de qué hablo. —Y añade—: ¿Echo una ojeada por los alrededores, señor?

—Vaya —dice el teniente.

El sargento llega al borde del campo y enciende su linterna. No tarda en regresar.

—No se ve nada, señor —dice. Y a los hombres—: ¿De dónde habéis sacado el camión?

—Ya lo hemos dicho: el conductor, al vernos, nos ha invitado a subir con él. Luego, al acercarse ustedes, ha huido.

—¿Cómo se llama el conductor?

—No sé. Le hemos estado llamando Willie, el nombre que él nos ha dado. Nunca en mi vida lo había visto. Nos ha dicho que se llamaba Willie.

—Subid al jeep —ordena el sargento—. He cogido las llaves del camión, teniente. Enviaremos a buscarlo… Vamos, vosotros, subid al jeep.

—Nosotros no hemos hecho nada malo, sargento. ¿Por qué ha de llevarnos? Pregunte a ese estúpido de Willie.

—Callad y subid —conmina el otro.

Los tres se amontonan incómodamente en el asiento trasero del jeep. El sargento da la espalda al grupo, y el teniente, desde el asiento delantero, encañona al trío, que viaja detrás. Sólo el regordete desea seguir hablando. El jeep zumba por las oscuras calles de Oran hasta llegar ante un puesto de Policía Militar, junto al cual aparca. Dentro, luces brillantes los ciegan. Sentados tras de un gran escritorio, hay un sargento y un teniente primero que miran a los que llegan.

—Sacad vuestras chapas y ponedlas aquí encima —indica el sargento. Y comienza a tomar nota en una libreta—. Poned en esta caja todo lo que llevéis en los bolsillos —empuja una caja de puros

vacía hacia ellos.

—Pero éstas son de mi propiedad particular —protesta el regordete.

—Bien, se te dará un recibo… Ponedlo todo aquí y subios las mangas de las camisas.

Los dos compañeros del gordinflón están en silencio y expectantes.

—¿Quién conducía el camión? —inquiere el sargento sentado detrás del escritorio.

—Uno llamado Willie. Pero escapó al ver llegar el jeep.

El sargento se dirige entonces a los otros dos:

—¿Quién conducía el camión? —vuelve a preguntar con autoridad.

Ambos señalan con la cabeza al regordete, pero ninguno de los dos habla.

—¡Bastardos! —les dice éste casi en silencio.

—Súbete las mangas —repite el sargento del pupitre—. ¡Santo Dios!, ¡cuatro relojes de pulsera!… Oye, éste reloj es del Ejército, es propiedad del Gobierno; ¿de dónde lo has sacado?

—Le presté dinero a un compañero. Le devolveré el reloj cuando me pague.

—Pon aquí tu cartera.

El rechoncho saca una cartera de tafilete rojo, y la pone encima de la mesa.

—Deseo también recibo de esto. Son mis ahorros.

El sargento abre la cartera.

—¡Santo Dios! —exclama. Y comienza a contar los fajos de billetes, de los que va tomando nota en la libreta—. ¡Diez mil francos argelinos y tres mil dólares! ¡Verdaderamente, llevas ahorrando mucho tiempo, ¿eh, muchacho?

—Son los ahorros de toda mi vida —responde el otro, lastimeramente—. Me dará un recibo, ¿verdad?; es mi dinero.

El teniente que hay detrás del escritorio da señales de vida.

—Enciérrelos separadamente —dice—. Deseo hablarles. Sargento, envíe un destacamento a recoger el camión, y dígales que registren los alrededores. Indíqueles que busquen relojes militares. Serán de un tamaño aproximado al de éste. Imagino que habrá, por lo menos, un millar. Los árabes pagan barbaridades por ellos…

Bien, enciérrelos.

—Ha sido Willie —se lamenta aún el regordete—, un mamarracho llamado Willie que nos ha preguntado si queríamos pasear con él.

Y mira a los otros dos, y en su cara parece leerse: «¡Sois unos cochinos bastardos!».

LA COLINA

EN UN PUESTO DEL NORTE DE ÁFRICA (VÍA LONDRES) (1 de septiembre de 1943). Sligo y Kid han salido con permiso de cuarenta y ocho horas. En Argel los bares cierran a las ocho, pero antes de esa hora, ellos ya están borrachos de vino. Después, aún compran unas botellas y bajan a la playa. La noche es bastante calurosa. Cuando entre los dos han terminado la segunda botella, se quitan las ropas y se lanzan a las tranquilas aguas, en las que permanecen un buen rato.

—Bonita noche, ¿eh, muchacho? —dice Sligo—. Hay imbéciles que acostumbran a pagar mucha pasta por hacer esto mismo, y a nosotros, en cambio, no nos cuesta nada.

—Yo estaría mejor en la Décima Avenida —replica Kid—. Estaría mejor allí que en cualquier otro lugar. Me gustaría ver a mi vieja mujer. Me gustaría asistir a la Serie Mundial de este año.

—Yo preferiría un beso —dice Sligo.

—Yo, entrar en Greek's y tomarme un doble de chocolate con seis huevos dentro —replica el otro. Y saca un poco más la cabeza, para impedir que el agua entre en su boca—. Este lugar es demasiado solitario. Prefiero Coney.

—Demasiado lleno de gente —dice Sligo.

—Y éste, excesivamente solitario.

—Hablando de la Serie, de verdad que no me llama mucho la atención —vuelve a hablar Sligo—. Es precisamente en este tiempo cuando un *fellah* siente la tentación de subir a la colina.

—Supón que hubieras subido a la colina. ¿Cómo irías entonces la infierno? No hay forma de ir al infierno desde la colina.

—Pues iría a casa —dice Sligo—. Iría a la Serie. Sería el primero en llegar a las gradas, como lo era en el año 40.

—No podrías llegar a casa. No hay ningún camino desde la colina hasta casa.

El vino está calentando a Sligo, y el agua está agradable.

—He ganado pasta, y puedo llegar a casa —dice él, negligentemente.

—¿Cuánta pasta?

—Veinte de los grandes.

—No puedes ir.

—¿Quieres apostar?

—Seguro. Acepto. ¿Cuándo me pagarás?

—No te pagaré, rae pagarás tú. Vamos a la playa y te dormiré a golpes…

Los barcos están atracados en los muelles. Han llegado tanques y tropas en lanchas de desembarco, y ahora están ancladas cargando la chatarra, los desechos de los campos de batalla del norte de África, que hay que trasladar a las fundiciones para convertirlos de nuevo en tanques y lanchas de desembarco en buen estado. Sligo y su acompañante se sientan en una pila de cajas y observan los barcos. Por el pie de la colina, se acerca un destacamento con un centenar de prisioneros italianos que han de ser embarcados para Nueva York. Algunos de los prisioneros visten harapos, y otros, ropas caquis norteamericanas, porque los vestidos propios eran demasiado andrajosos. Ninguno de los prisioneros parece estar disgustado por la idea de ir a América. Descienden hacia las entradas al barco y, una vez allí, permanecen agrupados, esperando órdenes para subir a bordo.

—Míralos —dice Kid—, ellos van a casa, y nosotros debemos quedarnos… ¿Qué haces, Sligo? ¿Por qué te manchas de aceite todo el pantalón?

—Veinte de los grandes —dice Sligo—. Ya te buscaré para cobrarte. —Retrocede, se quita la gorra y se la lanza a Kid—. Toma, un regalo.

—¿Qué estás haciendo, Sligo?

—No me sigas, eres demasiado callado. Veinte de los grandes, no lo olvides. Hasta muy pronto. Te veré en la Décima Avenida.

Kid observa cómo se aleja Sligo, quien, con su sucio pantalón y su rota camisa, llega poco a poco hasta los prisioneros, con los que, disimuladamente, se mezcla.

Se les da una orden a los guardias, y éstos conducen a los prisioneros hacia la entrada. La voz de Sligo se deja oír, lastimera:

—Yo no sabía que estuviera aquí. ¡Eh no me metan en el barco!

—Entra, estúpido —le grita un guardia—. No tengo necesidad de saber si has vivido dieciséis años en Brooklyn. Sube a la pasarela —empuja al forzudo Sligo hacia la entrada.

Desde las cajas, Kid lo observa con admiración. Ve a Sligo llegar a la barandilla, lo ve protestando todavía y luchando por regresar al muelle, le oye gritar:

—¡Eh, yo soy americano, soldado americano; no me podéis meter aquí!

Kid ve a Sligo resistiendo aún, y luego, el triunfo final: Sligo coge a un guardia por el brazo, y la porra de éste entra en acción. Sligo se derrumba y es llevado, definitivamente, a bordo del barco. «El hijo de un artillero —murmura para sus adentros Kid—, el ingenioso hijo de un artillero. Tendrá testigos, y no podrán hacerle nada. ¡Bien por el ingenioso hijo del artillero! ¡Dios mío, veinte de los grandes!»

Permanece sentado sobre las cajas durante un buen rato. No va a abandonar el lugar hasta que el barco leve anclas y los remolcadores lo pongan en situación de navegar. Kid ve el barco unirse al grupo y ve a los destructores avanzar y tomar el convoy bajo su protección. Kid se marcha tristemente hacia la ciudad, compra una botella de vino argelino y se dirige hacia la playa para dormir las cuarenta y ocho horas de su permiso.

LA AMENAZA DE LOS *SHORT SNORTERS*

EN ALGÚN LUGAR DE ÁFRICA (VÍA LONDRES) (2 de septiembre de 1943). El aumento de *short snorters* es una de las mayores amenazas que pueden derivarse de esta guerra tan larga. La idea nació durante un tiempo en que muy poca gente sobrevolaba el océano en avión. Llegó a estar de moda entre el personal de los aviones escribir sus nombres en un billete de un dólar, lo que hacía un *short snorters* del nuevo pasajero transoceánico. Se pensó conservar este billete siempre consigo. Si alguna vez era preguntado si era un *short snorters* y no tenía el billete firmado encima, estaba obligado a pagar un dólar a cuantos hubiera presentes cada vez que se le hiciera la pregunta. Era una broma muy graciosa y una forma de obligar a alguien a pagar las bebidas.

Pero después vino la guerra y la construcción de miles de aparatos, y el transporte en aviones de millares de hombres a ultramar, y cada uno se convirtió en un *short snorter*s. Ahora, cuando tanta gente ha sobrevolado ya el océano, hay cientos de miles de *short snorter*s, centenares de miles que llevan billetes firmados. Aunque el nuevo *short snorter* va mucho más allá, ya que su billete aparece firmado por todo el personal que va con él en el vuelo inicial. En el bar, incluso, cuando se espera la partida del avión, se pide a los generales, senadores y demás que firmen el billete.

Al aumentar los autógrafos, ocurrió que un billete ya no fue suficiente. Y había que procurarse otro, y unirlo con cinta adhesiva al primero. Luego, la cosa fue más lejos. Se empezaron a coleccionar billetes de otros países. Al dólar americano, se le unía una libra inglesa, y a ésta un billete de cincuenta francos argelinos, y a éste un billete de cien liras. Cada lugar al que uno iba,

representaba una nueva moneda en su creciente *short snorter*s. Ahora, en fin, hay gente que tiene tiras de tres y cinco metros de largo y que, dobladas y enrolladas, hacen mucho bulto en el bolsillo. Y estas tiras, cubiertas de miles de nombres, representan también una considerable cantidad de dinero. Hasta el ordinario billete de un dólar ha desaparecido; muchos de los nuevos *short snorter*s usan billetes de veinte y algunos hasta de cien dólares.

Éstos son los nuevos libros de autógrafos. Esta costumbre ha dejado de ser una cosa inocua y sin importancia. En bares, aeropuertos, clubs, lo primero que debe hacerse es algo así como un cambio general de firmas. Caballeros serios e inteligentes se firman unos a otros billetes, con absoluta seriedad. Y si la reunión es muy nutrida, ya pueden prepararse una hora antes para tener tiempo de firmar cada uno el billete de los otros. Mientras tanto, la sopa se enfría.

Hay algunas partes de los billetes especialmente aptas para los autógrafos. El pequeño espacio que hay bajo el nombre de Morgenthau es uno de ellos. El ancho espacio existente junto al retrato es otro. Si uno consigue un autógrafo realmente interesante, lo hace escribir en un espacio claro; pero si es una firma corriente, se pone en algún lugar de la parte verde, donde difícilmente destaca del resto. Es una cosa frenética, insensata, carente de la más mínima seriedad. Hombres de probada dignidad hacen lo imposible por conseguir autógrafos. En un estuche especial, hecho generalmente de celofán, se lleva normalmente el billete, o las largas tiras de billetes, porque estos tesoros están tan manoseados que se caerían a trozos, si no se les protegiera.

El esfuerzo y el tiempo que se pierden con esta curiosa manía es inmenso. Los huéspedes que viajan por entre nuestras tropas firman literalmente miles de billetes de *short snorter*s. A la gente no le hace falta más que atravesar volando un océano para ser miembros del grupo. El club es grandioso. Probablemente, ahora haya diez millones de *short snorter*s, y son por millares los que se dedican cada día a emborronar sus billetes. Sería interesante saber cuántos billetes han sido retirados de la circulación para ser usados como libros de autógrafos. Deben de ser millones.

El uso de billetes grandes como billetes de *short snorter*s tiene una curiosa lógica. El hombre o la mujer que usan un billete de

veinte o de cien dólares piensan que jamás se desprenderán de él a causa de las firmas que contiene; pero también piensan que si lo necesitan, pueden utilizarlo. Por eso pueden decir que, al mismo tiempo, tiene una moneda sin valor y un tesoro. Y no lo gastan en un bar ni lo apuestan en una partida de dados; pero, en caso de apuro, el billete es tan válido como cualquiera.

De una guerra surgen prácticas muy curiosas, y seguramente ninguna más extraña que ésta que se ha adueñado de la gente recientemente.

DEPÓSITO DE CHATARRA

EN UN PUESTO DEL NORTE DE ÁFRICA (VÍA LONDRES) (5 de septiembre de 1943). Hay un enorme cercado en la frontera de cierta ciudad norteafricana. Es un gigantesco campo al que son llevados tanques, camiones y artillería destruidos, y en el que quedan para examen. Hay General Shermans con las torrecillas fuera de combate, las ruedas rotas y la maquinaria destrozada. Hay camiones que han caído en los agujeros abiertos por las granadas. Hay cientos de motocicletas destruidas y muchas piezas de artillería rotas o incendiadas, los escombros de meses de amarga lucha en el desierto.

En este gran cementerio hay también talleres de reacondicionamiento y reconstrucción. Los inspectores del ejército van hasta los montones de equipo destruido. Echan una ojeada a cada pieza y ven lo que se puede aprovechar. Quizás este tanque, con la torreta limpiamente destrozada por un 88 alemán, irá de nuevo a la lucha con la torreta de otro que tiene las ruedas hechas polvo. Muchos de los tanques correrán de nuevo, pero los que ya no tienen arreglo posible darán sus partes útiles a otros que están en buenas condiciones. Esta instalación es semejante a los cementerios de automóviles que existen en las ciudades de Estados Unidos, donde, por un precio bajo, se puede comprar la transmisión o la rueda que servirá al coche propio para su reparación.

Los motores de los camiones destruidos son separados de los mismos y colocados en otros reconstruidos. Se hace un examen completo de todo; se reajustan motores, torres; se colocan faros nuevos; se hacen pruebas y, finalmente, se dejan listos para ser repintados de color verde. Muescas, transmisiones, engranajes, son limpiados al vapor y, una vez inspeccionados, guardados en

armarios, para cuando tengan que ser utilizados como piezas de recambio. En un extremo del campo hay montones de neumáticos apilados. En este campo trabajan cientos de hombres poniendo de nuevo en funcionamiento los equipos destrozados.

En un espacio está la pequeña artillería averiada las ametralladoras antitanques de 20 y de 37 milímetros. Algunas de ellas han sido usadas tantas veces que sus cañones están quemados. Otras tienen sólo un neumático reventado o una gualdera torcida. Todas ellas son clasificadas y dispuestas para su reparación. Se les cambia los cañones quemados por otros nuevos, dejando aquéllos en el montón de escombros. Hay una gran pila de desechos de metal en la que se va amontonando todo lo inútil. Los barcos que vienen de casa trayendo abastecimientos para el Ejército, se vuelven llevando sus bodegas llenas de estos desechos destinados a las factorías en donde serán convertidos en nuevo acero para nuevos equipos.

Es interesante ver al norteamericano que hace unos meses estaba reparando motores en el garaje de una pequeña ciudad reparando ahora la enorme maquinaria de un tanque General Grant. Aun cuando el hombre no ha cambiado en nada. Es todavía el hombre experto en motores. Y no viste de manera muy distinta a antes, pues sus ropas de trabajo de ahora son muy parecidas a los monos que ha estado usando durante tantos años.

Junto a ellos, trabajan franceses y árabes, hombres que aprenden de los nuestros a separar la maquinaria todavía en buen estado, que aprenden sin que casi medie una docena de palabras, pues nuestros hombres no conocen el idioma de los otros. Pero se entienden por medio del lenguaje de los signos.

El equipo destruido entra aquí procedente de los campos de batalla. La guerra moderna es muy complicada. Ya no se trata de la lucha de hombres contra hombres; ahora luchan máquinas contra máquinas. Y éstas tienen tanta importancia que hay que procurar reparar cuantas sea posible.

Pero hay cicatrices terribles en los vehículos. Concretamente, en este tanque hay una salpicadura de sangre en el acero de la torreta. Y en ese otro hay un pedazo de ropa chamuscada y un zapato carbonizado y retorcido. Además, en casi todos existe el recuerdo de quienes lo ocuparon, en forma de dibujos e inscripciones en las

paredes interiores. Por lo general, todos los vehículos del ejército tienen un nombre, el nombre de una muchacha, en la mayoría de los casos. Aunque, otras veces, este nombre lleva consigo una idea de valor y valentía, como el *Hun Chaser*. Éste sufrió un duro golpe, sin embargo. Como otro, que aparece sin ruedas de transmisión y con la parte superior de la torreta arrancada por una pesada granada y cuyo nombre permanece, no obstante, completamente claro: *Lucky Girl*. Cada uno de los vehículos que pueblan este campo tiene una tremenda historia, aunque en muchos casos éstas han muerto al tiempo de morir el conductor y el resto del personal. Y hay pequeños rótulos alrededor de los cañones de las ametralladoras, uno de los cuales, por ejemplo, dice: LA COZ GOLPEA DE LADO, Y ESO ME TIENE ASUSTADO. Y Otro dice: ES IMPOSIBLE ATINAR A UNA GRANJA, SÓLO CON ESTO. Estas ametralladoras, reparadas, repintadas y nuevamente camufladas, volverán otra vez al campo de batalla.

Hay un constante ruido de martillos y silbidos de tubos a vapor. Los hombres trabajan desnudos de cintura para arriba, bajo el ardiente sol africano, sus pieles, quemadas, casi negras. Pequeñas grúas van como locas de una parte a otra, transportando montones de piezas, amontonando maquinaria, rompiendo las completamente inservibles para intentar sacar de ellas algo aprovechable.

ITALIA

INSTRUCCIÓN

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (29 de septiembre de 1943). Las tropas se instruyen en las playas del norte de África para el desembarco en las playas italianas. Hace calor y se levanta mucho polvo. Un poco alejadas de la costa, hay diversas piezas de instrucción para trabajar con ellas. En barcazas de desembarco de madera hay agazapados unos hombres que, a una señal y al retirar la rampa existente ante ellos, atacan y toman posiciones. Tirarse a tierra rápidamente, y hacerlo detrás de algún montecillo de arena que te proteja de los cañones enemigos, es de vital importancia en los desembarcos.

Los soldados se entrenan a entrar en el agua, levantando más y más polvo, nubes de ese polvo rojizo del África, del mismo color rojo que tiene el suelo de Georgia.

Y, cuando los hombres han aprendido ya a saltar de las barcazas y a atacar poniéndose a salvo, a correr luego otra vez, y todo ello quedando tan pocos como sea posible a la vista de los oficiales observadores, entonces se les enseña cómo deben conducirse ellos mismos para entrar en una ciudad enemiga.

Hay escenarios como los de los viejos tiempos de Hollywood, fachadas de madera y edificios grandes y pequeños con las ventanas abiertas y formando pequeñas calles entre ellos; y allí los hombres aprenden a, agachados, escabullirse por debajo de los muros. Aprenden con las granadas de maniobra a hacer saltar un cañón situado ante un edificio, y resulta un poco extraño verlos entrenarse como si de un juego se tratara. Así, durante varias semanas.

Cuando están acostumbrados a todo ello, cuando reaccionan casi instintivamente, son finalmente llevados a las playas mediterráneas, esas largas y blancas playas mediterráneas, tan iguales todas,

iguales las norteafricanas a las de Salerno. El agua es increíblemente azul en ellas, y muy salada, agua en la que uno flota como si fuera un corcho. Y, en ellas, en esas playas, los soldados practican con auténticas lanchas de desembarco. Los equipos salen al mar, y luego regresan y hacen carreras por la playa. Y se ensaya con rampas de hierro, rampas usadas para saltar a la arena desde las barcazas. Los hombres, una vez en la arena, se echan al suelo y se arrastran por él, zigzagueando hasta el lugar en que empiezan los viñedos. Esos viñedos que también hallarán en Italia.

Cuando los soldados han practicado un rato, llega el momento de los cañones, que empiezan a disparar por encima de sus cabezas. Pero no muy por encima, para que, así, ellos mismos tengan mayor interés en correr agachados.

Es entonces cuando, en grandes grupos, corren hacia los viñedos y, arrastrándose a través de las viñas, se adentran en tierra. Es asombroso el número de hombres que puede desaparecer dentro de un viñedo.

En Argel las oscuras uvas ya están maduras. Los hombres les arrancan de los racimos y las comen, sin miedo a la disentería. No hay forma de evitar que un hombre se quite el polvo y la sed comiendo uvas maduras, particularmente si los racimos cuelgan sobre su cabeza, cuando ellos yacen bajo las viñas.

Una y otra vez, conquistan este pequeño sector, y después trepan y conquistan también las alturas. Tienen que aprender a hacerlo durante el día porque tendrán que hacerlo al despuntar el alba. Ahora, cuando el entrenamiento ha terminado, los hombres vuelven a la playa, se desvisten y juegan en el agua. El agua está caliente y deliciosa, y la sal irrita los ojos. Los cuerpos se vuelven más y más morenos cada día que pasa. Hasta que, al final, apenas son un poco más claros que los árabes.

Por la noche están agotados pero, en cualquier caso, muy poco hay que hacer en África cuando oscurece. Ni siquiera amor puede encontrarse entre los árabes. Son los seres más sucios del mundo y se cuentan entre los más hediondos. El país, en su totalidad, huele a orina, a cuatro mil años de orina. Este es el olor característico del norte de África. Y, así, a los soldados no se les permite entrar en las ciudades porque hay gran cantidad de enfermedades y, además, existen costumbres y aun reglas que indican la conveniencia de salir

de esas ciudades lo más sucio posible. Tampoco hay gran cosa que comprar, y lo que hay cuesta demasiado porque los precios se han disparado con la llegada de las tropas. Los hombres tienen que echarse a dormir —lo que, por otra parte, tanto necesitan—, en sus pequeñas tiendas, protegidos con mosquiteros, pese a lo cual pasan horas rascándose hasta, en el colmo del cansancio ya, terminar por dormirse. Sus mentes y sus cuerpos han llegado a ser un poco como máquinas. Nadie habla acerca de la guerra; hablan sólo del hogar y de las limpias camas con blancas sábanas, y hablan de agua fría y de helados. Y de sitios sin olor a orina. La mayor parte de ellos deja vagar su imaginación hacia paisajes nevados del Oeste en el invierno, acariciados, no obstante, por el eterno aire caliente de allí. Pero, al fin, vuelve sobre ellos la realidad del polvo rojo, a incrustarse en su piel, y, después de un rato de soportarlo, a hacerse cosa como consustancial. La guerra ha terminado con mucha gente. Sería una falsedad decir que a los que siguen en combate les gusta estar en ella. Estos hombres darían lo que fuera por estar en cualquier otra parte.

INVASIÓN

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (3 de octubre de 1943). Sobre el suelo de acero de los CLI, los hombres se sientan en corro y, por una vez, hablan, ríen e incluso se gastan bromas. Tratan de reducir el importantísimo momento a algo normal, algo ordinario, algo a lo que ellos estén acostumbrados. Se burla uno de otro, de sus defectos físicos, recuerdan anécdotas de días recientes y, al final, el silencio vuelve gradualmente a caer sobre ellos, y permanecen silenciosos porque empiezan a tomar conciencia de la magnitud de esta experiencia.

Son novatos. Han sido adiestrados hasta la perfección, dura y eficazmente. Sólo les falta una cosa para ser auténticos soldados: haber estado bajo el fuego del enemigo. Y nunca serán soldados hasta que hayan cumplido este requisito. Ni uno solo de entre todos ellos sabe qué hará cuando suceda la terrible cosa. Nadie sabe cómo la recibirá; si correrá o si quedará como inmovilizado o si, en fin, se convertirá en un buen soldado. No hay forma de conocer, de antemano, qué es lo que le ocurrirá a cada uno. Y esto es, acaso, lo más enojoso.

Ahí reside la diferencia entre los novatos y los soldados de verdad. Mañana a esta hora estos hombres, los que sigan con vida, serán diferentes. Ellos sabrán entonces lo que no pueden saber esta noche. Sabrán cómo afrontar el fuego. Ahora hay poco peligro; van a seguir el adiestramiento, pues ninguno de ellos sabe que ésta es la noche anterior al día señalado para el asalto. No hay forma de que ningún soldado lo sepa.

A la luz de la luna y echados sobre la cubierta de acero, se miran unos a otros de un modo extraño. Los hombres con los que cada uno de ellos ha estado aprendiendo y haciéndose soldado son extraños,

y cada uno está completamente desligado de los otros. Piensan en el rostro de los amigos, para el caso de que ocurra lo peor: la muerte. ¿Quién seguirá vivo mañana por la noche? En una guerra siempre muere más de uno. Si en las guerras sólo muriera uno, éstas no existirían. No es posible que muera uno solo. Cada hombre a la luz de la luna, mira extrañamente a los otros: ve la muerte. Este es el peor de todos los momentos de la noche anterior al día fijado para el asalto por tropas formadas por soldados novatos. Nunca se repetirá.

Cada uno de los hombres se imagina a su manera cómo será, pero jamás acierta. Cuando uno se lo imagina, lo hace prescindiendo y hasta desconociendo el pensamiento de los demás. Todos están solos bajo la luna, y la multitud de alrededor de cada uno, tomado individualmente, está compuesta de extraños. Nada, al producirse el asalto, será como esto. El fuego y el terrible ejercicio harán de ese tiempo que va a llegar algo que no se conoce ahora. Será un tiempo malo, sin duda, una de esas épocas que evitamos recordar.

No será uno solo de entre estos hombres el que muera. Es imposible que sea sólo uno. Acaso sea más exacto decir que todos ellos son presuntos muertos. La verdad es que, de algún modo, todos están ya un poco muertos. Y casi todos han escrito su carta y la han dejado en algún sitio, con el ruego de que sea enviada si, al final, les llega la muerte. Cartas, algunas preñadas de faltas de ortografía; otras, de deficiente redacción; unas terceras, exageradamente pulidas y llenas de ideas; otras, en fin, breves y escuetas. Todas dicen la misma cosa. Todos dicen: «Desearía haberte dicho esto; pero nunca lo he hecho, nunca he podido hacerlo. Siempre ha habido alguna cosa que me ha impedido decírtelo, y sólo ahora, cuando ya es tarde, puedo hacerlo. He pensado en todo esto más de una vez, pero siempre, cuando he querido empezar a hablar, algo me ha detenido. Ahora puedo decírtelo, pero no quiero que sea una carga para ti. Sé que siempre ha sido así, sólo que no te lo había dicho». En todas las cartas se escribe lo mismo, idéntico mensaje. Toda la soberbia, el orgullo, se derrumba en las últimas cartas. Las cartas a las esposas, a las madres y a las hermanas, a los padres. Hay unas ganas locas de haber sido una parte de alguien.

Los grandes barcos cruzan la noche, pese a que navegan más lentamente y sus máquinas no hacen casi ruido. Las órdenes se dan en voz baja, y se habla quedamente. En algún lugar el enemigo está alerta y, también, en silencio. Esperando. ¿Sabe él que hemos iniciado la invasión? ¿Sabe cuándo desembarcaremos y cuántos barcos llevamos? ¿Está preparado para recibirnos, listos sus cañones y sus morteros sobre la arena de las playas, y la artillería pesada sobre las colinas? ¿Qué está pensando en este instante? ¿Tiene miedo o nos espera confiado?

Los oficiales conocen ya la hora H. La luna se está poniendo. La hora H es las 3. 30, justamente al ponerse la luna, cuando la costa queda sumida en la más completa oscuridad. El convoy queda entre la costa y la luna. Tal vez si el enemigo usara prismáticos podría verlo recortándose contra la luna poniente. Aunque la verdad es que ante nosotros existe una espesa niebla gris. La luna cae por fin en el mar, y todos los barcos y quienes en ellos estamos esperando desaparecemos en la oscuridad; sólo las luces de posición indican la situación de los buques.

También los hombres desaparecen en la oscuridad y el silencio, y uno empieza a silbar, sólo para estar seguro de que sigue aquí.

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (4 de octubre de 1943). En Salerno hay una buena playa, y el desembarco en la Red Beach n. ° 2 es excelente. Los *ducks* llegan con su carga hasta la orilla y, saliendo del agua, corren hacia los camiones; se coloca el muelle flotante, que llega hasta afuera del mar y por él van saliendo los camiones de desembarco. A lo largo de la playa se sitúan diversas rampas para el desembarco de camiones.

Hay pequeños arbustos en las dunas de arena de la Red Beach, al sur del río Sele, y en un agujero en la arena se tiende un soldado que lleva un teléfono. No lleva camisa, y su espalda aparece extraordinariamente morena a causa de la quemazón del sol. Deja el casco sobre la arena, y el rifle, sobre un racimo de matojos para preservarlo de aquélla. Ha montado un remedo de refugio para protegerse del sol, y, además, lo ha recubierto de matojos para camuflarlo. Tiene con él un bote con agua y una de las vasijas para el rancho.

—Seguro que aquí no falta la bebida —dice—. Debe de llover mucho. Pero no me atrevo a explicarte —sigue después— a qué sabe esta agua.

Tomo un poco de ella.

—Sabe mal, ¿verdad?

—Desde luego —respondo.

Desde la cima de las colinas llegan las granadas de los 88, que levantan nubes de arena. Entre la arena y el sudor, aparecen surcos en la cara del soldado. Y su pelo y ojos, contrastando con lo enrojecido de la piel bajo el sol, aparecen muy blancos. Pero existe cierta felicidad en él. Suena el teléfono y él contesta un:

—Aún no ha cruzado, señor.

Y corta.

—¿Cuándo has llegado a la costa? —me pregunta—. Yo justamente antes de rayar el alba ayer. No fui el primero, desde luego, pero seguramente sí el segundo. —Parece estar contento—. Fue un infierno, un infierno sangriento.

Parece causarle satisfacción el recordar ese infierno. Y, en verdad, tiene sus motivos: ha conseguido eludir lo peor del gran problema. Y sabe ya, además, qué es estar bajo el fuego enemigo, sabe ya cómo se comporta bajo las balas y las horribles granadas. Nunca más intervendrá en la guerra sin saber qué es eso.

—Estuve muy cerca de allí —dice, señalando a dos hermosos templos griegos, situados casi dos kilómetros de donde nos encontramos—. Pero me volvieron a enviar aquí, para que sirviera de enlace con la playa. ¿Cuándo dices que embarcaste?

Calla un momento. Pero en seguida vuelve a hablar, otra vez sin aguardar la respuesta:

—Había oscurecido en ese infierno, todo aparecía oscuro para los que esperábamos fuera de él —apunta hacia el mar, en donde permanecen los barcos de la flota de invasión—. Nos hubiéramos vuelto locos de saber que íbamos a desembarcar. Nos esperaban. Sabían exactamente dónde íbamos a desembarcar. Tenían cañones apostados por todas partes, y 88 en las colinas circundantes.

»Desembarcamos de un LCI, completamente apiñados, y al momento, ese mismo infierno que nos aguardaba se hizo presente. El propio cielo estaba lleno de él, un cielo iluminado por esas estrellas que parecían las bombas que no cesaban de dispararnos.

Desde la playa, vi cómo se iban acercando a la costa las lanchas de desembarco; una de ellas tropezó con una mina, y pude ver a los hombres salir despedidos hacia lo alto, como volando, y caer diseminados. Vi a los botes tomar tierra y a los muchachos correr zigzagueando, formando tal vez una línea de blancos, intentando escapar de las balas del enemigo como con contoneos femeninos.

»No parecía que se tratara de hombres matando a hombres, sino de una escena de película. Pero, de pronto, caí en la cuenta de que no se trataba de una película; se trataba de muchachos auténticos tratando de evitar el infierno de las balas. Y entonces sentí cierto pánico. Empecé a pensar en que lo mejor y lo que más me convenía era estar en continuo movimiento, no ser un blanco fijo.

»Bueno, el fuego, de todas formas, terminaría, como terminaría la oscuridad. Y la verdad era que ya empezaba a clarear el día. Pero los 88 seguían en las colinas, disparando. Ellos disponían de gran cantidad de cañones, y los utilizaban para disparar sobre todo. Yo estaba llegando al colmo del espanto cuando recibimos la orden de penetración, y juro que jamás he caminado dando tantos traspiés como entonces. Veía la playa y pensaba que jamás volvería a ella. Pensé que si conseguía quedarme en ella tal vez pudiera quedar fuera de la otra acción, más peligrosa. Sin duda, en el LCI en que viajaba yo había muchos condenados. El que había tropezado con la mina estaba ardiendo todavía cuando pasamos junto a él. Nosotros llegamos a la playa, y colocaron las rampas de desembarco. Sentí el agua hasta la cintura.

»En cuanto estuve en la playa me sentí mejor. Ya no me parecía como si todos dispararan contra mí. Me fui hasta una línea de matorrales, tras la que me dejé caer, lo que también hicieron otros muchachos, todos nosotros un poco aturdidos. Nos levantamos y cambiamos todos de sitio, sin decirnos nada unos a otros. Amanecía entonces y la luz de los fogonazos no era ya tan brillante. Me sentí un poco como borracho. La tierra daba vueltas a mi alrededor y bajo mis pies, y yo me sentía torpe. Imagino que era debido al fuego. Mi oído no estaba ya tan bien. Supongo que debí de ir demasiado lejos, porque fui enviado aquí otra vez —ríe abiertamente—. Pude haber entrado en Roma si no me hubieran hecho volver. Supongo que debí de andar recto hasta aquella colina de allí.

Los cruceros empiezan a disparar sobre la colina, y los 88 responden. Desde muy cerca de la colina, nos llega el sonido enorme de las explosiones de los cañones de calibre 50. El soldado nota que es agradable oírlo; sabe que ahora podría no oír ya. Aún repite otra vez:

—¿Cuándo dices que desembarcaste?

EN EL MEDITERRÁNEO (6 de octubre de 1943). Nunca podrás saber demasiado acerca lo que pasa en una batalla. Esos dibujos reproducidos en todas las historias que muestran largas filas de tropas avanzando, o bien son producto de la imaginación o bien es que los tiempos y la forma de hacer la guerra han cambiado. El relato en los periódicos de la mañana de las batallas de ayer no es un relato de cosas vistas por corresponsales, sino tomado de reportajes.

Lo que en realidad sí ha visto el corresponsal ha sido polvo y las indeseables explosiones de las bombas, matojos cortados y tronchados y trincheras abiertas. El corresponsal de ahora ha yacido sobre su estómago siempre que ha estado con sentido, vigilando en esta postura el movimiento de las hormigas por entre los granos de arena, y tan cerca ha estado de esas mismas hormigas que ha llegado hasta a cortar el camino de ellas con su apéndice nasal.

Ha visto, además, lo que es un ataque. No ordenadas líneas de hombres marchando contra el fuego de los cañones, sino pequeños grupos echando a correr como cangrejos de los pedazos de una cobija a otra cobija aún no destruida, mientras resuenan en sus oídos los cañonazos y se ve por doquier el rojo resplandor del fuego que levantan los disparos.

Quizás el corresponsal ha huido con los soldados, se ha echado al suelo con ellos. Su reportaje será, así, de tácticas y de planes de combate, de territorios perdidos o conquistados, de ataques y contraataques. Lo que sigue son algunas de las cosas que, probablemente, han visto todos los corresponsales en la guerra.

Pueden haber visto las salpicaduras de la suciedad, de la tierra y del polvo levantadas por las explosiones de las bombas, y a una pequeña italiana tirada en el arroyuelo, con el estómago destrozado. Pueden haber visto a un soldado norteamericano gritando, con todo

el cuerpo en tensión. Pueden haber viso mulos muertos, caídos de costado y reducidos a picadillo; el derrumbamiento de casas, con camas torcidas, camas colgando con andrajos por el agujero de alguna pared; carretillas rojas y vehículos para refugiados, completamente destruidos, sin que los que en ellos iban hacia sitios seguros hubieran tenido tiempo de salir de dentro.

Los camilleros regresan de las filas de vanguardia andando en formación abierta. Y la sangre gotea de las lonas. En las camillas todos son hermanos, no enemigos, porque el dolor une. Los heridos, sin embargo, las armas aún dispuestas y la cabeza vendada, muestran en el rostro la pena que les causa el que los lleven a la retaguardia.

El corresponsal puede haber visto el cuadro horrible de la sangre, y haber olido el hedor de ella mezclada con el polvo; sangre de hombres y de animales, de la gran cantidad de hombres y animales muertos la víspera y el día anterior. Y puede haber visto derrumbarse un edificio y haber olido el polvo que la caída de las paredes arranca de éstas. Habrá olido el corresponsal su propio sudor, y el sudor de un ejército entero. Y, cuando su garganta haya quedado seca, habrá bebido el agua caliente de la cantimplora, agua que sabe a desinfectante.

Mientras el corresponsal está escribiendo acerca de ataques y de retiradas, su piel empieza a despellejarse, debido a que lleva tres días con las ásperas prendas de lana puestas; y sus pies están calientes y agrietados, resecos también, por no haberse quitado los zapatos en varios días. Seguramente, la pasada noche habrá sentido la mordedura de los mosquitos, acaso estén a punto de declarársele unas fiebres, fiebres de esas que hacen arder la cabeza y llevan a la visión una especie de círculo rojo. Tal vez al corresponsal le arda la cabeza, por el sol, y le duelan los ojos por el polvo y la suciedad. Con toda seguridad, la rodilla que se lastimó en el desembarco estará ahora hinchada y dolorida, pero en este momento no puede recibir atención médica.

«El Quinto Ejército ha avanzado dos kilómetros», escribe el corresponsal, mientras las filas de camiones levantan grandes polvaredas en las carreteras y los conductores se encorvan penosamente sobre el volante; y, a la derecha, los escuadrones de enterramiento abren fosas en la tierra. Los muertos yacen

amontonados sobre la tierra y, antes de ser sepultados, se le quita a cada uno la placa en la que va anotado su número en el ejército, para llevar un riguroso control de quiénes son los muertos.

Esto es lo que ve el corresponsal mientras escribe acerca de las tácticas y de la estrategia militar, mientras habla de generales y de héroes, más o menos auténticos, o sólo de sí mismo. Coge de su bolsillo una cajita encerada; es su comida. Dentro de la cajita hay dos pequeños paquetitos de duros pasteles de sabor absolutamente insulso. Hay un poco de queso y un tubo de pildoras de vitaminas, una rodaja de limón, con la que conseguir que el agua de la cantimplora tenga un gusto menos malo, y un pequeño paquetito con cuatro cigarrillos.

Esa es su comida, comida con la que deberá mantenerse en constante trabajo y en tensión durante bastantes horas. Y si se ha avanzado, mientras come, sediento, verá cómo se le acercan niños semejantes a insectos, rascándose y sorbiendo por la nariz, con una nariz llena de mocos; y estos niños lloriquearán por una de las galletas e incluso por alguna pastilla vitamínica. Gritarán:

—*Caramela, caramela, caramela…! Okey! Gratias! Good-by!*

Y si él da las galletas a alguno, entonces aparecerán muchos niños más, sucios también y con caras de insecto. Y éstos gritarán también:

—*Caramela… caramela…!*

El corresponsal dará al fin su comunicado y escribirá el informe de la mañana con su máquina portátil: «El Quinto Ejército, del general Clark, avanzó ayer dos kilómetros, contra el denso fuego de la artillería pesada enemiga».

EN ALGÚN LUGAR EN EL MEDITERRÁNEO (8 de octubre de 1943). La invasión y toma de la playa de Salerno ha sido muy dura. Los alemanes estaban esperándonos. En las colinas cercanas, aguardaban sus 88; y sus ametralladoras, en las dunas de arena. Y habían llenado de minas la playa.

Estaban sentados, esperándonos. No tenían otra salida: debían contenernos y, a ser posible, alejarnos. Y, por una vez, hasta pareció que iban a lograrlo. Pero, gradualmente, con nuestra fuerza naval haciendo fuego contra las posiciones que ellos ocupaban y luego

con la ayuda de nuestras reservas del mar, tuvieron que retirarse. Ahora ya todo ha cambiado; nuestros barcos permanecen anclados, en relativa seguridad, cerca de la costa, y la playa está a salvo.

El mar ha estado en calma durante toda la operación. Una tormenta habría conllevado dificultades, pero el mar se ha portado muy amablemente con nosotros. Está suave como la seda, y se extienden sobre él, en una extensión de varias millas, una miríada de embarcaciones fondeadas que resplandecen bajo el sol. El agua está sucia de aceite, además, y hay fragmentos diversos flotando por doquier, restos de algún naufragio. Y hay, también, montones de desperdicios de nuestra inmensa flota: canastos, botellas y escombros que los hombres han ido diseminando por todas partes.

Cerca de la costa están los cruceros, que siguen haciendo fuego, pero ahora sobre blancos invisibles, situados al otro lado de las montañas.

El buque insignia permanece protegido en el centro de la flota. Es como una estación de radio flotante. De ella han salido todas las órdenes, y a ella han llegado todas las noticias. Y todo su personal está completamente exhausto. No ha sido una acción corriente. El buque insignia ha sido bombardeado constantemente. Su personal ha estado en completo estado de alerta las veinticuatro horas del día. Constantemente se ha estado tocando la sirena, oyéndose el pito del contramaestre por los altavoces. Y, siempre que ello ocurre, hay que estar en el puesto asignado, bajo el peso del casco y con la opresión del cinturón salvavidas, mientras rugen los cañones antiaéreos sobre las cabezas y las bombas caen y levantan columnas de agua.

Pocos aviones alemanes han logrado atravesar la línea de defensa propia, pero sí lo han hecho algunos, todos con el mismo punto de mira: el buque insignia. Todos esos aviones lo han buscado con sus bombas. Así, durante cuatro días. Nadie ha dormido. Lo peor es que los aviones enemigos han estado hablándose por radio sin preocuparse de controlar sus mensajes, lo que ha puesto más nerviosos a todos los hombres. Todos los aviones han estado buscando el buque insignia; sabían que, hundiéndolo, desarticulaban al enemigo, a nosotros.

A bordo hay coroneles y generales muy cansados, esperando la orden de desembarcar y establecer cuarteles generales. Se sentirán

mucho mejor cuando estén en tierra. No es bonito ser el banco de todas las bombas enemigas. Pero el buque insignia no ha sido alcanzado. Otros buques de alrededor, sí; pero él, no. Todos han estado pensando en que la suerte era su aliada, pensando en que, a la próxima vez, no podrían evitar el ser los primeros en caer.

Todo lo que había en el mar está siendo arrojado a la playa por las corrientes marinas. Los botes de comida se esparcen a lo largo de muchas millas. Se diría que toda la costa de Italia se está cubriendo de los residuos de la flota desembarcada en Salerno.

Lo que ha intranquilizado más al buque insignia ha sido la noticia de que los alemanes disponen de una nueva bomba. Éste, por lo menos, es el rumor que corre por aquí. Se trata de una bomba que, una vez lanzada, puede ser dirigida desde el avión y controlada por radio. Hasta el extremo que, si la dirección que lleva es errónea, su trayectoria puede ser corregida por el piloto del aparato. Esto es lo que se dice, por lo menos. Seguramente son bombas que no actúan como las otras. Al parecer, descienden lentamente. Y van ardiendo, al bajar, despidiendo como una fosforescencia que las hace visibles incluso a plena luz del día.

Cuando se enciende la señal roja que indica un ataque aéreo, los barcos se mueven en círculo y los pequeños portadores de humo empiezan a arrojarlo activamente; un humo blanco, que huele a azufre y que van dejando escapar hasta que ha quedado sobre toda la flota una densa niebla artificial. El sonido de la tos es, entonces, ensordecedor. Por lo menos, hasta que empiezan a funcionar los antiaéreos. Luego, a través del humo, empiezan a llegar las bombas, con su agudo chillido, bombas que no suenan como otras cualquiera. Sus explosiones llegan a través del agua y hacen oscilar a los barcos. Bombas que se notan en los pies.

Las últimas fuerzas de tierra desembarcan, transportando abastecimientos para los hombres de vanguardia que permanecen entre los matorrales, en las primeras posiciones. Cajas de alimentos, junto con toneladas de granadas y cartuchos. Todo un infierno de munición aguarda en los barcos el momento de ser llevado a tierra. La línea de fuego ha avanzado. La playa es tomada del todo, y la invasión empieza de veras. Los blancos buques hospitales se mueven a lo largo de la costa, recogiendo su carga.

PALERMO

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (11 de octubre de 1943). El mar de Sicilia fluye lentamente todo a lo largo de la costa, en olas suaves y onduladas sin crestas; y el día es claro, el agua, azul, de ese tono azul del Mediterráneo como no se encuentra en ninguna otra parte del mundo. La pequeña lancha sigue su ruta, dejando tras de sí una estela blanca y abriéndose paso, por delante, por medio de su afilada proa. Es el barco que más agua hace, la lancha torpedera. El personal, vestido de goma, va amontonado en cubierta, tratando de protegerse de la ducha constante; y los artilleros, en sus torretas, sentados detrás de las ametralladoras. El agua lo moja todo; las cajas de cartuchos, del calibre 50, están verdes, debido al contacto continuo con el salitre.

Fuera del pequeño barco, a la derecha, flota un cuerpo en el mar, elevándose y descendiendo al compás de las grandes olas. Está muy hinchado. Y, para flotar, se apoya en el grueso cinturón salvavidas.

El capitán viste únicamente un traje de baño, y está descalzo. El primer oficial lleva puesta una chaqueta de goma, pero se ha doblado los pantalones por encima de las rodillas y sus pies también están descalzos. Ambos miran el cuerpo flotante, por encima del lanzatorpedos.

—Podríamos acercarnos y echar un vistazo —propone de pronto el primer oficial.

—No, no es asunto nuestro —responde el capitán—. Debemos ajustamos al horario que se nos ha ordenado.

El primer oficial vuelve a hablar:

—Creo que esto es lo más solitario del mundo: un cuerpo flotando —sentencia el primer oficial—. No hay nada que dé tanto

la sensación de soledad como esto.

El capitán deja de apoyarse en el tubo lanzatorpedos y da una vuelta completa sobre sí mismo, hasta quedar mirando al primer oficial.

—Antes que usted tuve a otro que también pretendía darme consejos —dice—. No me gusta. A veces, pasan cosas.

Calla un momento y, luego, empieza una historia:

—Después de la caída de Palermo aún transcurrió una noche y parte de un día antes de que el Séptimo Ejército entrara en la ciudad. Yo estaba entre los que consiguieron la rendición, apostado con mi patrulla en los alrededores. Tan cerca estábamos que decidimos ir a echar un vistazo. ¿Sabe usted qué quedaba de Palermo? ¡Esa inmensa montaña justo al lado de la ciudad, muy poco iluminada, y la ciudad misma destrozada…! Parecía como si Ulises acabara de abandonarla. Uno, a distancia, podía realmente tener las mismas ideas de Virgilio. Aquello apestaba a clásicos.

»Bien, el caso es que era ya tarde cuando llegamos frente a la ciudad y, deslizándonos hacia el muelle, entramos en ella. Íbamos, naturalmente, dispuestos a echar a correr a la más mínima señal de alarma; pero no ocurrió nada. Entramos en la bahía; estaba realmente destrozada. Por doquier aparecían buques hundidos y grúas retorcidas. E incluso vimos un destructor italiano apoyándose contra el muelle por uno de sus lados.

«Verdaderamente, la fuerza aérea había hecho un trabajo concienzudo. Todo eran edificios, muelles, máquinas y barcos convertidos en chatarra. ¡Lo que hubiera disfrutado un chatarrero!…

Calla durante un instante.

—Me he acordado ahora de ello —prosigue en seguida— porqué también allí el mar estaba aceitoso, por los buques alcanzados, y había un cuerpo hinchado en el agua, el cuerpo de una mujer cuyo pelo, desplegado, flotaba por detrás de ella. El ir y venir del mar la manejaba a su antojo.

»Al principio, no caía en qué era lo que me producía el desasosiego que me embargaba. Luego, lo comprendí: No había nadie por los alrededores. Siempre que se toma una ciudad destruida, se encuentra a alguien merodeando por ella. Pero en Palermo no fue así. Tuve la idea de que sería interesante ir a tierra.

Y el primer oficial que iba conmigo y yo nos metimos en un destartalado bote de pesca, desde el que, llevando una ametralladora cada uno, saltamos al puerto.

»Es difícil describirlo. Aún hoy, al pensar en ello, se me oprime el corazón. Pese a que es una ciudad bastante grande, casi todo Palermo aparecía dañado por nuestras bombas. Sólo la bahía y la parte frontal habían quedado un poco a salvo. Todo eran ruinas. Pero no se veía un alma por ninguna parte; el pueblo había corrido a esconderse en las colinas, y las tropas invasoras aún no habían entrado.

»Podías pasear por una calle de casas grandes y lujosas, y todas con las puertas abiertas; pero no había nadie. A un gato, sí, un gato blanco, lo vimos cruzando, despavorido, la calle. Pero, al parecer, era lo único viviente que allí había.

»Usted conoce esas tarjetas sicilianas en las que hay imágenes pintadas, ¿verdad? Bien, había montones de ellas esparcidas por todas partes. Y, junto a ellas, yacían, muertos también, los vendedores.

»El primer oficial y yo nos adentramos en la ciudad. Constantemente me asaltaba el deseo de entrar en alguna casa, a ver qué aparecía. Pero procuraba no hacerlo. Todo estaba quieto, incluso el viento, y las puertas de todas las casas estaban abiertas; era mejor no entrar en ninguna.

»Aún no habíamos recorrido una buena distancia, cuando empezó a oscurecer. Ninguno de nosotros dos había pensado en la conveniencia de llevar una linterna. Creo que ambos, y no sin razón, sentimos verdadero pánico al observar que caía la noche, y decidimos regresar al punto de partida. Íbamos andando más deprisa cada vez, hasta, finalmente, iniciar una frenética carrera.

»Había algo en la ciudad que nos expulsaba una vez llegada la noche. Las puertas abiertas eran manchas negras, como las profundas tinieblas que iban cayendo. Mientras corríamos por las callejuelas, pensé: «Si apareciera alguien ahora, me llevaría un buen susto». Todo era de un color negro absoluto; pero, sin embargo, aún se veía alguna luz por encima de las casas.

»Íbamos, realmente, volando, hasta el punto de que cuando desembocamos en el muelle, estábamos jadeando. El primer oficial me dijo: «Podíamos haber estado toda la noche explorando».

»Pero él sabía tan bien como yo que no era cierto.
Una enorme ola invade toda la lancha. El capitán dice:

—El recuerdo de aquello es la mejor advertencia. Creo que me asusté tanto que no he podido olvidarlo jamás. Una o dos veces he soñado con ello, con aquella mujer muerta flotando sobre las aguas. Nunca me he sentido tan solo y tan acobardado como entonces.

SOUVENIRS

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (12 de octubre de 1943). Se ha dicho, y no hay poco de cierto en ello, que, mientras los alemanes luchan por dominar el mundo y los ingleses lo hacen por defender Inglaterra, los norteamericanos luchamos por la conquista de recuerdos. Esta opinión es discutible, pero nos da un poco de moral ante nuestros soldados. Se dice que dos divisiones de tropas estadounidenses serían suficientes para, llevándose cada soldado un recuerdo de ella, trasladar la Gran Pirámide a enorme distancia en veinticuatro horas. Este escritor ha visto tiendas llenas hasta el techo de recuerdos sin valor de lugares ocupados por los soldados. En Argel, en Palermo, en Messina y seguramente también en Salerno, la industria de hacer telas coloreadas o celuloide con ornamentaciones, para venderlos a los hombres de caqui, está en pleno auge. En Palermo se vio a un soldado transportando una estatuilla de yeso, de treinta kilos de peso, al dorso de la cual había la inscripción: BALCOME TOO PALERMO. Si las casas de América recibieran y guardaran todos los recuerdos que envían los soldados, no habría sitio para vivir en ninguna habitación. La oficina de correos de un puesto de África detuvo, recientemente, un regalo sentimental que un hombre enviaba a su esposa. Era algo de cierta importancia, que él había adquirido por la respetable cantidad de mil francos: un jarrón que contenía unos dedos conservados en coñac.

Se cuenta también que los templos griegos de Salerno, construidos en el período prerromano, han sufrido más destrozos en dos semanas, causados por los norteamericanos ansiosos de recuerdos, que durante los tres mil años precedentes; y, mientras han soportado el paso de numerosas invasiones a lo largo de su

historia, llevan el camino de no sobrevivir a la fiebre coleccionista de nuestros soldados, quienes, sin excepción, desean enviar una pequeña brizna de templo a su queridita esposa.

El expolio campa a su anchas, pero tiene sus normas. Aunque eso no puede aplicarse al grupo que transporta un piano a gran distancia, pieza a pieza; ni a la banda de músicos cargada con un instrumento de cuerdas de toro con la intención de sustituirlas por otras de alambre de avión, porque estos soldados se han llevado los instrumentos para usarlos. Probablemente, el más célebre recolector de recuerdos de esta guerra es un primera clase anónimo, al que se conoce, sin embargo, por Bugs.

Cuando participaba en la batalla de Gela, en Sicilia, Bugs descubrió entre las ruinas un espejo, que le asombró. Milagrosamente, había sobrevivido al fuego y a las granadas enemigas y propias. El espejo medía seis pies de altura por cuatro de ancho, y su marco, de madera, estaba tallado, representando la talla cientos de figuras de Cupido. Debía de pesar unas setenta y cinco libras, y era tan bonito que le partió el corazón. No podía abandonarlo ahí.

Probablemente, Bugs ha sido quien ha luchado la más dura guerra en Sicilia, pues transportó el espejo a su espalda durante todo el camino. Cuando eran bombardeados, apoyaba el espejo contra el suelo y lo cubría de lodo. Al avanzar, lo dejaba. Pero, por las noches, regresaba siempre a recogerlo, aunque eso le obligara a recorrer el doble de camino que sus compañeros.

Bugs consiguió al final una especie de tirante con el que sujetar el espejo a su espalda, de forma que, cuando avanzaba, ofrecía la apariencia de un hombre-anuncio. Casi sin darse cuenta, fue dedicándole al espejo buena parte de su tiempo. El cuidarlo, transportarlo y protegerlo (el espejo se convertiría en su mejor recuerdo de toda su etapa en el Séptimo Ejército), le llevaba muchas horas. Cuando finalmente llegó a Palermo, lo hizo triunfalmente, pues el espejo estaba completamente intacto, y si sus tallas estaban un poco gastadas, ello era exclusivamente a causa del manoseo.

Ahora, por primera vez desde su llegada al ejército, Bugs se alojaba en una casa, una de esas casas altas con balcones de hierro y escaleras estrechas. Al llegar a ella, Bugs había intentado sin éxito

pasar el espejo por cada uno de los ángulos de la escalera. Finalmente, pudo conseguir una cuerda, uno de cuyos extremos ató a los hierros del balcón de su habitación, y el otro, al espejo, todavía en la calle. Subió luego y, tirando de la cuerda, logró instalar el *souvenir* en su aposento del segundo piso. Después, tuvo que estudiar la alcoba, a fin de decidir en dónde colgar el espejo. Cuando por fin se decidió, clavó un clavo en la pared, a la cual lo adosó; una vez sujeto contra la pared, se alejó un poco para contemplarlo y admirarlo. Y así estaba, quieto, ensimismado en la contemplación de su hermoso recuerdo de Sicilia, cuando el clavo se desprendió, y todo se vino abajo; el espejo se rompió en un millón de pedazos.

Bugs lo miró desolado. Pero en un alarde de gran sentido común, dijo:

—Bueno, de todas maneras no hubiera quedado muy bien en nuestro piso.

BIENVENIDA

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (14 de octubre de 1943). El pueblo italiano es capaz de dar la bienvenida de diferente modo a las tropas estadounidenses y a las inglesas, usar para cada uno de los Ejércitos un método distinto de saludo. Pero, sea como sea, siempre se manifiestan entusiasmados. La gente permanece a ambos lados de las carreteras, aplaudiendo a las tropas liberadoras, aplaudiéndolas como aplaudirían en cualquier espectáculo; y ello hace que los soldados caminen muy erguidos, sonriendo complacidos, medio marciales, medio cómicos.

Recibir aplausos es lo que más cohíbe a los soldados, y éstos llegan a sentirse aturdidos bajo el peso de los italianos que se les echan encima, abrazándolos y besándolos al mismo tiempo y llorando un poco al hacerlo. Algunos de los soldados aceptan los abrazos, pero no están acostumbrados a ser besados por hombres, y tratan de esquivarlos tan pronto los ven llegar.

Lanzan verduras y fruta a los conquistadores para demostrarles su entusiasmo. En Sicilia, un soldado fue herido por un racimo de uvas lanzado con la mejor intención. Es realmente odiosa esta manera de demostrar el contento: el zumo de la uva, cuando se emplea así, corre por la garganta y se mete debajo de la camisa de los soldados, dejándoles de tal forma que las moscas caen sobre ellos a montones sin que exista la más mínima esperanza de quitárselas de encima en tanto no desaparezca el sabor dulzón de sus pechos y cuellos.

En la isla de Ischia, la cosa fue peor. La gente quería demostrar su alegría arrojando al paso del desfile gruesos ramos de las flores de la temporada, rosas *amaryllis*. Y esta rosa, en manos de un italiano enfervorizado, puede llegar a ser un arma casi letal.

Un ramo de razonable tamaño de ellas, todas de grandes y gruesos tallos, puede alcanzar el peso de dos kilos. Algunos soldados norteamericanos, durante un corto desfile por las calles de Ischia, estuvieron literalmente a punto de morir bajo las flores; un oficial de Marina, concretamente, quedó fuera de combate por un robusto ramo. Sus compañeros le propusieron, por ello, para un Corazón Púrpura y escribieron un informe acerca de su bravura en las acciones. «Un teniente aún tuvo valor para atravesar las calles hasta el final de su camino, a pesar de las delicadas heridas que le habían causado unas "armas nuevas y secretas"», se decía en el parte oficial. La realidad es que un hombre podía fácilmente morir a manos de un adversario armado con *amaryllis*.

La presión a la que se sometió a los italianos debe de haber sido enorme. Su emoción parece ir aumentando conforme la guerra se les va acercando. Muchos permanecen constantemente de pie al paso de las tropas y gritan. Hombres, mujeres y niños. Todos desean desesperadamente hacer algo en favor de los soldados forasteros. Y les ofrecen botellas de vino, flores y toda clase de regalos. Incluso oraciones por ellos en las iglesias. Después, temerosos de haber dejado de hacer algo, van a esperar más tropas. Los soldados italianos, en particular, responden inmediatamente a la orden de entregar sus armas. Tan pronto se les ordena, entregan sus rifles a los norteamericanos. Es como si se alegraran de alejar de sus manos para siempre instrumentos tan detestables.

Aun reconociendo que el gobierno fascista sí lo fue, es evidente que el pueblo italiano jamás ha sido enemigo nuestro. De no ser como digo, no se darían estos casos de ciudades enteras manifestándose en favor nuestro, en homenaje al pueblo libertador. Aunque, de vez en cuando, se encuentre a un administrativo, al jefe de alguna comunidad, grasiento y meloso, a un coronel, incluso, llevando consigo un puñal de plata con mango de oro, distintivo de los que acompañaron a Mussolini en la Marcha sobre Roma.

Se trata siempre de hombres que, en un país hambriento, comen bien y visten excelentemente; que llevan viviendo así desde el triunfo del fascismo y que, en realidad, no han hecho nada realmente malo al pueblo. Hombres que son siempre los primeros en ofrecer ayuda al gobierno, sea éste el que sea. Ayudar a quien sea, siempre que puedan conservar su pequeño poder. Sin embargo,

numerosos comités locales visitan a nuestros jefes pidiendo que el fascista de la localidad sea apartado del poder y puesto entre rejas.

Todos saben que si el fascista vuelve a disponer de alguna fuerza, se vengará de ellos. Le odian y desean librarse de él. En Italia, el fascismo ha llegado a un punto en que, aun liberados ya, la mayor parte de los italianos a los que preguntes si son fascistas te responderán que sí; reminiscencias del tiempo tan reciente en el que el no serlo podía significar falta de trabajo, ver morir de hambre a la familia. O quizá no, pero ellos se temían que así fuese.

Mientras la conquista va adentrándose en Italia, las mieses maduran. Los soldados, al atravesar campos de coles y patatas, sienten una natural aprensión: piensan en si esas coles y esas patatas acabarán siendo usadas como muestras de amor y de admiración hacia ellos.

EL BAÚL DE LA SEÑORA

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (15 de octubre de 1943). Cerca de Napóles hay una islita muy próxima al continente, en la cual existe una importante fábrica de torpedos, una de las más grandes de las existentes en toda Italia. Una vez dominada Italia, los alemanes minaron por completo los alrededores de la isla y extendieron un alambre cargado de explosivos por debajo del agua, el cual llegaba hasta el continente y por cuya mediación se podía hacer volar la factoría insular, tan pronto estuviera a punto de ser capturada. Los alemanes dejaron en la isla a unos cuantos guardianes, así como a un almirante italiano con su esposa; aquéllos estaban armados hasta los dientes, éstos actuaron de rehenes.

Un día llegó una extraña orden a una pequeña lancha torpedera angloamericana. La lancha debía tomar a un grupo determinado de británicos, quienes, en secreto, irían a tierra, cortarían el cable transmisor de la fuerza explosiva preparado por los alemanes, y, tras matar a los guardianes, pondrían en libertad al almirante y a su esposa.

La embarcación designada era un pequeño torpedero que quedó junto a los muelles, aguardando a que los británicos asignados llegaran a bordo por la tarde. Llegaron con el crepúsculo; cinco soldados que, en opinión de todos, formaban una gran fuerza militar, cinco hombres extraños.

Eran bajos de estatura y de mirada cansada, gentes que igual podían haber sido camareros que mozos de alguna estación ferroviaria. Eran ligeramente curvados de espalda y de nudosas rodillas, y paseaban con ademán esquivo. Sus grandes zapatos, cuyas suelas de goma los hacían parecer más altos, se notaban como demasiado grandes para ellos. Vestían descoloridos pantalones

cortos y camisas abiertas, y todo su armamento se reducía a un antiguo revólver y un largo cuchillo por hombre. El cabecilla se asemejaba a un gato enfadado y petulante que deseara, más que nada en el mundo, conseguir un buen empleo en alguna compañía de seguros al regresar, en la certeza de que la pensión de que iba a disponer al licenciarse no iba a ser muy cuantiosa.

Estos cinco monstruos llegaron a la lancha torpedera y bajaron inmediatamente a tomar una taza de té y una porción de pastel con sabor a pescado. Con aspecto fúnebre, se sentaron en la sala de guardia, sorbiendo su té y rascándose las rodillas, llenas de picaduras de mosquitos.

Ya oscurecido, el MTB se hizo a la mar y se dirigió a la isla. El brillo de la luna iba en aumento. Hubiera sido más fácil con menos luz. Se pusieron en marcha los motores de la embarcación, y ésta empezó a deslizarse a través del tranquilo mar, ahíto de luz de luna.

Sobre la cubierta del MTB, ya preparado, iba el pequeño bote neumático que debía servir a los comandos para llegar a tierra. El personal al cuidado de las ametralladoras iba tranquilamente sentado en sus puestos. A eso de la medianoche y cuando la isla no estaba lejos, el barco se detuvo. Fue entonces cuando descendieron los comandos hasta el pequeño bote neumático. El capitán de la lancha torpedera dijo:

—Ya conocen el plan: cortar los cables, matar a los guardianes, si es necesario, y rescatar al almirante y a su esposa. ¿Cuánto cree usted que tardarán? —terminó preguntándole al jefe de los comandos.

Éste dio su opinión, empleando las dos manos a modo de bocina:

—Estaremos aquí dentro de una hora.

—¡Una hora! No puede ser tanto.

—Desde luego, el asunto de los cables y el de los guardianes no nos llevará tanto tiempo.

—¿Por qué una hora, entonces?

—La esposa del almirante necesitará arreglarse. No nos espera. No estará preparada, ni tendrá sus cosas a punto —terminó el jefe de los que partían. Y dio orden de que se empezara a remar.

Durante una hora, el MTB permaneció bajo la luz de la luna, aguardando. Y los marineros permanecieron atentos, con la mirada clavada en la oscura isla. No sucedió nada. No hubo disparos, no se

vieron luces en la isla. Todo, bajo la nebulosa luz de la luna, aparecía en silencio y tranquilo.

Diez minutos antes de cumplirse la hora, el capitán, impaciente, empezó a dar prolongadas y continuas miradas al reloj. Se rebelaba contra la idea de poner en peligro su barco por una necedad. Alguna muestra de actividad que llegara desde tierra le haría saber, por lo menos, que algo estaba pasando.

Faltaban sólo cinco minutos para la hora cuando apareció sobre el agua una sombra de buen tamaño. Todo es un peligro en potencia; y los artilleros prepararon los cañones, pendientes de identificar el bulto. Al aproximarse éste, advirtieron que se trataba de un bote de goma. Un bote que, poco a poco, fue a colocarse junto al MTB, a la cubierta del cual fue ayudada a subir una mujer pequeña y delgada y, luego, un tranquilo y robusto almirante, vestido con un precioso abrigo, pese a lo caluroso de la noche. Tan pronto hubieron subido ambas figuras al MTB, el jefe de los comandos dijo:

—Tú, Bert, volverás conmigo.

Tres de los hombres que iban en el pequeño bote subieron al torpedero, y el bote, con los otros dos, partió de nuevo hacia la isla.

Los tres comandos que quedaron permanecieron descansando sobre la cubierta del barco. El capitán del MTB, deseoso de noticias, preguntó:

—¿Misión cumplida?

—Sí, señor. Había ocho guardianes, no siete.

—¿No pudisteis hacerlos prisioneros?

—No, señor.

Los ojos del capitán se dirigieron, nerviosamente, al largo y estrecho cuchillo que pendía del cinturón del comando, y éste se llevó la mano al puño de acero.

—¿A qué han vuelto esos dos?

—El baúl de la señora, señor. No cabía en el bote. Han regresado a por el baúl. Es muy grande. Muy antiguo y con una especie de joroba encima, ¿sabe usted?

El capitán se puso en jarras y miró, como estudiándolo, al pequeño comando.

—¿Señor…? —preguntó éste esperando que le comprendieran sin necesidad de palabras.

—Sí, ya sé. Querría que fuera cerveza, pero no hay. —Llamó suavemente—: ¡Joel! ¡Eh, Joel! Consigue un poco de agua; dentro de un momento necesitaremos cinco tés.

CAPRI

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (18 de octubre de 1943). El día siguiente a la toma de la isla de Capri, y antes de que ningún almirante o general hubiera considerado necesario inspeccionar las defensas existentes en sus rocosos peñascos ni las peligrosas bodegas de vino tan abundantes en la isla, un grupo de marineros de un destructor paseaba a lo largo de un hermoso sendero bordeado de árboles. Había junto al camino una pequeña colina, al pie de la cual y en cuya planicie superior había floridos jardines.

Procedente de junto a una parra que había en el camino, oyeron decir:

—Yo digo…

Los marineros miraron y vieron a una mujercilla vieja, algo así como un pedacito de mujer vestido de negro, que venía corriendo desde los viñedos. Estaba casi sin respiración.

—Espero que no se molesten —suspiró—. Me gustaría oír hablar un poco de inglés. Soy inglesa, ¿saben?

Se detuvo para dejar que la información hiciera su efecto. Vestía decentemente. Por lo visto, nunca había hecho la más ligera concesión a las costumbres de Italia en este aspecto. Era un vestido que la honraba y, por supuesto, la protegía de cualquier escándalo.

Sus ojos se movían complacidos, hábiles, pequeños, festivos…

—Aquí hablan italiano —dijo ella vivamente, y empezó a ser obvio el que los otros le preguntaran si necesitaba ayuda—. Y los alemanes que vinieron no habían oído, precisamente, mucho inglés. Por eso me gustaría oírles hablar. Me gustan los norteamericanos.

Permaneció en silencio un momento, y no era difícil advertir que quería adoptar una actitud interesante. Continuó:

—No he oído una palabra en inglés. Los alemanes vinieron… Pero, esto ya lo he dicho, ¿verdad? De todas formas, la cosa es que llegó la guerra y no pude salir de aquí. Y ya llevamos tres años. ¿Saben ustedes?, no he probado en ese tiempo una sola taza de té. Es difícil de creer ¿no?

El oficial de transmisiones dijo:

—Tenemos té a bordo. Esta tarde le traeré un paquete.

La mujercilla se balanceó sobre sus pies, como un niño.

—¡Nooo…! —exclamó, excitada—. ¿Por qué? ¡Qué tontería!

El de señales preguntó, solícito:

—¿Necesita usted algo más? También podríamos traérselo; tenemos casi de todo en el barco.

De los ojos de ella salió una chispa mientras examinaba al que había hablado.

—¿No podrían…? —empezó, y se detuvo—. ¿No podrían traerme un botecito de mantequilla?

—¡Por supuesto! —repuso el oficial de señales.

—¡No…! —volvió a decir ella. Y esta vez sus saltos fueron como los de un niño que saltara a la escocesa—. Si me traen mantequilla, prepararé unos pastelitos y haremos una fiesta. ¿Verdad que será bonito? Sí que lo será.

Saltaba, con excitación.

—¿Se imaginan? —decía.

—Se lo traeré todo esta tarde —prometió el oficial.

—¿Ve, usted? Yo estaba aquí cuando llegaron los alemanes. En realidad, no me han hecho ningún daño. Estaba justamente aquí —puntualizó—. Toda mi familia está en Australia, no me queda nadie en Inglaterra —se entristecieron sus ojos, sin notarse apenas la transición—. No sé cómo se encuentran. He recibido dos cartas en tres años. Lleva aproximadamente un año el recibir una carta.

—Si escribe una carta —propuso el oficial—, se la recogeré por la tarde, cuando venga a traerle el té y la mantequilla, y la echaré al correo en el primer puerto en que hagamos escala.

Ella lo miró, severamente.

—¿Y cuánto tiempo tardará en llegar a Australia? —preguntó.

—No sé… Unas dos semanas.

—¡Nooo…! —gritó por tercera vez. Y empezó a saltar de nuevo, pequeños y delicados saltos, los brazos ligeramente separados de sus

costados, y las muñecas dobladas hacia abajo. Reía con risa de pájaro, y sus pálidos y viejos ojos estaban húmedos.

—¿Por qué? —decía—. ¿Por qué? Esto será mucho más divertido que el té.

COMBATE NAVAL

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (19 de octubre de 1943). Los planes de la fuerza armada X estaban casi terminados. Los oficiales tomaban café en uno de los restaurantes de una ciudad norteafricana. El alto y nervudo teniente y un especialista en minas (minas magnéticas, ésas que estallan con la vibración de los motores de los barcos) charlaban sentados en una mesa.

—Un combate naval es como la música de cámara —decía el especialista—. Los cañones del calibre 30 vienen a ser los violines, los del calibre 50, las violas, los cañones de 6 pulgadas son perfectos violoncelos. Parecía un poco triste.

—Nunca he tenido cañones de 16 pulgadas para introducirlos en la composición. Nunca he tenido un bajo. —Se echó hacia atrás—. Sí, la composición de música de cámara es como planificar un combate naval, muy parecidas ambas cosas en su concepción y en su desarrollo. Una breve introducción, un ataque brioso, un remanso de paz… El teniente sonrió.

—Siempre habla así. Si no fuera por lo bueno que es con las minas, deberíamos ir pensando en encerrarlo.

—Usted no ha estado nunca en una batalla naval —intervino otro oficial—. Y, además, no sabe nada acerca de la música de cámara. Venga conmigo esta noche; le mostraré algo.

El jeep avanzaba en la oscuridad. Las calles de la ciudad estaban repletas de camiones militares y grandes grupos, perfectamente equipados, que se iban acercando a la bahía, donde los barcos iban siendo cargados antes de partir hacia Italia. El jeep, corriendo contra el tráfico, dio la vuelta a la colina y se introdujo por el otro lado en el valle, lugar de viñedos y casitas de campo, en otro tiempo, y ahora vasto terreno dedicado a almacén de granadas,

camiones y tanques; granadas, camiones y tanques que debían embarcar con destino a Italia. La luna iluminaba los montones de material de guerra.

—¿Adónde vamos? —preguntó el especialista al teniente.

—Ya lo verá. Tenga un poco de paciencia.

El jeep se detuvo junto a una pared encalada que se perdía en la nacarada e indefinida luz de la luna, y en la cual se abría una puerta de barrotes de hierro. El teniente se acercó hasta la puerta y tiró de un cordel. Una campana sonó con la voz quebrada.

No tardó en aparecer en la puerta un hombre muy alto, de larga y oscura barba.

—¿Sí? —preguntó, suavemente.

—¿Podemos pasar? —preguntó el teniente—. Nos gustaría oír el canto vespertino.

—Sí, por supuesto —dijo el hermano. Y empujó a un lado las puertas, cuyas bisagras chirriaron un poco.

Dentro, había un bello jardín bañado por la luz de la luna. Nada de material de guerra. Allí, todo eran flores. Se dejaba oír el murmullo de algún pequeño surtidor de agua. El contorno de las torres de la iglesia se recortaba contra el luminoso cielo. El teniente dijo:

—Habla usted un excelente inglés.

—Ciertamente —respondió el hermano—. Nací en Massachusetts.

—¡Norteamericano!

—Sí. Nosotros llegamos aquí procedentes de todas las partes del mundo. Aquí hay alemanes y franceses. Y hasta un chino. Y también algunos rusos.

El grupo avanzó lentamente por el sendero y llegó a la fuentecita que producía el suave murmullo y ponía una nota alegre en la calurosa noche.

—Los cánticos ya han empezado —dijo el hermano—. Procuren no hacer ruido.

El sendero ascendía por entre florecidos arbustos hasta llegar a unos escalones, luego a una puerta que daba entrada a un lugar de apariencia familiar y extraña a la vez. Desde una barandilla, podía verse abajo la nave central de la iglesia; adivinarse, más bien, pues un solo candelabro iluminaba la escena. Se veía claramente uno de

los ángulos, en el que se distinguía, también, un arco de media punta; pero todo lo demás tenía que ponerlo la imaginación.

Abajo, perfectamente alineados, había varias hileras de blancos hermanos, cantando música de Mozart, esa desapasionada música de Mozart con cuyos altos parecía como si aumentara el volumen del indefinido y oscuro espacio, como si la habitación vibrara con el sonido del canto. Hubo una pausa, y luego fue una voz sola la que cantaba. Así durante un rato. Hasta que volvieron a cantar todas, otra vez. Y la luz del candelabro tembló.

Desde lo lejos, llegaba el ruido de los tanques y los camiones. Ya había acabado el canto. Las filas de blancas figuras se encaminaron lentamente hacia fuera. Cuando la sala quedó vacía, una mano se acercó al candelabro, y lo apagó.

El jeep regresaba a la ciudad muy lentamente, entre un camión de transporte de armas y otro cargado de soñolientos soldados, que iban de pie sobre él y brincaban cuando el camión encontraba algún bache en su camino. El especialista estaba muy tranquilo. Algo le preocupaba.

—Un contraste excesivo —dijo—. No ha habido tiempo para adaptarse. Tendríamos que tener tiempo para acostumbrarnos a cosas como ésta.

—La verdad es que he estado pensando en su comparación entre una batalla naval y la música de cámara —replicó el teniente—. Y he visto que, en el fondo, tiene usted algo de razón. Ahora conoce ya uno de los aspectos de la cuestión, tiene ya uno de los versos de un pareado. Pero, para poder relacionar música y combates perfectamente, tendrá que esperar a entrar en acción. Usted no ha entrado nunca en acción, ¿verdad?

EL TABERNERO PREOCUPADO

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (20 de octubre de 1943). Desde el momento en que un pequeño grupo de nuestras fuerzas hubo conquistado, casi sin resistencia, la isla de Capri, era evidente que un día u otro se encontraría a Luigi. Se sabía que Luigi sentía un profundo afecto por los estadounidenses, producto, como él había reconocido en más de una ocasión, de la generosidad de las propinas que de ellos había recibido en los años de paz en que tanta gente iba a veranear a la isla azul, cuando a la isla, y al bar de Luigi, acudían los turistas, sedientos del exquisito vino fresco de Capri. Y el grupo conquistador encontró a Luigi.

El encuentro se produjo en su propio bar, cuyas defensas eran formidables. Luigi, al ser hallado, estuvo cordial, pero triste. Hablaba ese inglés clásico de los italianos, el inglés de la pizzería y de la trattoria. Era un inglés que, en Italia, sonaba a casero.

Luigi estaba alegre, pero un poco sombrío. Normalmente, cuando él se sentía contento, derrochaba alegría, no era nunca la suya una de esas alegrías a medias que tanto abundan. Ahora estaba un poco preocupado. Y nosotros, después de haberle preguntado por un hombre llamado Giuseppe Marinan, de Gary, Indiana, que era primo tercero de Luigi, inquirimos el motivo de su tristeza. Se confesó, con palabras que salieron de sus labios atropelladamente.

Luigi tenía una hija que, al parecer, acababa de dar a luz. Pero esta hija y el que, en su caso, era su primer nieto se encontraban al otro lado del pequeño brazo de agua existente entre Capri y el continente: en Castellammare, concretamente. Y, lo que era peor, los alemanes estaban avanzando hacia Castellammare, donde nosotros no disponíamos de fuerza suficiente para repelerlos o, por lo menos, interceptarlos. Lo más probable era que la hija de Luigi

hubiera tenido que dar a la luz en algo así como un agujero producido por alguna granada; o que tuviera que dar a luz en él, si es que aún no lo había hecho, iluminada por la luz de los fogonazos y, seguramente, apresurada por la continua caída de bombas. Luigi estaba asustado porque, según explicaba, no tenía más hijos ni nietos; sólo había podido tener una hija, Dios sabe por qué infortunio o deformidad. Esta era la historia que Luigi contó al tiempo que desenterraba una de las botellas de whisky escocés que, desde antes de la guerra, tenía guardadas bajo el mostrador.

Mientras el pequeño grupo regresaba al barco, se habló de la tristeza de Luigi.

—¿Qué haríais si eso ocurriera en vuestra familia?

—Puede intentar hacer algo en Castellammare —dijo el teniente Blank.

Pensando en ello, el grupo visitó al comodoro en la sala de guardia del buque insignia. Le contaron la historia. Y el comodoro los miró gravemente por encima de su taza de café, mientras en sus azules ojos se hacía sensible un brillo divertido.

—¿Y qué se proponen hacer? —preguntó—. ¿Atacar Castellammare?

—Claro que no, señor —respondió el teniente Blank—. Pero hemos capturado seis lanchas MS italianas. Podíamos emplear una de ellas para ir a buscar a la hija de Luigi. No llevaría más de una hora.

—Supongamos que pierden el bote, que los matan…

—No pasará nada, señor. Sólo queremos rescatarla. Podríamos hacerlo en pocos minutos.

—No puedo autorizarlo —respondió el comodoro—. No hay más que hablar. Es una cuestión tonta. Estamos tratando de ganar una guerra, no de hacer la competencia a las casas de maternidad. Y, además, tengo otro trabajo para ustedes.

—Sí, señor —dijo el teniente Blank.

—Estas son las órdenes: tomen una lancha MS y patrullen por los alrededores de Castellammare. Deberán informar acerca de la posible presencia de barcos alemanes y apresarán cuantas fuerzas hostiles puedan encontrar. Puede que, incluso, tengan que adentrarse mucho para el exacto cumplimiento de estas órdenes. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó el teniente Blank—. Pero insisto en que podríamos rescatar a la muchacha.

—No es momento para sentimentalismos —terminó el comodoro.

Todo fue muy rápido: sólo hizo falta llegar al muelle y preguntar por la hija de Luigi. Sólo diez minutos después llegaba al lado de la lancha, llevando consigo un bulto de ropa. Se veía que estaba muy cercana al alumbramiento. Cuando estuvo a bordo, los motores Issota-Fraschini del bote MS empezaron a lanzar su estruendoso rumor. Y poco después una blanca estela se extendía desde el botecito hacia atrás, mientras éste iba cortando el agua, porque las lanchas MS, en lugar de ir sobre la superficie del mar, llevan la pequeña quilla hundida en él.

El resto fue sencillísimo. Luigi estaba en el puerto, y lloraba. Como lloraba la hija, como lloraba alrededor de un millar de habitantes de Capri. Había en el aire un sonido de besos. Luego, se organizó una especie de procesión a la colina, y Luigi habló de una fiesta en su bar. Le prometió al teniente Blank que, al niño, fuera su sexo el que fuera, se le pondría su mismo nombre. En fin, es seguro que, durante mucho tiempo, no sólo Luigi, sino toda su parentela, habrán de recordarnos en sus plegarias.

A la mañana siguiente, un grupo de cinco subimos a lo alto de la colina. Y allí estábamos sentados, leyendo un ejemplar de *The London Pictorial* de 1937, cuando apareció Luigi, con una bandeja sobre la que llevaba un vaso de whisky escocés con soda para cada uno de nosotros. Luego, durante el día, estuvimos de compras. Y, allí donde estuviéramos, aparecía Luigi con su bandeja.

Fue un día bastante bonito.

LA CÁMARA HACE MEJORES SOLDADOS

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDITERRÁNEO (21 de octubre de 1943). Quizá no haya arma que ataque tan astutamente el alma de los hombres como una cámara cinematográfica. Hombres enojados o tristes cambian de humor en cuanto se les pone delante una de esas cámaras. Uno de nuestros mejores escritores deportivos sugirió una vez que la colocación de una Bell and Howell Eyemo, o de cualquier otra máquina, entre los postes de una portería de rugby era la mejor manera de conseguir buenos ensayos. Es un arma secreta que revela lo que los hombres suelen ocultar, y que excita su ego hasta el punto que acaban por exhibirlo.

Recientemente, en África, en Sicilia y en Italia, nosotros (no el «nosotros» empleado comúnmente por el periodista, sino un cámara y yo) estuvimos trabajando en una película técnica para el Ejército, y descubrimos que la misma fuerza que actúa en las fiestas campestres en Long Island o en cualquier encuentro de tenis, aparece también en el campo de batalla. En realidad, no falta en ninguna parte en que haya una cámara cinematográfica. Multitud de cansados soldados se enderezaban, marchaban perfectamente firmes, tan pronto se les ponía la máquina delante. Incluso ponían mirada fiera y marcial. Y andaban más deprisa. El actor que ellos, como todos, llevan dentro, salía al exterior. Y en cuanto unos estibadores del Ejército que estaban trabajando en el puerto de una ciudad norteafricana vieron ante ellos una cámara, empezaron a pasarse cajas de racionamiento con rapidez extraordinaria, tanta rapidez que dudamos que vuelva a repetirse jamás en la historia de los ejércitos. Por supuesto que, al segundo de verse libres de la mirada del objetivo, volvieron al trabajo cansino, más lento, incluso, que minutos antes.

Este efecto que consiguen las cámaras se limita exclusivamente a los estadounidenses. Un día estuvimos filmando el trabajo de unos árabes ocupados en descargar una barca, y obtuvimos la lentitud en todo su esplendor. Cada uno de los árabes, antes de descargar una caja, la miraba como podía mirar a lo más desagradable, la tocaba después con repugnancia y, todo al mismo ritmo lentísimo, terminaba por desembarazarse de ella sin mayores muestras de tener prisa en hacerlo. Todos, mientras descargaban, nos iban obsequiando con sonrisas o saludos, muy graves a veces. Con esta gente, jamás logramos beneficios del empleo de la cámara. Sólo que los árabes, al verla funcionar, se levantaban con gestos exuberantes y, presentando su perfil, miraban hacia La Meca.

Una y otra vez intentamos captar a alguno de los árabes en lo que se llama pose natural; no trabajando, tal cosa hubiera sido casi exótica, sino lo más relajados posible. Pero, o ellos habían visto a Valentino haciendo de árabe en muchas películas, o Valentino sabía muy bien cómo se portan estas gentes ante una cámara de cine. Y nunca pudimos captarlos si no era mirando a La Meca, mirando a cualquiera sabe qué sitio situado más allá de la escena, siempre de perfil. Al fin, decidimos dejar por imposible el filmarlos en actitudes enérgicas, convencidos de que sólo los espantapájaros pueden competir con ellos en cuanto a calma. La cosa es que, además de todo lo dicho, intentamos filmarlos a escondidas. Pero, por muy hábilmente que quisiéramos llevarlos a situaciones interesantes, todo fue en vano. Nos dimos por vencidos. Sabíamos, sin embargo, que la nobleza de ellos, esa actitud noble del perfil erguido, mirar a lo lejos, era lo habitual. Y que lo único que podríamos hacer era perpetuarla. Es seguro que, en cuanto nos fuésemos, ellos volverían a ser árabes normales.

La cámara funciona en todas partes. No hay ferocidad como la que adopta el rostro de un *quarterback* que sabe que está bajo el foco de alguna máquina tomavistas; el que, en lugar de correr contra el oponente, corre contra la cámara. Quizás eso se deba al egotismo. Pero en una ocasión ocurrió algo digno de relatarse. Dispusimos la cámara para filmar la descarga de un buque-hospital que había sido cargado en Sicilia. Las puertas laterales del barco estaban abiertas, y sus plataformas, extendidas. En el muelle esperaban hileras de ambulancias. Los camilleros fueron bajando en

fila a los hombres heridos, sentados, echados o postrados, según la naturaleza de sus heridas. Algunos, enfermos y doloridos; otros, sólo un poco lastimados y con la mirada tranquila. Ninguno de los heridos rehuía mirar a la cámara, antes al contrario, procuraban ofrecer el mejor aspecto y saludaban. Todos cambiaban sus rasgos rígidos por otros más dulces. Y si podían mover los brazos, o aunque sólo fuera uno de ellos, hacían el más alegre gesto de salutación. Esto, desde luego, no era egotismo. Pensaban en la posibilidad de que sus familiares vieran la película, y consideraban mejor sonreírles, darles una buena impresión de sus heridas, aparecer menos heridos de lo que se estaban en realidad. Considero esas sonrisas y esos saludos como una de las formas más nobles.

LA HISTORIA DE UN DUENDE

(Lunes, 1 de noviembre de 1943). No escribiría esta historia si no hubiera testigos dispuestos a corroborar cuanto diga; y al hablar de testigos me refiero, no a hombres poco menos que desconocidos, sino a Quintín Reynolds, a H. R. Knicker-bocker, a Clark Lee y a Jack Belden, que fueron heridos en Salerno, así como a John Lardner y otros, que se prestarían a ofrecer la más firme confirmación si alguien dudara de la veracidad de los hechos aquí presentados.

Todo empezó cuando un cónsul británico encontró a Quintín Reynolds en el vestíbulo del Hotel Alletti, en Argel. El cónsul era hombre pequeño, inocentón y de buenas maneras, al que le gustaba creer verdaderos aliados a británicos y norteamericanos y que no cesaba de prodigar gestos amistosos. De buena fe preguntó a Reynolds dónde dormía, y, con igual buena fe, Reynolds le respondió que todavía no había sido alojado.

—En mi habitación sobra una cama —dijo el cónsul—. Puede disponer de ella, si quiere.

Esto fue el comienzo, y lo que sucedió a continuación no fue culpa de nadie. Fue sólo uno de esos incidentes que ocurren. El cónsul tenía una bonita habitación con un balcón desde el que se veía la bahía y desde el cual se podían contemplar los ejercicios aéreos. No fue culpa de Reynolds. Él aceptó la hospitalidad que se le brindaba, pero no tuvo ninguna culpa en el hecho de que con él entraran nueve corresponsales más. Nueve es ya un número considerable. Pero, algunas veces había hasta dieciocho. Dormían en el suelo, en el balcón, en el cuarto de baño, y algunos incluso en el vestíbulo, fuera de la habitación 140 del Hotel Alletti de Argel.

Todos estaban de acuerdo en que el cónsul dispusiera siempre de

su propia cama, esto es, si la conservaba a salvo. Pero, al levantarse para ir al cuarto de baño y regresar luego, encontraba a Knickerbocker, Lee o Belden (o a los tres) en ella. Al cónsul le molestaba, además, otra cosa: los corresponsales no duermen demasiado. Y, así, hablaban, discutían e incluso cantaban de noche, haciendo imposible el descanso al pobre diplomático. Había demasiado barullo en su habitación. Tenía que trabajar durante el día y sólo conseguía dormir un poco por la noche. Tenía la costumbre de echar la siesta los fines de semana; pero, desde la entrada de Reynolds y compañía en su habitación, jamás hallaba libre la cama. Siempre había alguien ocupándola. Afortunadamente, a las tres de la tarde, aunque fuera sobre el mismo suelo, podía aprovechar la tranquilidad para descansar un rato.

Hasta aquí no hay nada del todo increíble, claro. Lo que sigue es lo que requiere testimonios. Fue durante una de las discusiones de todas las noches sobre cosas en general, cuando alguien, quizá Clark Lee, tal vez Jack Belden, mencionó estar harto del vino de Argel y que sería agradable conseguir alguna botella de whisky escocés. En este momento empieza realmente nuestra historia, a la que intentaremos ceñirnos lo más estrictamente.

Alguien debió de romper algo, o encender la luz, o hacer algo parecido. El caso es que una noche todos se despertaron. En la habitación había una humareda azul, en medio de la cual había un hombrecillo de puntiagudas orejas y una buena panza. Usaba un traje de cuero gris, y su gorra y sus zapatos terminaban en agudas puntas, también grises.

—¡Por todos los santos! —exclamó Reynolds—. ¿Estáis viendo lo mismo que yo?

—Sí —dijo Clark Lee.

—¿Y creéis en ello?

—No —respondió Lee, que, al fin y al cabo, es un realista.

Jack Belden ha vivido en China durante muchos años y sabe algo acerca de estas cosas.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy el pequeño Charley Litle —dijo el duende.

—¿Y qué desea? ¿Asustarnos? —gritó Belden.

El cónsul británico gimió, dio una vuelta sobre sí mismo y se tapó la cabeza con la sábana. Knickerbocker ha admitido después

que su primer impulso fue matar al duendecillo y empaquetarlo para llevarlo a bordo de un buque pesquero, hasta su madriguera. De hecho, estaba arrastrándose hacia el duende, cuando éste levantó la mano.

—Cuando empezó la guerra traté de alistarme —dijo—, pero fui rechazado por motivos políticos. No es que yo haya intervenido en política, pero la postura del Ejército fue inamovible. Fui rechazado hasta que no se creara un Batallón de Duendes en el exilio. Decidí entonces hacer feliz a la gente: a soldados, corresponsales de guerra y cosas parecidas.

Los ojos de Reynolds se entornaron peligrosamente. Es un tipo muy leal.

—¿Está usted insinuando que no somos felices? —gritó—. ¿Que mis amigos no son felices?

—Yo no soy feliz —dijo el cónsul británico, pero nadie le prestó atención.

El pequeño Charley Lytle dijo:

—Me ha parecido oír que hablaban de whisky escocés. Pues bien, yo tengo un poco.

—¿Cuánto? —preguntó Clark Lee.

—¿Por qué? Todo el que deseen.

—Pregunto que cuánto nos costará —preguntó Lee.

—No me entiende —dijo el pequeño Charley—. No es una cuestión de dinero. Es mi contribución a la guerra.

—Voy a matarle —gritó Knickerbocker—. Nadie puede mofarse de mi guerra y largarse después tranquilamente.

—¿Podría darnos una caja? —preguntó Reynolds.

—Desde luego —contestó el pequeño Charley.

—¿Tres cajas?

—Sí, también.

—No lo dejéis ahora —intervino Lee—. A lo mejor éste es su punto flaco.

—¿Cuándo puede entregárnoslas? —preguntó Reynolds.

En lugar de responder, el pequeño Charley Lytle hizo un dramático a la par que un poco impúdico gesto. Salió un poco más de humo, y desapareció. Siguieron tres pequeñas explosiones, como una serie de cargas de profundidad, y en el suelo de la habitación 140 del Hotel Alletti de Argel aparecieron tres cajas de Haig amp;

Haig Pinch Bottle, alineadas ante los incrédulos ojos de un pelotón de sedientos corresponsales.

Reynolds respiraba con dificultad, como un hombre que ha tenido una pesadilla.

—¡Un milagro! —murmuraba—. ¡Un milagro medieval!

Jack Belden ha vivido mucho tiempo en China, y es difícilmente impresionable. Sus ojos, ahora, se perdieron por entre las calles a través de la ventana, y llegaron hasta la bahía.

—Un buen truco de hipnosis —dijo—. Pero un truco sencillo. Me gustaría tener una prueba concluyente. Si este duende es capaz de producir así una botella de cerveza india en un día como éste, quizá cambie de opinión.

Lo interrumpió una ligera nevada, procedente del techo, manchado de moscas. Nuestros ojos siguieron la caída de los indolentes y blancos copos hasta el suelo, donde ahora había una caja de botellas de cuello estrecho. La nieve, arremolinándose, formó en el aire las palabras: CORTESÍA DEL CANADÁ.

Creo que Jack Belden fue demasiado lejos. Dijo indolentemente:

—Pero ¿estará fría?

Reynolds se abalanzó y tocó el cuello de una de las botellas.

—Más fría que un [dos palabras suprimidas por el censor] —dijo.

Aquella noche hubo un ataque aéreo e incluso el cónsul británico lo pasó en grande. Si alguien no cree en esta historia puede preguntar a cualquiera de los que allí estuvieron, hasta a Jack Belden.

AMULETOS

(3 de noviembre de 1943). Muchos soldados llevan consigo pequeños objetos, algunas piedras, amuletos u objetos que, si tienen suerte en el combate, llegan a alcanzar considerable importancia. Y tener suerte en el combate significa, simplemente, no ser herido. El amuleto mágico más corriente es, por supuesto, la pata de conejo, en venta en casi todos los almacenes. Tanto católicos como no católicos llevan medallas de San Cristóbal, no porque sean un símbolo religioso sino porque, simplemente, traen suerte.

Una editorial de Estados Unidos ha lanzado al mercado su «Testamento compendiado», encuadernado en acero, con el objeto de que lo lleve cada soldado en el bolsillo de la camisa junto al corazón; es una idea que trata de lograr el éxito combinando la buena suerte que, por separado, no puede esperarse del acero ni del Nuevo Testamento. Los padres de los soldados han comprado algunos de estos Testamentos, pero nunca he visto que nadie, en el frente, lo llevara encima, por lo menos en el bolsillo junto al corazón; este bolsillo suele emplearse para los cigarrillos, y, si algún soldado lleva el Testamento —muchos lo hacen—, lo lleva en el bolsillo del pantalón y no lo considera un objeto que dé suerte.

Los objetos de la buena suerte son de todas las clases. Se tiene por tal a una piedra pulida, a un trozo de metal de forma original, a pequeñas fotografías envueltas en celofán. Muchos soldados consideran que los retratos de sus esposas o padres son los mejores protectores contra el peligro. Un soldado ha cambiado la empuñadura de su Colt 45 por otra, de plexiglás, hecha con alguna pieza de un avión abatido. Y ha colocado fotografías de sus hijos bajo el plexiglás, de forma que, ahora, los niños le están mirando siempre desde su revólver.

A veces las monedas son consideradas también como amuletos. Y los anillos y los clavos. Suele tratarse de objetos ligados íntimamente a gente de casa, algo que produzca un sentimiento emocional. Un hombre lleva en un medallón el retrato de su esposa muerta, y otro, a su padre en un medallón de ámbar que le cuelga del cuello. Los rosarios también protegen ahora del peligro.

Es curioso que, a medida que se acerca la hora del combate, estos amuletos no sólo aumentan de valor, sino que, además, cada uno se preocupa de tener más en secreto los suyos. Y muchos, para darle más fuerza al amuleto, aun se ejercitan en extrañas ceremonias previas. Hay, concretamente, un sargento que siempre que dispara con el rifle lo hace teniendo entre la culata y su mano una moneda de un penique; está plenamente convencido de que no puede errar haciéndolo así. El empleo de estos amuletos está mucho más generalizado de lo que suele pensarse.

Cuando, con el tiempo, se van multiplicando los peligros, cuando hay que batirse en retirada, por ejemplo, la importancia del amuleto es enorme, además de que llega a adquirir, incluso, una personalidad propia. Hay, en todo esto, muchas cosas que contar. Uno de los amuletos es un pequeño cerdo de madera, de alrededor de tres centímetros. Su propietario, después de haberlo probado durante un cierto período de tiempo y en uno o dos lugares diferentes, cree que su cerdito de madera puede conseguir las cosas más notables. Por eso, durante un bombardeo, levantó al cerdo en la mano, y dijo:

—Cerdo, esto no es para nosotros —y le susurró además—: Sabes que lo que me pase a mí te pasará también a ti.

Pero, además de tener a su propietario a salvo del peligro, este cerdo, según se dice, es capaz de hacer desaparecer la niebla, calmar al encrespado mar, procurar un bistec en un restaurante en que no lo haya habido desde dos semanas. Se rumorea, incluso, que el cerdo, en manos de su antiguo propietario, había logrado conmutar una ejecución y curar varias clases de enfermedades, y había sido la causa principal de la consecución de una enorme fortuna. Su propietario actual no va a ninguna parte sin él.

La asociación entre un hombre y su amuleto llega a ser, además de muy estrecha, muy particular. Esto se debe al miedo a ser objeto de burla, pero también a la creencia de que divulgar las virtudes del

amuleto puede hacer perder alguna de ellas en beneficio de otros. También existe el convencimiento de que el poder de los objetos no es inagotable; puede disminuir. Y por eso es mejor usarlos con moderación, recurrir a ellos cuando la necesidad es grande. Las fábricas de baratijas se han visto beneficiadas por esta tendencia casi universal hacia la superstición. Y fabrican anillos de la suerte a millares, y monedas y figurillas. Cualquiera que sea la causa de esta confianza en los amuletos mágicos, la cosa en sí es que esa confianza es auténtica. Y el hábito de usarlos no se limita a los ignorantes y supersticiosos. Parece como si, en tiempo de gran peligro y gran tensión emocional, el hombre tuviera que buscar ayuda fuera de sí mismo, buscar apoyo en algún símbolo sobrenatural. Puede ser cualquier cosa: un viejo mango de paraguas, un símbolo religioso…, algo. A veces, en la guerra, ocurre que la emoción más intensa no es el miedo, sino la soledad. Y es entonces cuando la piedra pulida o la moneda de un penique o el cerdo de madera son no sólo deseables, sino esenciales. El mundo de las ciencias ocultas no está lejos de nosotros, de ninguno de nosotros.

SÍNTOMAS

(5 de noviembre de 1943). Durante los años transcurridos entre la última guerra y ésta, siempre me había extrañado la reserva de los ex soldados acerca de sus experiencias en los campos de batalla. Habría sido diferente si se tratara de hombres reservados, pero algunos de ellos eran charlatanes, y algunos otros fanfarrones. Hablaban de sus experiencias un rato y luego, de repente, se callaban. Lo consideraba heroico. Creía que lo hacían así por prudencia, que seguramente lo que habían visto o hecho era tan horrible que no deseaban rememorarlo para no molestar ni atormentar a sus oyentes ni a sí mismos. Pero muchos de estos hombres no tenían esa misma consideración hacia ningún otro aspecto.

Sólo recientemente he hallado lo que parece ser una razonable explicación, y la respuesta es fácil: no recuerdan nada porque nada hubo, y cuanto más terrible fue la guerra, menos recuerdan.

En toda clase de combate, todo el cuerpo se ve afectado por la emoción. Las glándulas derraman sus secreciones en nuestro interior con objeto de lograr que las emociones no falten en cuanto empiece la gran demanda de ellas. El miedo y la ferocidad son productos de esas secreciones. Las toxinas de la fatiga envenenan el sistema. El cuerpo del hombre, ya en malas condiciones debido a la mala alimentación, termina peor a causa de la excesiva adrenalina y la fatiga. Y la deficiencia del cuerpo produce perturbaciones en la mente, fiebre principalmente. Y, además de esas enfermedades del interior del hombre, a las que se puede resistir temporalmente, hay que tener en cuenta los devastadores efectos de los nuevos explosivos.

Después de un bombardeo prolongado, las terminaciones

nerviosas están literalmente deshechas. Las explosiones torturan los tímpanos, y los ojos duelen debido al constante relampagueo.

Esto es lo que se siente después de unos días de constante fogueo: la piel se nota dura e insensible; en la boca aparece un sabor salado; en el estómago, una vez indigestados los alimentos, aparece un nudo doloroso; los ojos no captan muchos detalles, y el agudo contorno de los objetos es débilmente borroso, todo tiene una forma irreal; al caminar, los pies parecen tocar con dificultad la tierra, y parece que el cuerpo esté flotando; incluso la noción de tiempo parece haberse modificado; y, al moverse, parece irse muy lentamente, aunque la verdad sea que se esté corriendo más deprisa que nunca.

Con las explosiones los globos oculares están sometidos a tal agresión que la tierra y el aire parecen estremecerse. Los oídos es lo primero que se nota dolorido, pero luego se embotan y llevan el embotamiento a todos los otros sentidos. Hay, por supuesto, excepciones. Algunos hombres no resisten demasiado, y terminan mal; se producen entonces el llamado «pánico de las bombas».

Con el embotamiento cambia todo. Incluso el instinto de autoconservación está embotado en ese caso, por lo que un hombre puede hacer cosas que, si parecen heroicas, en realidad son reacciones casi involuntarias e inconscientes. El mundo entero llega a parecer irreal. Uno se ríe de cosas que, en otras circunstancias, no le hacen ninguna gracia, y llega a irritarse por trivialidades. Durante este tiempo un hombre de común amable puede cometer grandes crueldades, y un tímido, acciones de valor. Y casi todos disfrutan durante un tiempo de una resistencia mayor de la normal.

Luego, el sueño puede llegar sin previo aviso y como producido por una droga. Gradualmente, todo el cuerpo parece quedar envuelto en algodón. Y los principales centros nerviosos están adormecidos, lo que hace parecer reales mil pesadillas. Es el momento en que muchos hombres sufren alucinaciones. Los ojos se fijan en una nube, y el cansancio hace de ella un rostro, un ángel o un demonio. Y ocurre también que muchos recuerdos se pierden, que uno se olvida de mucha gente, de escenas y palabras que parecía habían de ser recordadas siempre. Recuerdos que vuelven con resplandeciente claridad en cuanto alguna emoción más fuerte que las otras se presenta, pero que vuelven casi siempre en forma

de visiones.

Y luego, todo concluye. No se oye nada, pero hay algo que no cesa de sonar estridentemente en los oídos. Y más que nunca se desea dormir; pero cuando se está durmiendo, se sueña en cosas horribles y la mente está inquieta y llena de pesadillas. Esta anestesia procura un poco de protección. Sin embargo, como la mayoría de las anestesias, es un poco dolorosa.

Al despertar y rememorar las cosas que sucedieron, llega a creérselas sueños. No es raro sentir pánico o enfermar entonces. Se trata de recordar con exactitud, y no puede conseguirse completamente. Los contornos son vagos en la memoria. Al día siguiente, peor. Y, al otro, ya se ha olvidado todo. Se ha dicho que la mujer siente lo mismo que estos hombres cuando trata de recordar alumbramientos. La fiebre produce esa misma extraordinaria confusión en la mente. Quizá lo que va más allá del padecimiento deje siempre esas formas confusas. Este mecanismo que evita los recuerdos detallados permite que una mujer pueda dar a luz de nuevo, y que un hombre pueda entrar en combate otra vez.

Todo desaparece rápidamente. A menos que alguien tome nota, no se acordará de cómo se sintió en los terribles momentos de una batalla o cómo sucedieron las cosas. Los hombres, tras un combate prolongado, no son hombres normales. Luego, parecen reservados; pero quizá lo que ocurre de verdad es que no son capaces de recordar muy bien.

LOS *PLYWOOD NAVY*

(15 de noviembre de 1943). Las órdenes eran sencillas. La misión de la fuerza naval era destruir o dejar fuera de combate a la armada alemana en toda el área norte de Roma. Los convoyes alemanes estaban saliendo de diferentes puestos, evacuando posiblemente grandes equipos de material pesado de Italia hacia el sur de Francia. A la fuerza naval se le ordenó acabar con este tráfico.

Está prohibido decir qué unidades forman la fuerza, pero una parte de ella, por lo menos, es un grupo de buques torpederos, algunos MTB británicos y otros cuantos PT norteamericanos. Los británicos no son tan rápidos como los americanos, pero están mejor armados.

La tarde anterior al ataque se emplea en preparar los barcos. Los artilleros tienen sus armas aparte, están engrasándolas convenientemente. Las ametralladoras de estos pequeños barcos deben ser usadas constantemente. Hasta las cajas de munición se vuelven grises por las constantes salpicaduras del agua salada. Los PT norteamericanos aparecen completamente húmedos; su velocidad provoca salpicaduras. Los hombres que van en ellos visten ropas de goma y casquetes del mismo material, y aun así se mojan. Por la tarde, son inspeccionados los torpedos y los tanques de fuel combustible se llenan. El mar está muy azul y muy en calma. También al comienzo de la invasión de Italia estuvo el mar muy quieto, y tanta calma, se dice, no puede traer nada bueno.

Los oficiales británicos y los soldados están afeitándose, enjabonándose con grandes brochas que les dan un aspecto cómico. También unos cuantos norteamericanos se están rasurando, pero su forma de hacerlo es diferente.

Desde la pequeña bahía que hay en la isla, por la tarde puede

verse la costa de Italia, las colinas repletas de vid y limoneros, y otras montañas de extrañas formas por detrás. El Vesubio, en el horizonte, lanza al aire una alta columna de humo.

En el muelle los *carabinieri* italianos se dedican a mirar al *plywood navy*, nombre con que se conoce aquí a las lanchas torpederas.

Cuando el sol se ha puesto, el trabajo está terminado, y empieza a prepararse la comida en la cocina del *plywood navy*. El grupo debe navegar en la oscuridad. La luna tarda en salir, esta noche. Estaba previsto que la viéramos alrededor de las dos de la madrugada, por lo que se ha planeado estar listos para el ataque un poco después de esa hura. Un enorme gentío que se prepara para salir. En sus tubos lanzatorpedos, los barcos transportan fuerza suficiente para hundir a una escuadra entera. Estos *plywood navy* son pequeños barcos que pueden diseminarse fácilmente cuando las cosas se ponen feas, y pueden desaparecer en un momento. Son muy maniobrables y pueden dar media vuelta rápidamente y navegar a tal velocidad que es muy difícil atraparlos, y acertarles casi imposible.

Justamente con el crepúsculo comienzan a rugir los motores de todos estos barcos. Estos motores pueden ser provistos de silenciador, pero, generalmente, hacen tanto ruido como un avión.

Cae la noche, y las pequeñas embarcaciones levan anclas; una vez fuera del muelle, forman en tres columnas y empiezan a navegar rápidamente. A la luz de la luna, las blancas estelas brillan, y cada uno de los barcos corre por la estela abierta por el que le precede. El ruido de los motores es intenso. Los hombres llevan ya puestos sus trajes de goma y sus puntiagudos gorros. Los artilleros permanecen atentos en sus torretas.

En el 412, el capitán y el primero están de pie en el pequeño puente. Las olas lamen la proa salpican cuanto encuentran, cada vez que el pequeño barco hunde su morro en las aguas.

El capitán y el primero, como todos, llevan el rostro mojado de agua. El primero baja frecuentemente al cuarto de control, a examinar un mapa iluminado por una mala luz. [Un renglón suprimido por el censor.] El primero modera la velocidad, levanta la cabeza y vuelve al puente. Procedente de popa llega hasta el puente una voz:

—¡Avión a las nueve en punto!

Los hombres de las torretas y los de los cañones de popa mueven sus armas hacia la izquierda y apuntan hacia arriba, hacia la suave claridad del cielo, y la luz es suficiente para advertir su intranquilidad. A menos que pasen de modo que se recorten contra la luna (y casi nunca lo hacen), es muy difícil advertir su presencia. Sólo se sabe de ella porque vuela bajo, y el ruido de sus motores puede oírse por encima del de los motores propios.

—¿Uno de los nuestros? —pregunta el primero.

—Los nuestros tienen órdenes de no acercarse. Debe de ser enemigo.

Por fin se observa en el lechoso cielo la silueta del avión, volando no muy alto. Los artilleros lo siguen con los cañones; está demasiado lejos, fuera de su alcance aún. El capitán levanta su megáfono, y dice:

—Se acercará por uno de los costados, si es que viene. Atentos.

El zumbido del avión desaparece en la lejanía.

—Quizá no nos haya visto —dice el primero.

—¿Con la estela que dejamos? Seguro que nos ha visto. Quizá fuera uno de los nuestros.

Ha debido de parar sus motores, porque, de repente, el avión aparece de nuevo, encima mismo del barco. Y lanza una bomba que va a estallar justamente al lado del *plywood navy*. El ruido de la explosión se mezcla con el tableteo de las ametralladoras. En el lugar en que se ha producido la explosión surge una gruesa cortina de agua, y el barco parece dar un brinco.

Los disparos de las ametralladoras buscan al desaparecido avión, curvándose en el aire como el chorro de una manguera. Al fin, las ametralladoras enmudecen y el capitán advierte a la tripulación:

—Mantengan los ojos muy abiertos. Puede regresar. Vigilen por el mismo costado.

Los artilleros, obedientemente, hacen oscilar sus armas hasta dejarlas apuntando al lugar indicado.

Esta vez ni siquiera se molesta en parar los motores. Tal vez necesita altura. Podemos oír cómo se acerca. Los artilleros comienzan a disparar antes de que esté encima, y las curvadas líneas de los proyectiles van siguiendo al aparato, como si de moscas se tratara. Una pequeña lucecita azul aparece en el avión. Por un momento, parece titubear. A continuación, empieza a caer

lentamente. La luz azulada va haciéndose más larga. Las ametralladoras lo van siguiendo en su caída. Termina hundiéndose en el mar a unos quinientos metros del barco; después de que el fuego ha puesto en la noche una mancha amarilla en el agua, explota con un ruido ensordecedor.

—Hay que estar loco —dice el capitán—. Para venir de esta forma… —Luego, se dirige hacia una de las torretas—: ¿Lo derribaste tú, Ernest?

—Sí, señor —contesta Ernest—, creo que sí.

—¡Buen disparo! —le felicita el capitán.

(19 de noviembre de 1943). La lancha torpedera 412 sigue su ruta hacia el sur. La luna parece suspendida en el firmamento. Los motores no hacen demasiado ruido. No tardan en aumentar la velocidad, no la fuerte y rugiente marcha del PT a toda máquina, pero sí una velocidad media, merced a la cual empiezan a formarse tras ella una estela en forma de V y pequeñas burbujas debajo de la hélice. El capitán dice:

—Manténganse alerta por si llegan otros. Y tengan los ojos bien abiertos, no sea que disparemos contra uno de los nuestros.

Baja entonces al pequeño cuarto de derrota, y analiza el mapa. Luego levanta la cabeza y se dirige al primero:

—Hay un puerto no muy lejos. Sería conveniente que entráramos hacia él. Podríamos cargarnos algún convoy —antes de que termine de hablar empieza a oírse el rumor de los motores de algún otro avión o aviones, y el primero, para escuchar mejor, ordena reducir la velocidad.

—Espero que sean de los nuestros —dice.

El capitán levanta un poco la cabeza.

—Algo no va bien, este ruido no es normal —dice, antes de volverse a ponerse a escuchar como un perro de caza, esta vez por el otro costado—. ¿Ha oído alguna vez el sonido que produce un bote E? —pregunta, como comprendiendo de pronto.

—No, nunca.

—Yo, tampoco —dice el capitán—, pero este ruido no es de un PT ni de un MTB. Apoyado en una barandilla, escudriña la noche. El vigía está presto en lo alto. De pronto, el capitán ordena:

—¡Paren los motores!

Ante la lancha torpedera 412 aparece un grupo de botes E, nebulosas formas de altas proas, en verdad inconfundibles.

—Ni una señal, ¡por el amor de Dios! —ordena el capitán al vigía.

Al cabo de un momento, el *plywood navy* parece rodeado de barcos enemigos por todas partes.

—¡Atención! —vuelve a hablar el capitán—. Tal vez tengamos que salir de estampida. [Diez líneas suprimidas por el censor.]

Todos los botes E se mueven lentamente. Probablemente, debido a la oscuridad, no han visto al 412. Quizá ni se les ha pasado por la cabeza que pueda haber tan cerca una fuerza hostil. La respiración de los tripulantes es lo único perceptible.

Ya han pasado de largo casi todos los botes E, pero uno de ellos echa una ojeada. [Una línea suprimida por el censor.] Rápidamente, los artilleros se tensan en sus ametralladoras. El *plywood navy* 412 arranca intempestivamente, brinca en el agua y parte rapidísimamente. [Una línea suprimida por el censor.] La estela que deja, de un blanco brillante, parece de nata. Sobrevuela el agua como una gaviota. Pero no recibe ningún disparo.

Cinco minutos más tarde, el primero da una orden, y el 412 pone fin a su carrera. El sonido de los motores vuelve a apagarse.

—¡Por Dios! —exclama el capitán. Suspira para sus adentros—: Qué cerca hemos estado. [Tres líneas suprimidas por el censor.] Quedémonos aquí y recobremos el aliento. Demasiado cerca.

La luna ya casi toca el agua, y no tardará en quedar todo oscuro, deliciosamente oscuro, seguro y oscuro. Los hombres se agitan nerviosamente en el silencioso torpedero.

Y entonces, al otro lado de la luna, aparece una serie de siluetas oscuras.

—¡Por Dios! —exclama el capitán—, hay un convoy aquí.

Por eso merodeaban los botes E por aquí. Un barco grande y oscuro se mueve sobre el mar, atravesándose en el camino de la luna.

—Debemos capturarlo —dice el capitán con nerviosismo.

—Nos apresarán ellos a nosotros —replicó el primero.

—No, no lo harán. [Tres líneas suprimidas por el censor.]

Susurra unas órdenes. Los torpedistas se deslizan hasta sus

puestos. El 412 da la vuelta silenciosamente, y se aproxima al convoy. Parece haber barcos de todas clases, y el *plywood navy* aún puede verlos a la luz de la casi sumergida luna, mientras él mismo queda oculto a los ojos del enemigo.

—A por el grande —ordena el capitán—. Como mínimo es de cinco mil toneladas.

Da nuevas órdenes, y él mismo toma el timón. Hace una maniobra de giro, y grita:

—¡Fuego!

Se oye un agudo sonido bajo el agua y luego un chapoteo, e, inmediatamente, sale un torpedo. El capitán hace un nuevo giro y ordena el lanzamiento de otro torpedo. Sus labios se mueven como si estuviera cantando.

Luego, sin un aviso, el mar y el cielo estallan en haces de luz. Una convulsión en el agua está a punto de hacer zozobrar al 412.

—¡Rápido! —grita el capitán, y el 412 se eleva de nuevo debido a la velocidad y corta el aire con su proa.

La explosión pronto se extingue. No hay mucho fuego. Y el agua lo apaga en seguida.

—Municiones —dice el capitán—. Municiones o gasolina.

Pero el resto del convoy no permanece inactivo. Los rastreadores empiezan a buscar al 412 por el mar, con la ayuda de cohetes luminosos. Los proyectiles enemigos, en fuego cruzado, peinan la zona. [Una línea suprimida por el censor.] Minutos más tarde, el capitán toca un brazo al primero, y éste pone en marcha de nuevo la lancha. A lo lejos, cuando la luna desaparece completamente, los botes E baten el océano en busca del torpedero enemigo. Pero éste ya ha desaparecido. [Una línea suprimida por el censor.] La oscuridad vuelve a adueñarse del mar, una vez la luna se ha escondido. Tanto el mar como la tierra desaparecen. Y el 412 también.

—Salgamos de este infierno —dice el capitán—. Regresemos.

UN DESTRUCTOR

(24 de noviembre de 1943). Un destructor es un tipo de embarcación muy atractivo, probablemente el más bonito de los barcos de guerra. Los barcos de guerra son, un poco, como ciudades de acero o como grandes fábricas de destrucción. Los barcos de transporte de fuerzas aéreas son como aeropuertos flotantes. Incluso los cruceros pueden ser considerados, sin más, como grandes conjuntos de máquinas, pero un destructor es ya todo un barco. Sus hermosas y limpias líneas, su velocidad y el sonido que produce al deslizarse, su porte de curiosa elegancia, todo en él tiene el viejo sentido de un barco.

Un destructor es un barco bastante pequeño y por lo tanto el capitán acaba por conocer personalmente a cada uno de los hombres que están bajo su mando. Sabe todo acerca de cada cual, su nombre de pila, cuántos hijos tiene, cuáles son sus problemas; y llega a solucionar algunos de ellos, incluso. Eso hace que en un destructor siempre reine una excelente camaradería entre todos los hombres. Es realmente muy conveniente que la tripulación disponga de un buen capitán.

La marcha de los barcos de guerra se detiene sólo por algún golpe mortal, y sólo puede recibirse un golpe de esos durante una guerra. Los cruceros suelen disfrutar períodos de relativa calma, pero todo destructor trabaja todo el tiempo. Son probablemente los barcos más atareados de una flota. Cada vez que hay una batalla, es a ellos a los que corresponde la misión de reconocimiento, además de ser los primeros en entrar en acción. Deben convoyar a los restantes barcos, además de apresurarse a intervenir en todas las batallas. Sus tripulaciones no son altaneras, como las de cualquier otro barco de guerra, ni excesivamente modestas, como las de los

cruceros. La mayor parte de los hombres que trabajan en ellos son hombres de mar, hombres que, en tiempos ásperos, saben ser duros, honesta y violentamente duros.

Cualquier hombre que vaya en un destructor en tiempo de guerra, jamás se enoja, porque, por encima de cualquier otra consideración, todos son hombres de mar. Bajo la hélice del destructor, el agua burbujea como en el Niágara. A 35 nudos, el destructor se balancea al compás del mar, con la espuma salpicándole y es capaz de luchar, arrojar cargas de profundidad, bombardear y ejecutar infinidad de acciones. Cuantos hombres van en un destructor conocen, no sólo el trabajo encomendado a ellos, sino, además, cualquier otro que dentro del barco se vean obligados a hacer.

El destructor X es uno de estos barcos. Ha navegado muchos miles de millas desde que empezó la guerra. Ha sido bombardeado y torpedeado. Ha luchado y ha estado convoyando a otros barcos. Su capitán es un hombre joven, de cabello oscuro, y su oficial parece un estudiante. El barco está inmaculado. Sus motores están limpios y pintados, extraordinariamente brillantes.

El X es un barco nuevo, de hace unos quince meses. Ha bombardeado Casablanca, Gela y Salerno, y ha capturado algunas islas. A sus oficiales les gustaría ir en barcos mayores, porque eso da más categoría. Pero no hay un solo soldado que prefiera otro barco. El destructor X es casi un mito. En él se trabaja silenciosamente, nadie levanta nunca la voz. El capitán habla en voz baja, y lo mismo hacen todos los demás. Las órdenes se transmiten en voz baja, y son como ruegos. La disciplina ha sido interiorizada por toda la tripulación, y no sólo disciplina de ésa que procede del miedo al superior. El capitán sólo debe decir:

—Tantos hombres tienen hoy permiso para ir de compras. Sólo que uno regrese borracho todos serán arrestados.

Unos a otros se recomiendan la más austera de las disciplinas, con el objeto de que nadie comprometa la libertad general. Es muy sencillo. Y todos regresan a la hora justa y en perfecta disposición. En el X hay muy pocos casos de indisciplina.

Cuando se está en zona de combate, nadie descansa en el X. Los hombres duermen vestidos. Hay un irritante sonido que parece recordar constantemente: «Listos para entrar en acción», y que

termina, sin más, con cualquier atisbo de sueño. Es como el sonido de un despertador, que produce una reacción instantánea: pasos presurosos por los pasillos, martilleo de pies subiendo las escalerillas… En cuando se oye la voz metálica, todos los cañones del X aparecen dispuestos, todo el material antiaéreo empieza a escudriñar el cielo, y lo mismo sucede con las ametralladoras de 5 pulgadas, con las que también se puede llevar a cabo defensa antiaérea.

Los hombres pueden llegar a sus puestos en menos de un minuto. Y ello, sin alborotos de ninguna clase y sin que unos a otros se atropellen. Los soldados ya lo han hecho así en multitud de ocasiones. Una vez todos en sus puestos de combate, una voz procedente del puente convierte al X en un dragón que lanza fuego por todos sus poros, capaz de arrojar toneladas de plomo en muy poco tiempo.

Una de las cosas más extraordinarias es observar los cañones con control remoto. Los apuntan y disparan desde el puente. Es como si la torreta y los cañones, de metal inanimado, cobraran vida. Y la torreta y los cañones se estremecen, se balancean y trepidan, tiemblan como pueden temblar las antenas de un insecto escuchando u oliendo su presa. De repente, quedan fijos y, al momento, hay como una bocanada de ruidos, y los proyectiles saltan hacia lo lejos. Las líneas marcadas por ellos llegan a parecer materiales. Pero, al final, con la explosión, desaparecen. Pero ya están otra vez temblando los cañones. Y lanzando nuevos proyectiles. Son como serpientes de cascabel listas para morder a su víctima, y parecen realmente estar vivos. Resulta aterrador.

UN GRUPO RUDO

(1 de diciembre de 1943). Cuando se trazaron los planes para capturar una estación de radar alemana establecida en una isla italiana del mar Tirreno, se asignó la misión a un grupo de cuarenta paracaidistas y tres oficiales norteamericanos. El grupo, procedente de algún lugar del norte de África, llegó a altas horas de la madrugada. Los hombres pasaron la mañana durmiendo en una cabaña. Era una cuadrilla dura y seria. Sus uniformes no tenían nada que ver con la elegancia. Tanto las cazadoras, de muchos bolsillos, como los pantalones habían sido lavados tan a menudo y secados al sol en tantas ocasiones, que eran ya casi blancos y estaban llenos de rasgaduras.

Los oficiales, dos tenientes y un capitán, vestían como sus soldados y llevaban meses sin sus insignias. El capitán llevaba dos tiras de esparadrapo en sus hombros, indicadoras de su graduación; y de los dos tenientes, uno usaba también esparadrapo para indicar su rango, y el otro, un trozo de paño amarillo. Habían pasado diez meses en el desierto, y allí no había dónde conseguir los hermosos galones que debían llevar en sus hombros. Ni una sola vez habían saltado de un avión durante su adiestramiento en Estados Unidos, pero en el desierto habían sido sometidos al más duro y estricto entrenamiento que imaginarse pueda.

Estos hombres no conocían el lujo. En ocasiones, incluso habían tenido que privarse de fumar, por haber agotado todos los cigarrillos. Durante semanas enteras habían estado viviendo al aire libre, y hacía tiempo que habían olvidado lo que era dormir en una cama y hasta en un catre. Todo lo miraban con la cara de extrañeza que suele ponerse ante lo desconocido, con esa característica mirada de los paracaidistas de Infantería. La mayoría de ellos tenía

los ojos de color azul o gris. El pelo lo llevaban rapado, casi afeitado. Sus orejas parecían erguirse de sus cabezas, tal vez a causa de la casi ausencia de cabello. Todos tenían la piel curtida, ennegrecida, por el sol del desierto, y sus ojos y sus dientes parecían, por ello, más blancos. Sus labios eran secos y ásperos tras tantos meses de sol.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención en ellos era la tranquilidad y la amabilidad. Sus buenas maneras eran evidentes, y sus voces eran tan suaves que apenas podía oírseles. Eran extremadamente corteses. Los oficiales daban las órdenes en voz muy baja, sin rigor militar. Era como si siempre pensaran todos lo mismo. Pocas órdenes bastaban. Cuando había algo que hacer, fuera ello lo que fuera, cada uno trabajaba según su propio impulso, todos eran parte de una misma máquina y, aunque nadie parecía trabajar rápidamente, ninguno perdía el tiempo y cumplían su deber con prontitud. Ni siquiera perdían tiempo saludando; sólo cuando se les hablaba, saludaban los soldados a sus oficiales. O cuando ellos se dirigían a sus superiores.

El equipo de estos soldados era tan escaso como se pueda imaginar. Algunos rifles y algunas ametralladoras, y los oficiales tenían carabinas de las nuevas. Además, cada hombre disponía de un cuchillo y cuatro granadas de mano, pintadas de amarillo, aunque la pintura hubiera ya desaparecido después de tanto tiempo de llevarlas consigo; y los rifles habían sido limpiados y bruñidos en tan repetidas ocasiones que el negro empavonado empezaba a escasear en alguna de sus partes, por lo que podía verse el brillo del metal. En los hombros llevaban pequeñas banderas norteamericanas, pálidas ya a causa del sol y del continuo lavado. Tenían sólo lo imprescindible. Y parecían un grupo de extraordinaria eficiencia.

Por la mañana, los oficiales participaron en una reunión en la que se trataba de instruirlos meticulosamente acerca de la naturaleza de la misión que debían llevar a cabo. Sentados todos los hombres presentes, desplegaron diversos mapas, y se describió la acción con detalle, usando incluso para ello una pizarra adosada contra una pared.

Se trataba de la isla de Ventotene, en la que había una estación de radar alemana capaz de controlar todo el mar al norte y al sur de

Napóles. Se suponía que había muy pocos alemanes a su cuidado, pero doscientos o trescientos *carabinieri*, que no se sabía si estarían dispuestos a ofrecer resistencia o no. También había cierto número de prisioneros. Parte de la misión era también ocupar la isla y aguardar en ella hasta que pudiera desembarcar un cuerpo completo de tropas.

Los tres oficiales miraron a la pizarra con sus grandes ojos abiertos y luego se miraron el uno al otro. Cuando concluyó la reunión, el capitán de Marina preguntó:

—¿Alguna duda? ¿No tiene nada que preguntar?

El capitán de paracaidistas observó la pizarra y preguntó en voz baja:

—¿Alguna artillería?

—Sí, hay algunos cañones en la costa, pero si les atacan con ellos les dispararemos, a nuestra vez, con cañones desde el mar.

—Sí, comprendo… En fin, espero que los italianos se porten bien. Espero que no nos disparen —su voz era sedosa.

—¿Sus hombres no desean luchar? —se atrevió a bromear un oficial.

—No es eso —respondió el capitán—. Hemos pasado mucho tiempo en el desierto. Mis hombres son demasiado duros cuando se les hostiga.

La reunión terminó, y la Marina agasajó a los paracaidistas con una cena en sus comedores.

—Si ustedes pudieran dispensarnos… —dijo el capitán a los cuarenta hombres—, debemos regresar con nuestros hombres. Estarán ansiosos por saber qué es lo que vamos a hacer. Me llevaré este mapa para explicarles la operación. —Se detuvo un rato y dijo luego—: Comprendan. Ellos querrán saber.

El capitán y los dos tenientes se levantaron de la mesa y se marcharon. Sus hombres estaban en la cabaña. El capitán y los tenientes salieron a la calle, quedando cegados por la intensa luz del sol, y cuando llegaron a la cabaña, entraron y cerraron la puerta tras de ellos. Permanecieron allí un buen rato explicando el plan a los cuarenta hombres.

VENTOTENE

(3 de diciembre de 1943). Las unidades de la misión naval concertaron su encuentro en el mar. Ya era oscuro cuando todos se encontraron. En formación, emprendieron la marcha a la velocidad calculada para llegar a la isla al tiempo de ocultarse la luna. Su misión era capturar Ventotene y ocuparse de la estación de radar alemana. La luna estaba ahora en todo su apogeo, y no era de desear que la gente de la isla supiera de la operación dispuesta contra ellos, lo cual hubiera equivalido a precipitarla, con el perjuicio de tener que atacar antes de que oscureciera. El grupo de ataque se movía sobre un mar en calma.

Los soldados que debían llevar a cabo el asalto iban sentados sobre cubierta de uno de los destructores y observaban la luna. Parecían un poco intranquilos. Después de ser llevados allí para saltar desde el cielo, resultaba que su primera misión los convertía en navegantes. Quizás eso iba contra su sentido de lo correcto.

Las fuerzas aéreas hacían numerosas incursiones a lo largo de toda la costa italiana, y la escuadrilla naval podía ver las llamaradas provocadas por los disparos de los aviones, la quemazón de los explosivos e incluso las líneas que describían los proyectiles de las ametralladoras. Pero el enemigo se resistía a abandonar la costa, que seguía ocupada por quienes, sin duda, iban a enfrentarse a la pequeña fuerza naval.

Llegó la hora. La luna, antes de ocultarse, adquirió un color rojizo, y en el preciso momento de ponerse, el perfil todo de la isla quedó recortado contra su cara. La oscuridad hizo imposible que los hombres de la escuadra distinguieran a quien tenían al lado. No había luces en la isla; desde hacía tres años estaba completamente a oscuras. Cuando la escuadrilla hubo tomado posiciones, un pequeño

bote equipado con un altavoz se acercó a la bahía. A quinientos metros del litoral de la isla, dirigió su altavoz hacia la ciudad, y una voz terrible clamó:

—Italianos, debéis rendiros. Estamos dispuestos para atacar. Vuestros aliados alemanes han desertado. Tenéis quince minutos para rendiros. Disparad tres cohetes blancos. Pasados los quince minutos, abriremos fuego si no hemos recibido respuesta. Repetiremos esta advertencia.

Y así se hizo.

Después volvió a reinar el silencio.

Desde el puente de un destructor, los oficiales escudriñaban la oscuridad en dirección a la isla. Apoyados en las barandillas de los barcos, la tripulación hacía lo mismo. Un oficial miraba su reloj de pulsera, y la noche estaba tan oscura que la luminosa esfera podía verse a dos metros de distancia. El control de cañones disponía de los datos precisos para hacer fuego en cualquier momento. Los cañones de todos los barcos apuntaban a la isla. Los minutos pasaban lentamente. Nadie deseaba abrir fuego contra la ciudad, nadie quería verla convertida en ruinas, a nadie le seducía la idea de convertir la noche en un infierno. Pero los minutos pasaban: diez, once, doce… Las verdes y resplandecientes manecillas del reloj del oficial avanzaban lentamente en la oscuridad. El capitán habló por el teléfono durante unos segundos; después hubo un susurro, y la puerta de la cabina se abrió y se cerró en un momento.

Cuando la minutera indicó que habían transcurrido catorce minutos, tres cohetes blancos se elevaron sobre la isla. Tres luces brillantes que flotaron un momento en el cielo antes de detenerse y caer perezosamente. El capitán suspiró profundamente y habló de nuevo a través del teléfono. El barco entero pareció suspirar.

En la cámara de oficiales, el comodoro al mando de la misión naval se sentó a la cabecera de la mesa. Vestía de caqui, llevaba la camisa un poco abierta, y las mangas, subidas. Tenía un casco, que dejó sobre la mesa, delante de él, junto con una pistola.

—Desembarcaré y me haré cargo de los rendidos —anunció, y pronunció los nombres de los cinco soldados que iban a acompañarle—. Los paracaidistas, que nos sigan tan pronto como

tengan a punto la lancha de desembarco —ordenó—. Haga bajar el bote.

La cubierta estaba muy oscura. Había que andar con mucho cuidado. Los botes colgaban por la parte exterior como cuelgan siempre en los preliminares de toda operación. Unos marineros bajaron uno. Primero, lo pusieron al mismo nivel que la cubierta, para que los hombres pudieran entrar en él, donde ya había un timonel y un maquinista. Cinco oficiales, armados con ametralladoras de mano, se encaramaron sobre la barandilla y saltaron, después, al bote. Cada hombre llevaba en su ametralladora un tambor completo de balas, y otro en una bolsa. El bote fue descendido, y, en cuanto tocó el agua, el maquinista lo puso en marcha. El bote se puso en movimiento y, dando una vuelta, quedó aproado a la isla. Era un trabajo intuitivo, pues en realidad apenas se distinguía la costa.

—Debemos apresarlos y desarmarlos antes de que cambien de opinión —dijo el comodoro—. No les demos tiempo, no sabemos qué podrían hacer. —Y luego, dirigiéndose a los hombres, les advirtió—: No hagan nada al azar. Disparen al más leve signo de resistencia.

El bote se deslizaba hacia la oscura costa, con su motor parado y silencioso.

(6 de diciembre de 1943). Hay momentos en que la suerte está tan presente en una operación que consigue que el miedo desaparezca. La invasión de la isla de Ventotene fue un ejemplo de ello, llevada a cabo por cinco hombres en un bote. Cinco hombres que sabían que en la isla había un aparato de radar alemán y que había algunos soldados alemanes a su cuidado; pero lo que no sabían es que esos soldados eran ochenta y siete hombres, perfectamente armados con ametralladoras y cañones, ni sabían que disponían de alimentos y munición para seis semanas por lo menos. Lo único que sabía la tripulación del bote era que los italianos habían lanzado cohetes blancos, la señal de rendición convenida.

El puerto de Ventotene está en una estrecha calita que termina contra una escollera en forma de pequeño anfiteatro; en la parte frontal del semicírculo está la ciudad. A la izquierda de la calita hay

un muelle y un pequeño rompeolas que lo protege del oleaje.

El bote con los cinco hombres se aproximó a la oscura isla. Cuando estuvo cerca de ella, el capitán encendió una linterna, que permitió ver una profunda calita que había a su izquierda. Naturalmente, pensó que se trataba de un puerto, e hizo costear el bote por ella. Luego, la luz volvió a encenderse para recorrer el lugar, y los hombres advirtieron que no se encontraban en el puerto que creían, sino en una pequeña cala.

El bote volvió a ponerse en marcha, y no tardó en llegar a un banco de arena que sobresalía del agua. De nuevo la luz se encendió; se trataba de un rompeolas. Una vez más, el bote volvió a moverse, pero ya habían empleado diez minutos en la búsqueda. Por tercera vez lo intentaron, y entonces el bote halló por fin la entrada al verdadero puerto, en el que definitivamente se adentró. Cuando ya llegaban al muelle, oyeron el ruido de una explosión tras el rompeolas, seguida del rumor de pies corriendo. Luego, sobre la escollera, sonó otra explosión, a la que siguieron otras, como procedentes de la colina.

No había nada que hacer, salvo continuar avanzando. El bote atracó, y los cinco hombres saltaron a tierra. Detrás del rompeolas había un bote E alemán, junto al que había un soldado. Él había lanzado una granada de mano al bote, con la intención de hundirlo. Uno de los oficiales corrió hacia él; y el alemán, con un rápido movimiento, sacó su pistola Luger, la arrojó al mar y colocó ambas manos por encima de su cabeza. El potente haz de luz de una linterna lo cegó, y el oficial que lo había capturado lo empujó hacia el bote y lo dejó al cuidado del maquinista.

En ese momento descendía de la colina una multitud de italianos que iban gritando:

—¡Rendimos! ¡Rendimos!

Y a medida que llegaban, arrojaban los rifles al suelo en un desordenado montón.

—Agrupadlos allí —dijo el comodoro, señalando hacia un lugar del muelle. Y luego, dirigiéndose a los italianos, ordenó—: Entregad todo lo que llevéis y poneos allí en orden.

Varios haces de luz cruzaban ahora la oscuridad. Los cinco soldados permanecían agrupados, con sus ametralladoras a punto, mientras los *carabinieri* italianos iban apilando sus armas. Parecían

confusos y asustados. La gente deseaba acercarse para ver a los soldados, pero los cañones de sus ametralladoras les hacían retroceder. No es muy tranquilizador pertenecer a un grupo de cinco hombres que tienen encañonados con ametralladoras a otros doscientos cincuenta, aun cuando éstos se hayan rendido.

Todos los italianos hablaban a la vez. Pero nadie escuchaba, nadie deseaba escuchar. De pronto, atravesando las filas, apareció un hombre singular, un hombre de cabello gris, alto y viejo, vestido con un pijama de color rosa. Cruzó por entre todos los vocingleros *carabinieri* y dijo:

—Hablo inglés.

Inmediatamente, se hizo el silencio, y el coro de rostros se mostró ansioso a la luz de las linternas.

—Estoy aquí desde hace tres años, como prisionero político. —Pese a que llevara un pijama de color rosa, algo evitaba que la cosa pareciera graciosa. Era un hombre de gran dignidad, tanta como para contrarrestar el efecto que pudiera causar el color de su pijama.

—¿Qué fueron esas explosiones? —preguntó el comodoro, imponiendo su autoridad a la escena.

—Alemanes —repuso el hombre—. Hay ochenta y siete alemanes aquí. Se preparaban para defenderse con sus cañones. Pero, al verlos desembarcar tropas en el falso puerto, y después también en el rompeolas, han pensado que estaban rodeados y se han retirado. Están volando con dinamita todos los sitios por los que pasan.

—¿Cuándo hemos desembarcado tropas? —se extrañó el comodoro. Y luego, comprendiendo—: ¡Oh, por supuesto!

Uno de los soldados sintió un escalofrío recorrerle la espalda, y sonrió al comodoro haciendo una mueca.

—Tendría poca gracia que ahora llegaran los alemanes —dijo.

—No quiero ni pensar en que puedan venir —respondió el comodoro. Y se dirigió de nuevo al anciano del pijama—: ¿Adónde han ido los alemanes?

—A su estación de radar, a destruirla. Y luego tal vez vayan a los atrincheramientos que tienen esparcidos por la colina. Supongo que intentarán contenerlos allí.

En ese momento llegó hasta ellos el ruido de una gran explosión,

y vieron como todo se convertía en fuego tras la colina, un fuego de considerables dimensiones que llegaba a iluminar el pequeño muelle y la entrada de la bahía.

—Debe de ser la estación de radar —les informó el anciano—. Ha sido una lástima que las tropas de ustedes no hayan llegado allí antes que ellos.

—Sí, ha sido una lástima —contestó el comodoro.

Descendieron más italianos de la colina, y todos depositaron sus armas junto a las ya amontonadas en el suelo. Parecían estar muy contentos de perderlas de vista. Se veía que nunca les habían causado demasiada alegría sus rifles.

Los cinco soldados estaban inquietos. Habían quitado el seguro a sus ametralladoras, y sus ojos se movían sin descanso por entre el numeroso grupo de italianos. La luz que llegaba de los edificios incendiados de la colina formaba sombras móviles en la parte trasera de las casas que había frente al muelle.

—Ojalá nuestros soldados estuvieran ya aquí —murmuró el comodoro—. Si Jerry descubre que somos sólo cinco hombres, no doy ni cinco centavos por nuestro pellejo.

En seguida, les llegó el ruido del motor de un bote, y el comodoro sonrió con satisfacción. Los cuarenta y tres soldados estaban acercándose al litoral.

—Háganle una señal al timonel —ordenó el comodoro—. Indíquenle cómo llegar hasta aquí.

(8 de diciembre de 1943). Los cinco soldados iban de aquí para allá constantemente por el muelle de la isla de Ventotene, que habían capturado accidentalmente y con tanta suerte como cabe imaginar. Los compañeros que tenían que incorporárseles no llegaban. Ni llegaba ninguna señal del destructor, que permanecía alejado. Los minutos parecían horas.

La ciudad parecía poblada de sombras. Desde la parte de atrás de la colina, adonde los alemanes se habían retirado, llegó una explosión que anunciaba la destrucción de las instalaciones. Los alemanes no sabían cuántos norteamericanos había, y había sólo cinco; y los norteamericanos sabían ya que había ochenta y siete alemanes. Mejor para los norteamericanos que fuera así, porque si

los alemanes supieran… No es una grata experiencia tener que retirarse.

Cuando se está solo y sin saber cuándo van a dispararte en la oscuridad, el primer impulso es permanecer en constante movimiento, no cesar de moverse y evitar encender luz alguna o colocase junto a cualquier punto luminoso. Y, sin embargo, el moverse continuamente es una de las peores cosas que pueden hacerse. Según Bob Capa, que ha estado en más guerras o cerca de ellas que ningún otro ser viviente (y aún nadie sabe cómo ha sobrevivido a ellas), lo que debe hacerse es permanecer quieto. Si uno se sienta en la oscuridad, dice, nadie sabe que estás ahí. Es moviéndose como pueden darse señales de tu presencia en algún punto. Incluso cuando te disparan, lo mejor es sentarse hasta ver de dónde proceden los disparos. Es difícil hacerlo. Pero seguro que es un excelente consejo; Capa todavía está vivo. Sin embargo, el instinto te lleva siempre a moverte sin parar.

Moverse, sin embargo, no es lo peor; lo peor es tener una luz al lado o tu espalda. Parece quemarte. Es fácil advertir que esa luz te convierte en un blanco admirable a los ojos de quien se encuentre en la oscuridad.

Probablemente, considerado subjetivamente no existe en el mundo nada tan elástico como el tiempo. No hay forma humana de saber cuánto tiempo les pareció a los cinco norteamericanos que habían invadido la isla de Vento teñe el que transcurrió hasta que llegaron junto a ellos sus compañeros. Acaso les pareciera tres días. Pero, probablemente, fue alrededor de cuarenta y cinco minutos. La isla hostil y la oscuridad reinante en nada contribuyeron a su tranquilidad.

Sin embargo, después de transcurrido el horrible período de tiempo, se oyó, por fin, un ruido de motores. Y, luego, en la oscuridad apareció un poco de luz; el bote solicitaba que se le señalara el camino. Uno de los oficiales de los que estaban en el malecón buscó en su cintura y se dirigió al parapeto formado por las piedras, y, dando la espalda a la isla, comenzó a hacer señales con la linterna.

El bote surgió de la oscuridad. Desde la profunda negrura, fue deslizándose suavemente, hasta tocar el embarcadero. Era un bote del que no daremos el nombre, pues seguro que a los censores de la

Marina no les parecería bien. Lo importante es que en él iban los cuarenta y tres hombres. Su capitán se puso inmediatamente manos a la obra. Hizo salir a los hombres por pelotones, algunos de los cuales mandó a la colina para prevenir los ataques al puerto; otros, a la ciudad, con rifles y granadas y con la misión de ocupar las azoteas de los edificios, y otros a la playa para prevenir los posibles ataques por mar. Mientras tanto, habían colocado una pasarela, por la que se fueron desembarcando las provisiones.

Oyeron entonces el ronroneo de un avión sobrevolando la isla. El capitán dio una orden, y los hombres se agazaparon. El avión dio unas vueltas y se alejó. Cuando se hubo alejado de la isla, entró en acción el destructor. Era un continuo llamear, como si de una exhibición de fuegos artificiales se tratara. Las balas trazaban dibujos parecidos a una fuente. Pero el avión terminó marchándose, y de nuevo reinó la oscuridad.

La descarga prosiguió hasta que hubo un montón de objetos en el suelo; cajas de alimentos y de municiones, armas y sacos de dormir. Nada que oliera al más mínimo lujo, sólo lo imprescindible. Alimentos y munición eran lo más importante. Estos hombres llevaban consigo muy pocas cosas allí adonde fueran. A Vento teñe trajeron también agua, latas de las usadas indistintamente para agua y gasolina, llenas de agua. En Ventotene no había agua potable. En otro tiempo, el agua potable se traía del continente. La única agua potable era la que recogían las cisternas cuando llovía.

Cuando todo estuvo en el muelle, los tres oficiales que habían llegado primero y los desembarcados con el grupo de cuarenta y tres hombres se reunieron en una casita de piedra. Una linterna eléctrica daba luz, y las puertas y ventanas fueron cerradas para que no pudiera verse nada desde el exterior. Los rostros de los oficiales, iluminados desde abajo por la linterna, colocada en el suelo, parecían alargados, y en ellos los músculos de la mandíbula aparecían tensos. Extendieron los mapas de nuevo.

—No conduciré a mis hombres contra una fuerza mayor y en la oscuridad —advirtió el capitán del grupo de cuarenta y tres hombres—. *Jerry* estará atrincherado. No voy a moverme hasta el amanecer. Disponemos solamente de la mitad de hombres que el enemigo y no tenemos artillería.

—Quizá podríamos apresarlos con la ayuda de los italianos —

propuso uno de los tenientes—. *Jerry* no sabe cuántos somos. Tengamos en cuenta eso. O quizá pudiéramos convencerlos.

—¿Cómo? —preguntó el capitán.

—Déjeme subir mañana con una bandera blanca.

—Lo matarían.

—¿Me permite que lo intente?

—Bueno…

—Podríamos ahorrarnos muchos problemas, señor.

—No podemos arriesgarnos a perder ningún oficial.

—No pasará nada, señor.

El capitán lo miró durante un buen rato, y luego sonrió tímidamente al tiempo que su cabeza casi afirmaba con un movimiento casi imperceptible.

(10 de diciembre de 1943). El teniente caminaba sin prisa hacia la cima de la colina, donde se hallaban las posiciones alemanas. Llevaba consigo una bandera blanca que hacía ondear en el aire: su toalla de baño. Mientras subía, pensaba en la locura que estaba cometiendo. La noche anterior, cuando había solicitado que le permitieran intentar conseguir la rendición de *Jerry*, no se imaginaba cómo sería. No había imaginado cuán solo y expuesto estaría.

¡Cuarenta soldados contra ochenta y siete *Jerry* s! Pero *Jerry* no lo sabía. El teniente también esperaba que *Jerry* no se diera cuenta de que sus tripas se habían evaporado. Sus pies producían un sonido opaco sobre el sendero. Casi amanecía ya, pero el sol no había salido todavía. Esperaba que pudieran ver su blanca bandera. Aunque tal vez fuera difícil verla con aquella luz. Mientras subía, procuraba hacerlo por las partes más visibles.

Sabía que sus camaradas estaban ascendiendo a sus espaldas, protegiéndole, tomando posiciones para, si llegaba el caso, poder intervenir tratando de sorprender a *Jerry*. Y sabía que los prismáticos del capitán no perdían de vista ni un solo momento las posiciones alemanas, tratando de advertir cualquier movimiento. «Si le disparan, arrójese al suelo y permanezca agazapado —le había dicho el capitán—. Trataríamos de cubrirle y facilitarle la huida.» El teniente sabía que si le herían, podría oír las balas

después de ser herido; a no ser que fuera alcanzado en la cabeza. Confiaba en que, si algo llegara a suceder, no fuera esto último. Sus pies le parecían muy pesados y torpes. Miraba al suelo, lleno de piedrecitas; y sintió ganas de arrodillarse para ponerse fuera de la línea de tiro. Su tórax se agitaba como si estuviera preparándose para recibir una bala en él, y su garganta estaba tan seca como cuando en el colegio tuvo que pronunciar un discurso.

Paso a paso, se acercaba, y no veía ningún signo de la presencia de los alemanes. Ahora deseaba volverse para comprobar si sus compañeros estaban a punto, pero sabía que los alemanes tendrían sus prismáticos clavados en él.

Al final sucedió algo. Estaba atravesando una fila de rocas, cuando una voz grave le soltó una orden, rápida y tajante. Había tres alemanes, tres hombres relativamente jóvenes, apuntándole al estómago con sus rifles. Se detuvo y se encaró con ellos. Le ordenaron que siguiera andando, y los *Jerry* s, antes de acercársele, miraron hacia abajo. Después, los cuatro prosiguieron la marcha. Al teniente le pareció entonces graciosa su toalla a guisa de bandera. Pensó: «Bueno, si me atacan, mis compañeros detendrán a estos tres». Podía imaginarse a sus compañeros observando la pequeña procesión a través del punto de mira de sus rifles.

Enfrente había un pequeño edificio encalado, pero *Jerry* era demasiado listo para permanecer en el edificio. Detrás de él comenzaba un sendero que llegaba a un agujero similar a los que crean las granadas.

Otros tres hombres (tres oficiales) los esperaban en el agujero. Vestían uniformes azules y llevaban esas hermosas gorras de las Fuerzas Aéreas Alemanas, con águilas de plata y cruces gamadas. Le miraban en silencio. Y él tenía la garganta tan seca que fue incapaz de hablar. Sólo pudo pensar en términos de póquer: *Jerry* tenía trío de doses, y él un par de treses y una carta cubierta. Ellos no sabían cuál era esa carta tapada. El teniente esperaba que los alemanes ignoraran cuál era en realidad su juego: una simple pareja de treses.

Un teniente alemán le miró fijamente en silencio.

—¿Hablan ustedes inglés? —preguntó él.

—Sí.

El teniente suspiró profundamente y soltó el discurso que había memorizado.

—Mi coronel les envía sus saludos, caballeros. Se me ha ordenado que les pida que se rindan. Si no hay nuevas órdenes dentro de veinte minutos, nuestros cruceros empezarán a bombardear la isla. —Se dio cuenta de que la mirada de uno de los oficiales alemanes se dirigía furtivamente al mar. El teniente abandonó su plan inicial—: Ustedes verán qué deciden. Tenemos seiscientos hombres en la isla, y nuestros cruceros, muy a nuestro pesar, están dispuestos a abrir fuego. ¿Qué deciden? Pueden matar a algunos de nosotros, pero ustedes morirán todos. ¿Por qué no se entregan y lo evitamos?

Su interlocutor alemán le miró fijamente. El teniente había visto a menudo esa mirada, jugando al póquer, y nunca sabía cómo debía interpretarse. La pausa pareció durar años. Finalmente, preguntó:

—¿Qué trato recibiremos?

—Serán considerados prisioneros de guerra según los términos de la Convención de La Haya.

El teniente hacía lo imposible por evitar que su rostro pudiera denunciarle. Hubo otra larga pausa. El alemán respiraba con dificultad, y las aletas de su nariz se distendían una y otra vez.

—No es ningún deshonor rendirse a fuerzas superiores —dijo.

(13 de diciembre de 1943). Cuando el teniente empezó a subir hacia las posiciones alemanas con su toalla a modo de bandera, el capitán quedó mirándole por entre dos edificios. Los hombres, cuerpo a tierra, también le vieron desaparecer detrás de las casas de piedra, y respiraron entonces profundamente. Estuvieron aguardando el estampido de una bala de fusil, lo cual hubiera indicado que el plan había fracasado. El tiempo transcurría lentamente. Durante quince minutos no vieron al teniente; una vez transcurridos, éste volvió a aparecer, ahora en compañía de oficiales alemanes.

Los vigías los vieron descender hasta un lugar descubierto y detenerse. Dos de los oficiales alemanes volvieron a quedar ocultos, pero en seguida reaparecieron, ya con todos los soldados alemanes. Descendieron por el sendero y, en el lugar que se les indicó, dejaron sus armas: rifles, ametralladoras y hasta pistolas. El capitán, desde detrás de las piedras, vigilaba y contaba. Ochenta y siete.

—¡Por Dios, lo ha conseguido! —exclamó. Mientras los alemanes descendían por el sendero, los soldados norteamericanos, levantándose del suelo, empezaron a hacerse visibles. Poco a poco, fueron rodeando a los prisioneros, alrededor de ellos una guardia de honor de unos treinta hombres. El grupo completo marchó luego hacia el blanco pueblecito situado sobre el puerto de *Jerry*.

La isla había sido una prisión italiana durante cientos de años; no hubo, pues, falta de sitio para encerrar a los alemanes. Concretamente, el piso superior de lo que parecía el Ayuntamiento era una inmensa prisión de cuatro o cinco grandes celdas. Todos subieron al tercer piso, los alemanes fueron divididos en tres grupos y cada uno de ellos fue introducido en una celda; los oficiales fueron encerrados en la cuarta. Se situó a un soldado con ametralladora a la puerta de cada una de las celdas. La isla había sido tomada.

El teniente que había llevado la bandera blanca se sentó en la escalera del Ayuntamiento un poco inquieto. El capitán tomó asiento junto a él.

—¿Algún problema? —preguntó.

—No, fue muy fácil. Todavía no puedo creerlo. Encendió un cigarrillo; su nerviosismo hizo que estuviera a punto de apagar la cerilla varias veces.

—Un trabajo magnífico —dijo el capitán—. Pero ¿qué vamos a hacer con ellos?

—¿No regresan los barcos esta noche?

—Espero que sí, pero supongo que no podrán transportarlos. No podemos dejar dormir a nadie hasta habernos desembarazado de esos tipos.

—Estos *Jerry* s no paran de murmurar —dijo un soldado que pasaba por ahí—: dicen que quieren hablar con nuestro comandante, señor.

El capitán se levantó.

—Será mejor que me acompañe —dijo—. Teniente, venga usted conmigo. ¿De cuántos hombres les ha dicho que disponíamos?

—De seiscientos —contestó el teniente—, pero olvidé los cruceros que tenemos por los alrededores.

El capitán sonrió.

—Una vez oí hablar de un oficial que hacía marchar a quince

soldados una y otra vez por delante de la misma casa para dar la impresión de que se trataba de un completísimo ejército. Seguramente, podemos mejorar aquello con nuestros cuarenta hombres.

El capitán, a la puerta de la celda de los oficiales, sacó la pistola y la entregó a uno de los guardianes.

—Deje la puerta abierta —ordenó—, y no nos pierda de vista. Si hacen un movimiento sospechoso dispare.

—Sí, señor —contestó el centinela, y abrió la pesada puerta. Los oficiales alemanes miraban la calle desierta a través de la ventana enrejada. Sólo podían ver a dos centinelas, situados éstos enfrente del edificio. El primer teniente alemán se volvió cuando oyó entrar al capitán.

—He solicitado ver al coronel —dijo. El capitán dudó:

—El coronel… Lo siento, está ocupado. Durante un rato, el alemán mantuvo los ojos fijos en los del capitán. Finalmente dijo:

—Es usted el oficial al mando, ¿no es cierto? —Sí, así es.

—¿Cuántos hombres tiene usted?

—No responderé a sus preguntas —replicó el capitán, ceremoniosamente.

El rostro del alemán estaba duro y desilusionado. Dijo:

—No creo que tenga usted ni seiscientos hombres. Seguramente, no tendrá muchos más de treinta.

El capitán negó con firmeza. Dijo:

—Hemos minado el edificio. Ante el menor problema, el menor atisbo de problema, los enviaremos a ustedes al infierno. —Se volvió, para abandonar la celda—. Serán embarcados pronto —dijo aún, por encima del hombro.

Bajando ya las escaleras, preguntó el teniente:

—¿De veras ha hecho minar el edificio?

El capitán lo miró de reojo y preguntó a su vez:

—¿De veras disponemos de seiscientos hombres? —y luego—: Señor, espero que los destructores se lleven a esos hombres esta noche. Ninguno de nosotros dormirá hasta entonces.



JOHN STEINBECK (Salinas, 1902 - Nueva York, 1968). Narrador y dramaturgo estadounidense, famoso por sus novelas que lo ubican en la primera línea de la corriente naturalista o del realismo social americano, junto a nombres como E. Caldwell y otros. Obtuvo el premio Nobel en 1962.

Estudió en la Universidad de Stanford, pero desde muy temprano tuvo que trabajar duramente como albañil, jornalero rural, agrimensor o empleado de tienda. En la década de 1930 describió la pobreza que acompañó a la Depresión económica y tuvo su primer reconocimiento crítico con la novela *Tortilla Flat*, en 1935.

Su estilo, heredero del naturalismo y próximo al periodismo, se sustenta sin embargo en una gran carga de emotividad en los argumentos y en el simbolismo que trasuntan las situaciones y personajes que crea, como ocurre en sus obras mayores: *De ratones y hombres* (1937), *Las uvas de la ira* (1939) y *Al este del Edén* (1952).

La prosa de Steinbeck tiene un fuerte componente alegórico y espiritual, y se sustenta en la piedad e interés del autor por los desfavorecidos de todo tipo, por lo que una parte de la crítica lo ha acusado de sentimentalismo e incluso de cierto ejercicio didáctico más o menos velado en algunos de sus personajes, sobre todo en las

mujeres. Pese a ello, se lo ha clasificado dentro del realismo naturalista marcado por las novelas de T. Dreiser, como *Una tragedia americana*, naturalismo basado en la idea filosófica del determinismo histórico.

Otros le han adjudicado el mote de «novelista proletario» por su interés en las experiencias de las poblaciones de inmigrantes y los problemas de la clase obrera, añadido a su postura socialista o redentora. Por ejemplo, *Las uvas de la ira* ha sido catalogada como la novela más revulsiva de la década de 1930, pues provocó la reacción fervorosa y humanista de un amplio público opuesto a las clases conservadoras. Las ideas socialistas de Steinbeck estaban no obstante más relacionadas con la emancipación reformista evangélica del siglo XIX que con la literatura marxista; de ahí que su prosa, a pesar de sus mensajes humanistas, no pueda ser identificada con el realismo socialista que ya asomaba en esa época.

Notas

[1] Juego de palabras con el apellido del oficial, que en inglés significa «cabra». (N. del T.) < <